Paul C. Jagot

CIENCIA OCULTA Y MAGIA PRÁCTICA

EL HOMBRE EN RELACIÓN CON LAS ENERGIAS SECRETAS DEL UNIVERSO, LOS FENÓMENOS OCULTOS Y SU DETERMINISMO, EL ACCESO MÁGICO, RITUAL DE LA MAGIA, TALISMANES.

EDICIÓN ILUSTRADA

PAUL C. JAGOT

CIENCIA OCULTA Y MAGIA PRÁCTICA

EL HOMBRE EN RELACIÓN CON LAS ENERGÍAS SECRETAS DEL UNIVERSO, LOS FENÓMENOS OCULTOS Y SU DETERMINISMO, EL ACCESO MÁGICO, RITUAL DE LA MAGIA, TALISMANES

Traducción del francés por
CARLOS AYALA NIETO

Edición ilustrada con las 22 claves del Tarot, otras figuras y diversos gráficos

EDITORIAL IBERIA, S. A.
Muntaner, 180 - BARCELONA-36

Tercera edición: Enero, 1982

IMPRESO EN ESPAÑA
PRINTED IN SPAIN

Depósito legal: B. 53 - 1982

ISBN: 84-7082-211-X

Derechos literarios y artísticos reservados para todos los países
© Copyright by Editorial Iberia, S. A. - Muntaner, 180
Barcelona, 1982

Imprenta Juvenil, S. A. - Maracaibo, 11 - Barcelona-30

A M. GUSTAVE FABIUS DE CHAMPVILLE,

gran psicólogo, quien tras cuarenta años de esfuerzos consiguió que las ideas que compartimos fueran aceptadas por la élite intelectual.

Con la respetuosa admiración
de un discípulo.

Capítulo Primero

LA CONSTITUCIÓN OCULTA DEL HOMBRE

«Una obra de arte es una porción de naturaleza vista a través de un temperamento», escribía Emile Zola.

Pero hay, también, algo de innata predisposición en la inclinación de ciertos hombres a considerar el mundo sensible y la integridad cósmica a través del misticismo cuyos conceptos codifica la ciencia oculta.

La filosofía hermética, aunque aparezca como únicamente subjetiva, implica siempre un resultado experimental: la magia; es decir, un conjunto de prácticas que verifican sus principios.

El pensador que busque certezas metafísicas las hallará en la doctrina aquí bosquejada; o cuando menos ésta le servirá de punto de apoyo para alcanzarlas. El filósofo, ávido de la ideología total, hallará en este libro la síntesis donde se ordenan, conciliándose, la multitud de sistemas expresivos desde la infinitud de puntos de vista bajo los cuales el universo ha sido escrutado hasta ahora. El espíritu intuitivo, que presiente, tras el fenómeno, la invisible serie de sus causalidades rectoras comprenderá inmediatamente que han sido sus habituales cabilaciones las que han atraído hasta él este libro.

Aquellos que, vaga o vehementemente, se hallan turbados por una aspiración hacia algún misterioso medio de actuar sobre los seres, las circunstancias, la fatalidad, o bien aquellos a quienes preocupa la noción de estados psíquicos que conduzcan directamente al conocimiento, encontrarán en la ciencia oculta el conjunto de los principios descubiertos por

todos los que a través de los siglos procuraron organizar en sí mismos estas posibilidades latentes.

A menudo son imprecisas fantasías las que ponen a los predestinados en la senda de la iniciación; imprecisas fantasías donde se entrevé la idea de una *relación* que une la intimidad pensante y volitiva del hombre con la vida y la inteligencia universales. Para los que así se ven asediados, deslumbrados, oscurecidos, incluso extraviados, por los primeros rayos de este alba espiritual, pronto se abrirá la puerta del santuario. El ocultismo afirma esta *relación*. Sólo es necesario indicar sus bases individuales.

El símbolo habla a las almas en vía de espiritualidad mejor que las palabras. Los poetas y los videntes conocen por instinto este lenguaje de los dioses. Lo comprenden y lo escriben. La ciencia oculta lo utiliza de buen grado porque permite condensar en una sola figura toda la gama de nociones relativas a un mismo objeto. El jeroglífico abunda en los escritos herméticos porque atrae y polariza la meditación del discípulo, que es transportado de este modo al verdadero camino donde se oculta el secreto que él deberá descubrir. El texto ayuda e incita al espíritu a resolver el enigma, pero no podría por sí solo formular el sentido, precisamente informulable, que sólo el símbolo lleva en sí. (Ver fig. 1, pág. 9).

He aquí, superpuestos, cuatro dibujos configurativos de la individualidad humana visible e invisible: el toro, el león, el águila y el ángel; o sea, el vehículo vegetativo, el animismo emocional, el pensamiento especulativo y el conocimiento intuitivo. Cada uno de los cuatro símbolos es una entidad: existen pues cuatro clases de hombres respectivamente caracterizados por el predominio de los apetitos materiales, de las tendencias emocionales, de la inteligencia racional y del vuelo idealista. Pero la solidaridad del conjunto de las figuras afirma también la coexistencia en nuestra personalidad de un organismo manifestado por la sensación, de otros dos principios donde se elaboran la emoción y la idea, y de un cuarto elemento, en fin, de naturaleza más elevada, más angélica, por medio del cual el Absoluto puede llegar a hacérsenos inteligible. Y así es precisamente como se revela, a la luz del esoterismo tradicional, la constitución del hombre: una parte material y visible, *gouph*, o sea, el cuerpo físico, complejo de órganos; un segundo principio, *nephesch*, el doble

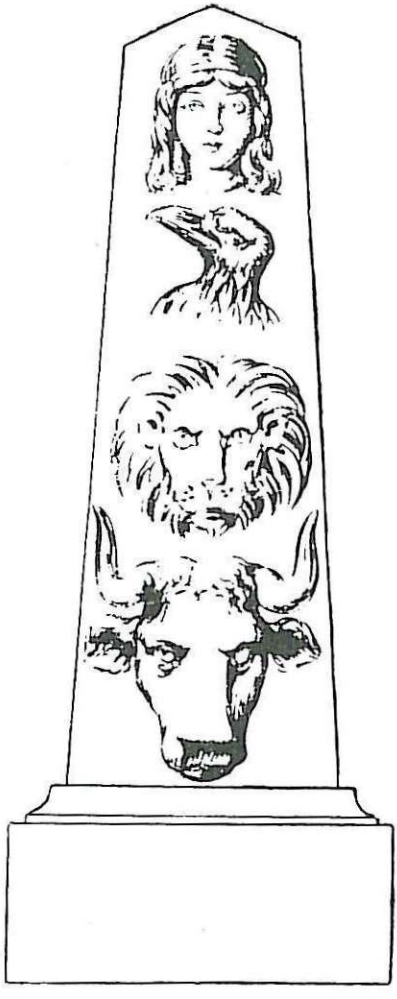

FIGURA 1

La constitución oculta del hombre

etéreo o cuerpo astral, intermediario entre el anterior y el siguiente principio, el alma o *ruach*, esencia misma del ser, y por último, el *neschamah*, espíritu puro.

Toda iniciación comienza en el estudio detallado de esta anatomía oculta y de la fisiología subsiguiente. La primera carta del Tarot, precisa simbólicamente la inmediata oportunidad de estas nociones fundamentales: Representa a un hombre de pie tras una mesa sobre la que están distribuidas copas y espadas, símbolos de las atracciones y antagonismos terrenales. Su peinado está coronado por el signo del infinito. En una mano esgrime la varilla de la iniciativa personal; con la otra parece que se dispone a manipular los objetos esparcidos ante él. Sobre la tierra firme donde se apoya, los vegetales florecen. (Ver fig. 2, pág. 11).

Además de confirmar la cuádruple constitución del hombre, ésta carta ofrece el corolario.

¿No os parece que esté expresando a la vez la identidad esencial del alma inteligente y del Ser infinito, del animismo emocional y de la energía vital omnilatente, del cuerpo astral y del universo material, al que el personaje tarótico está adherido por sus pies?

El figurón ofrece al candidato a la iniciación la revelación de las virtualidades que él deberá despertar en sí y a las que deberá adaptarse por medio de las prácticas mágicas: «*Las apariencias formales han distraído hasta ahora tu atención de la realidad visible. Tú sólo has visto en mí al bufón, la ilustración grotesca de un naipe... Y sin embargo, si me miras mejor, te verás a ti mismo en mí. Tu psique se nutre en el Absoluto del conocimiento. Asentir a la verdad es comunicar con él. El dinamismo del que tú hasta ahora sólo has advertido las resultantes tangibles te rodea constantemente. Permanece cerca de ti. Tu iniciativa dispone de él. Habita en ti mismo y se extiende sin límites relacionándote con el universo entero. Está movido soberanamente por quien él acaba de arrebatar. Si la materia, las formas y los hechos son accesibles a tu entendimiento y a tu acción por el dominio directo de tus sentidos y de tus órganos físicos, todo impulso generado dentro de ti se impondrá también al exterior y se concretará pronto en apreciables realidades*».

Pero no siempre es apto para la iniciación el que codicia sin más la ciencia de lo oculto. De intento, desde las

FIGURA 2

El Bufón

Primera clave del Tarot

primeras líneas hemos dejado entrever la necesidad para el adepto de una predestinación. La unanimidad en el seno de la filosofía hermética no podría ser llevada más allá que en el seno de cualquier otra. La ciencia positiva llega laboriosamente al acuerdo entre los suyos sobre el hecho y su causa inmediata. Los metafísicos disputan sobre la concepción de las causas primeras. El ocultismo, campo de acción de las causas segundas, se enorgullece de la experimentación, único terreno en el que es posible el acuerdo; pero abordarlo previene contra el riesgo especulativo de falsas imputaciones, así como contra el peligro inherente a toda tentativa presuntuosa; supone el previo e íntegro entendimiento de la doctrina y por ello la facultad de asimilársela.

Si vuestras disposiciones van acompañadas de esta aptitud, rara según el sujeto, las singularidades que preceden han despertado en vosotros un eco necesariamente impreciso pero cuando menos eurítmico: al contacto con el símbolo manifiesta el sentido místico de los predestinados; despierta una superconsciencia; nace un nuevo y definitivo horizonte. Ahora se puede decir que el Espíritu sopla donde quiere. A pesar de la más elevada cultura, el libro de oro permanecerá cerrado por siete sellos. Fausto, riguroso hombre de ciencia, empalidece sin esperanza sobre sus infolios: irreceptivo al Verbo, la palabra, ante él, guarda obstinadamente su secreto mientras que el libro de conjuros trabajosamente recorrido, entrega al dulce Flamel los tesoros de la espagírica: ha sentido y buscará seguro de comprender.

Sentir, buscar, comprender parece que anuncian a saber, querer y atreverse. Ascesis hexagramática, cuya yuxtaposición senaria equilibrada manifiesta, por la figura que evoca, el séptimo término de la fórmula: callarse, entrar dentro de sí, recogerse... Meditar es sentir con mayor agudeza, buscar lúcidamente, prepararse para comprender, y por tanto adquirir la ciencia, preparar la voluntad y fomentar la audacia: el exágono necesita su base...

Por otro lado, el positivismo moderno se dirige claramente hacia las conclusiones del ocultismo, muchas de cuyas afirmaciones han sido probadas por la psicología experimental.

La concepción materialista del individuo — dogma sa-

grado de la ortodoxia científica de ayer — se encuentra hoy completamente superada por la observación. El elemento psicológico por sí mismo, supone problemas inconciliables con la hipótesis académicamente intangible de un organismo puramente material.

Cada uno de nosotros sería, según los anatomistas, una

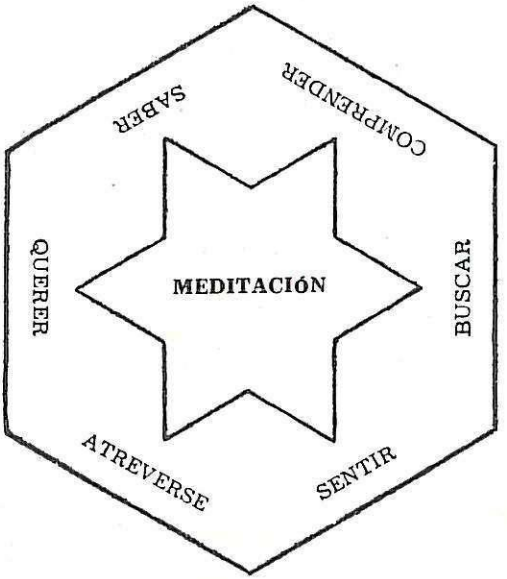

FIGURA 3

El hexómetro iniciático

aglomeración celular. La biología habla de la célula, pero la vida unitaria de un conjunto individualizado de células postula un principio vital identificable — y sin duda identificado en un futuro muy próximo — con *nephesch*, el segundo principio de los cabalistas. El proceso fetal presenta la misma dificultad. Desde el óvulo recién fecundado hasta el tipo humano completo, elaborado en treinta y seis semanas, existe un período de edificación perfecta, cuyo arquitecto los fisiólogos se niegan a reconocer. Este organizador, sin el cual los positivistas no pueden explicar la persistencia de los

caracteres morfológicos individuales, y la del recuerdo, a pesar de la renovación incesante de las células, es pues *nephesch*, el mediador plástico, el cuerpo astral de los ocultistas. Él es el que anima el cuerpo de carne. Cuando él se separa, el conjunto se desintegra (1).

Es obvio que si uno procede del otro, éste no será *nephesch*. La función se distingue claramente de la materia. ¿Quién si no él, más bien que la inteligencia, participa, en su fase subconsciente? La movilización de los fagocitos hacia el lugar de la infección microbiana, llamados desde todas las ramificaciones vasculares; las reservas orgánicas, esos medios de fortuna ideados y realizados para asegurar la continuidad de una función amenazada; la precisión con que se apresta a reconstruir la carne, accidentalmente cortada, con idéntica disposición a la primitiva: todo esto indica y expresa una *iniciativa* de orden general absolutamente innegable.

Mientras esta iniciativa, extraña al menos inmediata y aparentemente a la inteligencia consciente, se lleva a cabo en el silencio, el entendimiento se desentiende.

La inteligencia, el entendimiento, el tercer elemento de los constitutivos del hombre, el *ruach*, se dedica a su propio campo de acción, dejando a *nephesch* su labor de dirigir la vida vegetativa. El corazón late, la sangre circula, los pulmones cumplen su rítmica obligación y el aparato digestivo su trabajo de selección y asimilación. Esta actividad orgánica la concibe el ocultismo, y nosotros la hemos considerado, no como una resultante, sino como una entidad aparte, distinta a la vez del *gouph*, el cuerpo físico y del *ruach*, el alma. Hipótesis por hipótesis, la conciencia psicológica queda así mejor explicada que como propiedad de la materia, a la que la identifican los sagaces materialistas.

Si consideramos, ahora, las prerrogativas atribuidas a aquello que los filósofos llaman el inconsciente, identificaremos fácilmente en él al mediador plástico. El inconsciente engloba, en efecto, el automatismo funcional y el automatismo psicológico. La memoria, si bien es consciente en el momento de recordar algo, puede registrar acontecimientos inconscientemente y de hecho no necesita en absoluto estar consciente para conservarlos. La imaginación se aísla momentáneamente de la consciencia durante el sueño na-

tural. Más aún, en estado hipnótico, esta dualidad psíquica se hace indiscutible. Así, cuando el pensamiento consciente suspende su actividad, estos dos automatismos, el orgánico y el psicológico, prosiguen su funcionamiento como si, de acuerdo con la doctrina del ocultismo, estuviesen localizados en el mismo principio. Por otra parte, ciertos fenómenos, recientemente admitidos como reales, abundan en la idea de identidad del inconsciente moderno y el mediador plástico medieval, sobre todo la autosugestión, la telestesia y la ectoplasmia.

Veamos el primero, más accesible al análisis. ¿No es cierto que sus teóricos fundamentan en la puesta en juego del inconsciente las modificaciones curativas obtenidas en su práctica? Ya el hipnotismo había hecho evidente que accionando el inconsciente a favor del sonambulismo se obtenían las más precisas reacciones internas.

Así es como hoy reaparece la antigua terna humana (2) bajo los nombres de organismo, consciencia e insconciente. Los viejos emblemas, toro, león y águila, resultan, vistos a la luz de estos conceptos, mucho más expresivos. La analogía del cuarto símbolo geroglífico, se establece, en fin, por sí misma, con ese elemento superconsciente, manifestado en su plenitud por los genios y los santos, y gracias al cual el hombre participa de la naturaleza angélica. *Neschamah,* el espíritu puro, explica los fenómenos de intuición superior y todas las modalidades del conocimiento extra-especulativo. Es el espejo del que los videntes y los inspirados reciben directamente la luz de lo alto. A excepción de estas cimas humanas, *Neschamah* permanece potencialmente en el hombre y como latente; así se explica que el ocultismo elemental reduzca el ser a sus tres elementos fundamentales: cuerpo físico, mediador plástico y alma consciente.

Concretemos esta triple unidad. La ciencia positiva estudia únicamente el cuerpo físico. Anatomistas y fisiólogos escrutan sus tejidos, sus órganos, sus funciones y tratan de explicar, sólo por su mecanismo, los fenómenos de la vida y de la consciencia. Para el ocultismo, la carne es un simple soporte, un ropaje temporal, un instrumento movido por el mediador plástico (vida vegetativa) y el alma (vida de relación). El mediador plástico (3), cuya sustancia, aunque material, difiere esencialmente de todo aquello que

nosotros entendemos por materia, escapa por su misma sutileza a los sentidos físicos. Informa al vehículo carnal cuyos contornos reproduce exactamente. Él es quien dirige las actividades viscerales y preside en la dirección centralizadora de la vida de las células, en la edificación y mantenimiento de la forma individual modelada sobre la suya propia en el curso de la vida fetal. Acciona el gran simpático, nervio rector de la vida vegetativa. Coordina los mensajes recibidos a través de los sentidos y los impulsos motores (4). Localiza la reserva mnemónica como centro de la subconsciencia y gestor de la asociación de ideas. En él nacen y se desarrollan las emociones y las pasiones. El principio astral resume en una palabra el campo del automatismo orgánico y psicológico. El alma, de esencia superior a los dos primeros elementos, acciona el cerebro, medio fisiológico por el que se manifiesta; localiza la consciencia, sede del pensamiento consciente. Su actividad normal, la dirección y gobierno de la personalidad, por medio del astral es, en algunos, usurpada casi totalmente por sus potencias puramente vegetativas y en otros por sus pasiones. Pero si el alma reina de una forma casi absoluta en el elemento motor (astral) y sobre el principio movido (cuerpo físico), su influencia voluntaria se extiende, como veremos más adelante, a la vida exterior a nosotros. Controla la energía propia del mediador plástico y la libera para la acción o la concentra para la atención. Es más; el alma verdaderamente evolucionada puede abstraerse hasta el éxtasis y recibir directamente el conocimiento.

Todo esto queda sintetizado en el cuadro inserto en la página siguiente y en el cual se subrayan las relaciones del concepto ocultista con el concepto clásico del individuo.

Antes de seguir adelante, parece necesario aquí una digreción. Acabamos de ver que la existencia del cuerpo austral, en contra de la cual no hay dato científico que no aparezca como falso, resuelve importantes problemas fisiológicos, al tiempo que incluso ilumina singularmente la psicología. Explica todos los fenómenos psíquicos estudiados hoy y concilia en sí las tesis más diversas y hasta las más opuestas.

El mecanismo del sueño, el ensueño con sus alucinaciones hipnagógicas o telestésicas y sus visiones premonitorias, consiste, según el ocultismo, en una disociación momentánea de

CUERPO FISICO (*soporta*)	MEDIADOR PLASTICO O CUERPO ASTRAL (*ánima*)	ALMA (*gobierna*)
Materia física (tejidos)	Sustancia astral que interpenetra la materia física.	Sustancia espiritual que interpreta la sustancia astral y la materia física.
Vehículo y soporte de los otros dos cuerpos.	Acciona los órganos de la vida vegetativa.	Dirige lo astral y lo físico.
Elabora el quilo, materia prima de los tejidos, la sangre y la fuerza nerviosa, energía motriz del organismo.	Actúa sobre lo físico comunicándole sus vibraciones.	Actúa sobre lo físico por medio del astral.
Actúa directamente sobre el astral determinando en él movimientos procedentes de los sentidos.	Actúa sobre el alma engendrando en ella ideas conexas con sus propias vibraciones.	Actúa directamente sobre el astral.
Actúa sobre el alma según el equilibrio orgánico.	Sede de la vida emocional y de la sensibilidad.	Sede de la conciencia razonante y del pensamiento.
	Su centro físico es el gran simpático y los plexos.	Su centro físico es el cerebro.
En relación directa con el universo material.	En relación directa con el dinamismo exterior.	En relación directa con el absoluto.

los principios del hombre. El alma y el cuerpo astral se separan del cuerpo físico, pero conservando con él un lazo fluido a través del cual le hacen llegar la impulsión funcional. Para la mayoría, esta separación se efectúa en un espacio limitado. El doble sideral planea a algunos decímetros bajo la máquina orgánica. El alma aún poco evolucionada se halla así aislada del cerebro, su órgano físico, que no recibe más que un ligero riego de energía nerviosa. El cuerpo astral, poseedor de la fuerza vital y sede del inconsciente, predomina durante el sueño y mientras que bajo su impulso los plexos se recargan de influjos nerviosos, el automatismo intelectual se expansiona lejos de la vigilancia crítica del alma. La conciencia se adormece y la imaginación recibe total libertad. Eso es el sueño.

A veces, gracias a la pasividad de la conciencia, vibraciones astrales exteriores, emanadas de personas en relación

simpática con el durmiente impresionan su pensamiento y dan lugar a las premoniciones y sueños telepáticos (5).

La hipnosis, el sueño artificial, provocado bien por medio de reacciones sensoriales, bien por sugestión, desligada del ocultismo en cierto modo tras los trabajos de Braid y Liébeault es definida por la psicología moderna como «la anulación momentánea de los fenómenos conscientes». Por una excitación periférica se retarda la circulación nerviosa, se rarifica la irrigación cerebral. El inconsciente, o sea el astral, permanece solo en movimiento, y aprovechando su pasividad automática, el experimentador gobierna la mente del sujeto, cuyo cerebro ha escapado a la influencia y dominio del alma, debido a su casi paralización funcional. La sugestión determina un estado final análogo aunque su proceso sea muy diferente: Acapara la mente, crea en ella un monoideísmo y proporciona así al cuerpo astral un predominio más o menos prolongado.

El magnetismo actúa a la inversa. Lejos de perturbar o restringir la vida psíquica, la amplía. La transmisión al magnetizado de la ondulación *etérea* del operador, exalta el mediador plástico y el alma del durmiente. Éste, tras una fase de aturdimiento debido a esta sobrecarga fluídica (estado sugestivo de Durville) recobra poco a poco su conciencia en estado de sonambulismo y ésta se dilata entonces hasta el punto de manifestarse dotada de medios muy superiores a los que poseía en estado de vigilia y de facultades supranormales: la lucidez, por ejemplo, es decir, la extensión en el tiempo y en el espacio de la percepción auditiva y visual.

Bajo la acción del magnetismo, los principios superiores del ser muestran tendencia a separarse del organismo material. El alma revestida del mediador plástico se aleja del cuerpo en letargo, se mueve, siente y actúa. Las investigaciones del coronel de Rochas, de Ayglun, y más tarde las de Durville han establecido experimentalmente la realidad de este desdoblamiento, por otra parte observado a lo largo de toda la historia (6). Una bilocación análoga sobreviene a veces a consecuencia de un choque emocional violento. Puede incluso conseguirse voluntariamente después que, por una larga ascesis, el hombre ha reducido al mínimo los lazos que le atan a su vertiente carnal. Ciertos adeptos de un ocultismo descarriado utilizan con el fin de alcanzar este desdoblamien-

to, prácticas empíricas peligrosas de las que nos ocuparemos más adelante. Si el uso de los alcaloides derivados de la coca y del opio, habitual en el mundo del vicio donde se busca por caminos torcidos la agudeza de la reacción sensorial, encuentra tantos adeptos entre la élite intelectual, es porque la exteriorización o desdoblamiento que provoca se acompaña de una disociación y de una exaltación psíquicas considerables. Si estuviesen mejor informados, los toxicómanos buscarían por la ascesis el acceso a las regiones sutiles de la mente y obtendrían además sensaciones que la droga no les proporcionará jamás.

Otras formas conocidas de exteriorización denuncian la autonomía del cuerpo astral. La sensibilidad cutánea, por ejemplo, desaparece cuando el doble etéreo se aleja. La cloroformización tipifica esta abolición y más de un hecho ha demostrado que de la narcosis resultaba una bilocación total.

Durante sus experiencias, repetidas por Joire y realizadas más tarde por Durville, el coronel de Rochas advirtió que el sujeto sometido a un grado profundo de sueño magnético, mientras que la epidermis y tejidos subyacentes permanecen en analgesia, acusa todo contacto que afecte a una superficie virtual situada a algunos centímetros de su periferia mórfica. En la agonía — último desdoblamiento — se produce el mismo fenómeno entre otros igualmente sugerentes, que serán analizados en un capítulo próximo.

¿No es sugestivo, por otra parte, que la agudeza sensorial varíe según las reacciones afectivas? ¿Acaso no es esto una confirmación de que en nuestro doble tienen asiento a la vez el centro emocional y la facultad sensorial modalizada en el cuerpo físico por los órganos esplácnicos?

El dinamismo vital, otra propiedad del mediador plástico, se extiende, durante el trance del médium, más allá del organismo: golpes sonoros y desplazamientos de objetos manifiestan esta exteriorización motriz. Las huellas de la cara y de la mano de Eusopia, obtenidas a distancia sobre un bloque de arcilla situado a varios metros de ella, *¿quién* las ha impresionado si no su doble equivalente que tiene la misma forma de su cuerpo? (7).

«No creo, escribía Ad. Frank (8), en una ciencia oculta distinta de la ciencia ordinaria». El testimonio de la Historia (9) establece al menos que, antes que los nuestros, los

sabios de la antigüedad conocían y sin duda provocaban magistralmente estos fenómenos psíquicos de los que el más insignificante es hoy causa de extrañeza y hasta desconfianza para más de uno entre los sabios. Ciencia — clásica u oculta — significa análisis de los hechos, inducción de sus leyes y verificación de las mismas. Pero el ocultismo no se queda en las leyes; llega hasta las causas segundas que son su principal objetivo. Los discípulos abordan el estudio del hombre, de sus relaciones con el universo visible e invisible, el problema del ser y el problema de lo que ha de ser — del devenir — bajo la égida del sentimiento — iba a decir bergsoniano — de que una intuición profunda, un inconsciente superior, pone a veces ante los ojos del investigador aquello que su inteligencia experimentalista miraba sin ver.

Es necesario admitir en atención a la otra y más allá de la inteligencia pura este inconsciente superior. El genio e incluso el talento, *tan distintos uno y otro del ser razonante, como indiferentes a la voluntad,* le necesitan. Nadie podría *a priori* proclamar como una absurdidad que haya habido épocas en que existiera el conocimiento de cómo llevarlo de su latencia normal hasta excepcionales manifestaciones.

Como hemos dicho las cuatro modalidades, vegetativa, anímica, racional e intuitiva de los psicólogos modernos recuerdan y confirman el toro, el león, el águila y el ángel esotéricos.

Para completar estas primeras nociones, conviene trazar la analogía de la concepción ternaria y cuaternaria de los principios constitutivos del hombre con los sistemas quinario y septenario enseñados por algunos centros de iniciación.

El alma, el mediador plástico y el cuerpo físico son, según las diversas escuelas:

1. Alma { cuerpo causal[1] / » mental[2] }
2. Mediador plástico[3] o cuerpo astral
3. Cuerpo físico { doble etéreo[4] / materia del organismo[5] }

El *doble etéreo* del sistema quinario se considera parte

integrante del cuerpo físico en la clasificación fundamental en tres elementos. Sin embargo tiene un papel muy preciso y concreto.

Cuando en un caso de desdoblamiento espontáneo el cuerpo astral de un individuo se aparece a otro situado lejos de él, el cuerpo físico del desdoblado continúa viviendo normalmente. Lo que significa que puede prescindir, al menos en lo que concierne a la vida vegetativa, de su segundo principio. ¿Qué es pues lo que sigue animando cada célula del ser así disociado y moviendo sus órganos? Debe ser sin duda el doble etéreo considerado como la sede de la vitalidad de la materia física. En esos curiosos trances fakíricos en que se ponen los yoguis de la India mientras se hacen enterrar durante semanas enteras en un estado de muerte aparente en que la vida vegetativa no da ninguna señal de actividad, el doble etéreo del fakir continúa animando sus células físicas durante el tiempo que el cuerpo astral y los principios superiores permanecen separados de ellas.

La forma del doble etéreo es casi idéntica a la del cuerpo carnal. Cuando sobreviene la muerte aquél se separa inmediatamente de este último. Los sensitivos y los clarividentes, es decir las personas cuya personalidad psíquica percibe las vibraciones etéreas y astrales, ven al doble etéreo azulado, delimitado por una tenue línea azul a la derecha y rojo anaranjada a la izquierda mientras que el cuerpo astral les parece brillar uniformemente con una bella luminosidad blanca. Personas poco sospechosas de padecer alucinaciones patológicas han observado en las proximidades de una tumba recientemente removida, al doble etéreo del cadáver: ése es sin duda el origen de las historias de aparecidos.

La función del doble etéreo ha sido descrita minuciosamente por algunos adeptos del desarrollo espiritual integral que han llegado a percibir las sutiles vibraciones etéreas en sus más elevadas modalidades. Este doble indica por su aspecto el estado de salud. Todas las formas de astenia derivan de una debilidad del doble etéreo, cuyo tono de vibración cuando es insuficiente, provoca la hipoactividad orgánica y nerviosa. Los magnetizadores muy dotados transmiten a los enfermos, a través del éter ambiental, una ondulación tan poderosa que su doble etéreo queda animado de un movimiento vibratorio mucho más activo. Este movimiento ondu-

latorio vivifica el cuerpo etéreo del paciente, el cual actúa sobre los órganos alterados y restablece el sano equilibrio.

Siendo el éter, en fin, un cuarto estado de la materia física — estado bien conocido por los físicos — el doble etéreo auxiliar del cuerpo astral, se indentifica con el cuerpo material.

El cuerpo mental, consciencia psicológica, es el alma, más o menos como la imaginamos. El cuerpo causal es el que dirige y administra sobre todo la conciencia moral, algunas facultades supranormales (en especial la de profecía por inspiración directa de seres superiores) y la propiedad causal de los condicionamientos astral y físico del individuo. En este momento una ampliación del tema sería prematura: ver para ello el capítulo XIII.

El esoterismo búdico nos propone siete principios, los cinco primeros de los cuales son: *Rupa, Jiva, Linga sharira, Kamarupa* y *Manas* que corresponden casi exactamente al cuerpo material, al doble etéreo, al mediador plástico, al cuerpo mental y al cuerpo causal. Los dos restantes, *Buddhi* y *Atma* se consideran profundamente escondidos en la casi totalidad de los hombres (10). Su representación queda pues muy imprecisa. Los dejaremos a un lado, nominalmente al menos, a lo largo de esta obra, elemental por otra parte, y nos ceñiremos a la concepción de los cabalistas resumida así, según Stanilas de Guaita:

Neschamah		EL ESPIRITU PURO	7	.....	ATMA	El alma divina
Ruach	ALMA HUMANA (Volitiva y plástica)	El alma inteligente y espiritual	6	.....	BUDDHI	El alma espiritual
		El alma pasional, lógica y comprensiva	5	.....	MANAS	El cuerpo causal
		El alma instintiva	4	.....	KAMA RUPA	El cuerpo mental
Nefesch		EL CUERPO ASTRAL	3	.....	LINGASHARIRA	El cuerpo astral
Gouph	EL CUERPO	Fosforecente (la vitalidad)	2	.....	JIVA	El doble etéreo
		Material (la carne)	1	.....	RUPA	El cuerpo físico

NOTAS AL CAPITULO PRIMERO

(1) Hablamos, claro está, de aquella separación radical que caracteriza a la muerte.

(2) En Egipto: *khat*, el cuerpo; *ka*, el doble invisible, y *khu*, la inteligencia.
En China: *Xuong*, la sustancia orgánica; *Khi*, el soplo de vida, y *wun*, la voluntad.
En Persia: *Djan*, el cuerpo y la vida; *ferner*, la animación orgánica, y *akkho*, el principio eterno.
En la India: *Rupa*, *Kama rupa* y *Atma*.
En Grecia: la carne y la sombra del espíritu.

(3) Para designar este segundo principio se utilizan también otras expresiones, tales como *cuerpo astral*, *doble etéreo*, *doble sideral* y *fantasma*.

(4) Mediante los cordones anterior y posterior de la medula. Un choque emocional basta para provocar la paralización momentánea de esta función.

(5) Véanse las obras de Flammarion, de los doctores Osty y de Sermyn, De Gurney, Miers y Podmore.

(6) V. Cap. XX.

(7) V. De Rochas, *L'Extériorisation de la motricité*.

(8) *Traité Méthodique de Science occulte*, por Papus; pref. de Ad. Franck.

(9) V. S. de Guaita, *Au seuil du Mystère*.

(10) Sinnet, *Le Bouddisme ésotérique*.

Capítulo II

LO OCULTO UNIVERSAL

La segunda carta del Tarot...

Representa a una mujer sentada sobre un trono sostenido por dos esfinges. Su mirada, meditativa, se vuelve hacia el libro abierto sobre sus rodillas. Sostiene en sus manos numerosas llaves de diversos tamaños.

Una tiara de triple diadema, coronada por la luna en cuarto creciente, hieratiza su semblante impenetrable. Tras ella, un lienzo tendido perpendicularmente a dos columnas, oculta el horizonte.

Pasaremos por alto los detalles para mejor penetrar en el significado del conjunto. Sobre una misma base, hiperfísica polarizada, reposa el equilibrio de las realidades tangibles y vivas. Abstraída por el estudio, transformada por la inspiración, la mente humana alcanza las llaves y las llavecillas de los grandes misterios. Un velo esconde a la mirada las profundidades cósmicas pero puede ser arrancado de su doble soporte, elemento interpuesto entre lo visible y lo oculto... El cuádruple adorno de la tiara, el jeroglifo lunar (símbolo de la inspiración) situado en lo más alto, la diadema inferior que ciñe la frente y las dos restantes, intermediarias, traducen la cuádruple contextura del universo, análoga a la del hombre, o sea, la esencia espiritual y el elemento material fundidos por el principio psíquico y la sustancia astral. En la individualidad humana, *el soporte medianero entre la apariencia formal y el principio psíquico,* es, como ya sabemos, el cuerpo astral, doble exacto, conformador, animador y conservador del cuerpo físico íntimamente fusionado con él.

El mundo (macrocosmos) — vasto organismo constituido

FIGURA 4

Juno

Segunda clave del Tarot

(La carta que aquí reproducimos corresponde al Tarot italiano, en el que «La Papisa» ha sido sustituida por una «Juno». Aunque el primer símbolo sea inigualable, el segundo guarda con él indudables analogías que el lector interpretará fácilmente.)

análogamente al hombre (microcosmos) — consta, como él, de un principio tangible interpenetrado por otros tres elementos de naturaleza indéntica al *nephesch*, al *ruach* y al *neschamah* individuales. De manera que, como *nephesch*, el cuerpo astral, médium entre nuestro cuerpo carnal y nuestro psiquismo inmortal, un vasto océano de sustancia astral, *intermediaria entre la materia física y la esencia psíquica cósmica*, interpenetra estrechamente el universo material.

Esta limitada extensión de sustancia astral desempeña en el plano cosmológico un papel análogo al del doble sideral en cada personalidad. Accionada por una esencia psíquica, rectora del cosmos como el alma humana gobierna al individuo, viene a ser el estadio en el que la ley se convierte en virtualidad generatriz del hecho, y la esencia psíquica — verdadero *ruach* generalizado — sede de las leyes, manifiesta una esfera superior, espiritual, inteligible, correspondiente a *neschamah* y directamente emanada de la Causa-Principio-Absoluto.

En ocultismo se utilizan las expresiones «mundo» o «plano» para designar el conjunto de cada uno de los elementos físico, psíquico y espiritual compenetrados en el mismo espacio infinito — y no superpuestos o distintos en extensión, idea que parecen evocar esas mismas expresiones —. Cuando el lector vea escrito: plano o mundo espiritual, plano o mundo psíquico o plano o mundo astral, entenderá que se trata de:

La esfera espiritual, sede de los principios universales, elemento propio del *Neschamah*;

La esencia psíquica, mundo de las leyes rectoras engendradas por los principios, análoga a *Ruach*, alma inteligente y volitiva;

O bien de la sustancia astral, principio de la vida no diferenciada, de la energía no individuada (entitaria), dinamismo en incesante actividad, medio en el que se elabora y preexiste en estado virtual todo lo que habrá de venir u objetivarse materialmente. Este elemento, por otra parte revestido de una invisible jerarquía, será estudiado más detenidamente en el capítulo VIII.

A pesar de su aridez, más aparente que real, estas nociones son bastante rápidamente asimilables por poco que se les dedique una breve meditación. Amplían, sin contradecirlas,

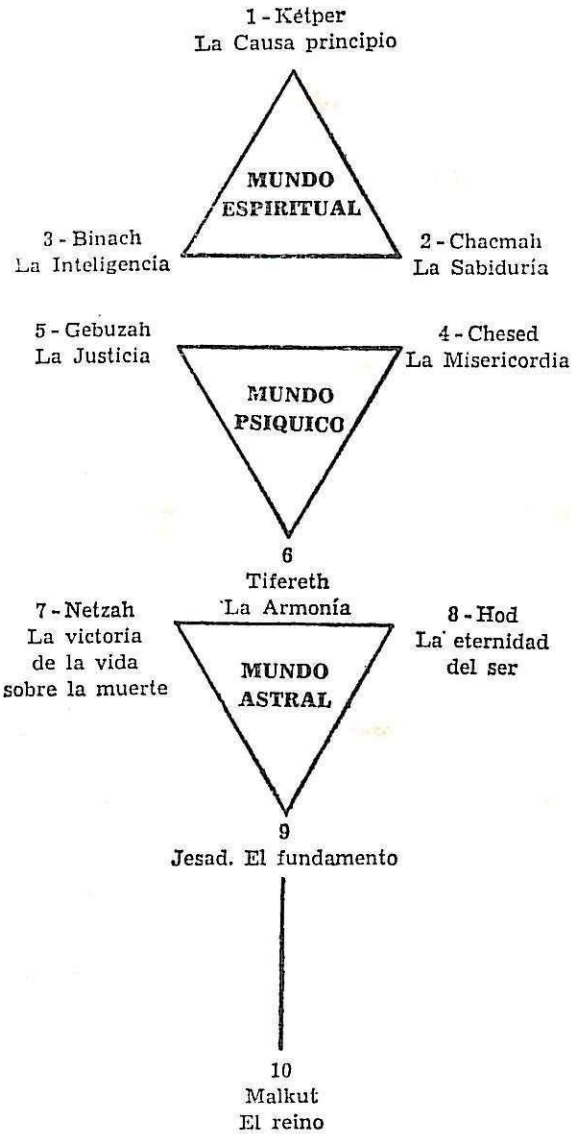

FIGURA 5

Los Sefirots

las ideas modernas relativas al doble aspecto fuerza-materia.

El átomo contiene en sí una energía que tiende a exteriorizarse, nos dicen los físicos. El ocultismo añade, toda colección entitaria de moléculas, trozo de piedra o filón de metal, brizna de hierba o vegetal gigante, microbio o paquidermo, posee más allá de ellos mismos un doble invisible de sustancia astral que impregna íntimamente su masa y le comunica la vida.

El mundo físico, los sistemas solares, la tierra y todo lo que la habita en una palabra, toda la extensión cósmica está bañada por esta sustancia astral la cual recorre los cuatro estados de la materia en sus diversas modalidades más o menos como la electricidad se propaga a través de una masa metálica.

Cada uno se halla pues en relación, por su propio doble con todo el plano astral, y, por intermedio de este último, con todos los mediadores plásticos individuales. Este arcano se manifesta en las posibilidades mágicas más extrañas. Fuerza y materia elementos inmediatos del mundo fenoménico, imponen a sus reacciones, por la manifestación de las leyes que presiden una idea de orden, de rectitud expresiva de este elemento o plano psíquico ya conocidos por nuestros lectores. Lo mismo la germinación de una diminuta semilla que la imponente gravitación de los cuerpos planetarios, están regidos por una impulsión dinámica que engendra una serie perfectamente coordinada de fenómenos concurrentes a una amovible finalidad. Esta impulsión está pues dirigida por una muy precisa voluntad.

Pero esa misma voluntad necesita como origen un orden más abstracto de realidad: la Inteligencia, plano o mundo espiritual de los cabalistas. El ángulo cuaternario desde la cual el ocultismo considera la existencia universal queda constituido así sobre unas bases puramente lógicas.

Lo que está arriba es como lo que está abajo, dice Hermes Trismegisto. Por eso cada una de las creaciones de un genio manifiesta sus facultades. El hombre y el universo, engendrados por una Causa-Principio-Único son iguales entre sí y reflejan, por así decirlo, los atributos del Ser Absoluto, emanador del mundo. Atributos que la Cábala configura así: (ver fig. 5, pág. 28).

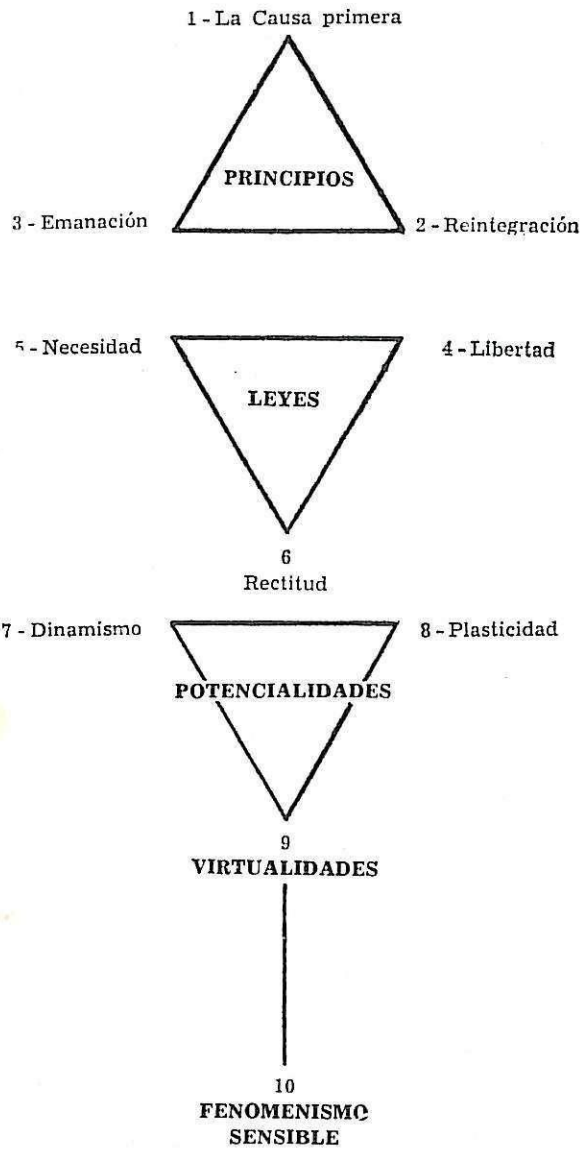

FIGURA 6

Adaptación de los Sefirots a la constitución del Universo

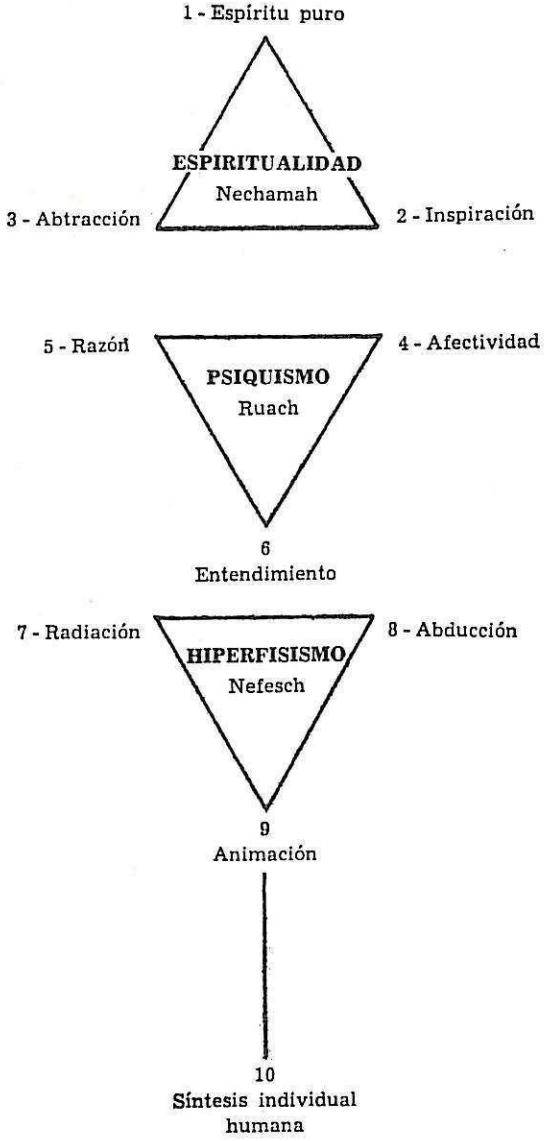

FIGURA 7

Adaptación de los Sefirots a la constitución del Hombre

Un breve comentario facilitará el camino a los que pretendan la comprensión de esta figura.

Las diez denominaciones numeradas (llamadas sefirots) significan en una acepción luminosamente abstracta las diez modalidades — manifestadoras primarias de la Causa de Causas, del Ser en sí — de Dios.

¿Y por qué diez y no nueve u once? Si contestamos que diez es el número de todo acto perfecto, se impone una explicación subsiguiente. Hela aquí:

De la unidad, base de la progresión diferencial, a la década, se halla cualitativamente incluida la infinita multiplicidad. Los diez primeros números: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9 y 10 contienen y expresan intrínsicamente a todos los demás. Se puede hallar el valor de expresión esotérica de no importa qué número, sumando sus cifras para reducirlo a uno de los diez primeros. Así $365 = 3 + 6 + 5 = 14 = 1 + 4 = 5$. Asímismo, $18.749 = 1 + 8 + 7 + 4 + 9 = 29 = 2 + 9 = 11 = = 1 + 1 = 2$.

Extendernos sobre este punto desbordaría el ámbito de este elemental esquema del ocultismo. Para profundizar sobre el tema es recomendable el magnífico trabajo del padre Lacuria, *Las armonías del ser expresadas por el número*, así como los estudios del Dr. Allendy, de Alfégas y de Schwaller.

Los sefirots se presentan agrupados en cuatro series: tres tríadas y la décima unidad. Así el sistema décuplo se convierte en cuaternario, número de los elementos constitutivos del macrocosmos y del microcosmos. En efecto abstrayendo: $4 = 1 + 2 + 3 + 4 = 10$.

Como por otra parte, $10 = 1 + 0 = 1$, se deduce que solos los números 1, 2 y 3 son los valores que representan el Absoluto.

La primera tríada (Kether, Chomach, Binah) — mundo espiritual — incluye potencialmente a los otros dos. Se refleja secundariamente en modo psíquico (Tiphereth, Chesed, Geburach), y luego terciariamente en modo astral (Yesod, Netzah, Hod). El décimo sefirot: Malchuth, el Reino (de las formas) realiza la síntesis de los nueve primeros y manifiesta la reacción de Kether, la causa inicial (1) sobre el elemento neutro (0) por sus diversas modalidades.

No queremos ocultar la decepción que suelen experimentar aquí los recién llegados al ocultismo. Que se tranquili-

cen. A lo largo de este volumen figuran muy concretas indicaciones en que también los novatos de lo maravilloso encontrarán su número. Más de uno volverá a este capítulo a buscar las luces de las cuales se habrán sentido deseosos al asimilar los aspectos más accesibles de la doctrina.

Concebido, no en sí, sino como aspecto cósmico, el sistema sefirótico puede escribirse: (ver fig. 6 pág. 30).

Este cuadro ofrece, en efecto, el resumen de la constitución universal.

En fin, el complejo cuaternario humano, reflejo del Universo, reflejo a su vez de Dios, se distribuye así: (ver fig. 7, página, 31).

Aunque nuestras débiles luces hayan sin duda malogrado la integral precisión de la correspondencia con cada «sefirah», las analogías de conjunto son innegables.

Capítulo III

LA RELACIÓN INVISIBLE

Entre la personalidad humana y el universo, constituidos uno y otro por la misma esencia cósmica parecidamente jerarquizada, existe una cuádruple relación, por la que se crean del macrocosmos al microcosmos y recíprocamente una serie discontinua de acciones y reacciones.

El vehículo físico del hombre ha de someterse a la luz del mundo material pero esta ley está al mismo tiempo a su disposición, y a medida que descubre sus modos, los comprende y, poco a poco, acaba poniéndolos a su servicio.

El doble sideral — individualización de una parte de la sustancia astral, y como el cuerpo físico individualizado un agregado de átomos — recibe del océano astral y de los seres que en él se mueven inmunerables impresiones o impulsiones. Recíprocamente, cada mediador plástico humano engendra en el seno del plano hiperfísico una ondulación vibratoria expresiva de sus tendencias, apetencias o repugnancias. Atrae o repele las fuerzas, las individualidades, las circunstancias e incluso los objetos implicados por sus actividades emocionales.

Ruach, el alma, el ego, el yo esencial, inteligente y consciente, transfiere al plano astral, por medio del doble sideral que él anima, la huella de sus deseos o de sus voliciones.

En los seres aún poco evolucionados y en los que el instinto domina, la voluntad expresa simplemente los apetitos, los deseos y las pasiones nacidos de la sensibilidad esplácnica y de la emotividad, característica del cuerpo astral. Mejor desarrollada, el alma manifiesta una actividad, regida por los sentidos que le son propios: sentido de la Equidad,

de la Verdad, de la Rectitud. Comienza entonces su existencia propiamente dicha y tiende a predominar sobre los instintos y las emociones elaboradas por los principios inferiores. El esfuerzo reiterado le confiere poco a poco un poder de control cada vez más absoluto. Sus voliciones se hacen enérgicas y rigurosamente deliberadas. Cuando el sentido moral, o mejor, los sentidos morales están suficientemente afianzados, el hombre se ha convertido en una potencia consciente porque su actividad psíquica, transmitida al plano astral, engendra en él virtualidades que se conforman a lo que él desea, y estas virtualidades confiadas al elemento hiperfísico omnilatente, son en él generadoras de inmediatas realidades.

Si, no obstante una fuerte voluntad, el desarrollo del alma está falto de homogeneidad; si, por ejemplo, los sentimientos siguen siendo arbitrarios o el juicio oscurecido, el individuo no deja de influir eficazmente en el plano astral, pero entonces recoge lo que ha sembrado, es decir, engendra coyunturas adversas y fatalidades dolorosas.

En resumen, el verbo íntimo de cada uno, análogo al verbo psíquico universal, realiza al igual que este último lo que expresa. Pero contradecir al verbo cósmico implica tantas reacciones coercitivas como contradicciones. La moral adquiere así una base experimental mucho más fecunda en aprovechables coloquios interiores que las más sútiles disertaciones de los especuladores de la filosofía, e incluso de la teología.

Un total asentimiento a la Verdad, a la Equidad y la Rectitud desprende poco a poco la psique de la huella de los principios inferiores, *gouph* y *nefesch*. Entonces *Neschamah* eleva el alma hasta sí y la penetra de una iluminación absolutamente espiritual. Ante ella se abren, radiantes, los tres caminos que conducen a la unión divina: el altruismo integral, la abstracción mística y la búsqueda trascendente. Según su propia naturaleza, elegirá una u otra vía de ascesis redentora...

Pero *Ruach*, mucho antes de alcanzar estas alturas, está preparada para presentir su inefable belleza, para sentir una veneración cada vez más profunda por la superioridad moral, y luego para aceptar prácticamente las solicitaciones ocasionales de *Neschamah*; un clérigo diría: el llamado de

la gracia: Si el peor criminal se siente conmovido, sólo un segundo, por un ejemplo de renuncia heroica, se puede decir que su superconsciencia acaba de nacer, o mejor que acaba de despertarse; desde ese momento lleva en sí la potencialidad de una noble acción, que será la primera de un completo cambio de conducta. Por otra parte, incluso inconsciente del verbo espiritual, el ser humano se beneficia cuantas veces lo juzgue necesario la inteligencia universal, de una providencial protección, aparentemente fortuita. De pronto surge una emoción desconocida que le abre nuevos horizontes; una *casualidad* viene a aplacar su angustia; una salvadora combinación de circunstancias le arrastra fuera del círculo en el que sin duda hubiese sido aniquilado. Y siempre una llamada ardientemente proferida, en recogido silencio o con la ayuda de la palabra o de los signos rituales, acaba en una acogedora reacción del plano divino.

La abstracción mística lleva al alma altamente desarrollada hasta la Inteligencia universal, que le es dada así directamente, y al *Conocimiento* en una medida compatible con su grado de sutileza y la *Beatitud* extática proporcional a su santidad...

Dejemos estas últimas y excepcionales posibilidades y volvamos a las más inmediatas: las que pueden realizar el término medio de los individuos conscientes de sus principios ocultos y de su relación con los planos correspondientes del universo. Más de un lector atento a todo lo que antecede habrá concretado, por sí mismo, los fenómenos correlativos a la vida astral, psíquica y espiritual.

En primer lugar, sepamos que toda interrogante mental claramente formulada, lleva consigo una inspiración recíproca. Según se trate del orden inteligible o del orden fenoménico la reacción llega de un plano o de otro bajo las respectivas formas características. Así a los pensamientos predominantes responden frecuentemente *ideas* o *imágenes* intuitivas, surgidas espontáneamente durante la vigilia o en el sueño, relativas a personas o eventualidades.

Los movimientos interiores del alma, deliberados o reflejos de las tendencias propias del doble cuerpo astral o de las apetencias sensoriales actúan, a través del médium universal, sobre las individualidades conocidas o desconocidas de aquellas de quienes depende la realización de lo que

se desea obtener o evitar. O sea que aquellos movimientos influyen sobre el factor humano del futuro, pero su actuación no se localiza en los seres: se extiende a las fuerzas, a los agentes cósmicos, afecta en el seno del astral a las virtualidades que dan forma previa a los acontecimientos en suspenso; engendra de sí misma la gestación hiperfísica de tales realidades ardientemente objetivadas, anhelosamente deseadas.

«La casualidad de las circunstancias es una ilusión», dice Péladan, «de la que uno se da cuenta mirando hacia atrás y desde un poco lejos». Este gran desconocido (1) conocía la parte activa que corresponde a la voluntad humana individual en el determinismo general.

La fatalidad, esto es, el conjunto de leyes físicas e hiperfísicas gobierna el fenomenismo astral y su correlativo sensible; constituye el determinismo rector de los dos grandes planos inferiores de la naturaleza y de sus dos elementos correspondientes en el hombre. En tanto que el alma permanece encerrada en sus vehículos, dicho de otra manera, en tanto que el alma refleja pasivamente las espontaneidades emocionales y sensoriales surgidas del mediador plástico y del organismo, el ser humano se encuentra íntegramente determinado. A medida que la vida psíquica se hace más reflexiva, la entidad pensante y consciente — el alma — se convierte también en principio determinante e influye, deliberadamente, en la fatalidad. El individuo se sustrae, pues, a ella, gradualmente, en una medida siempre proporcional a su grado de dominio inhibitorio sobre sus impulsiones y sus tendencias primitivas, en una palabra, sobre su *astralidad.*

Por astralidad, hay que entender las predisposiciones y predestinaciones que resultan de las influencias planetarias en el momento de nacer, y que por otra parte comunican al recién nacido un carácter morfológico que permite distinguirlos claramente.

El momento de una encarnación humana parece fortuito pero la Rectitud (2) que preside en la gestión psíquica del universo regula los nacimientos de manera que corresponda a cada yo el doble sideral y el cuerpo de carne que implican sus antecedentes.

Así pues, si el Sol irradia la vida a cada uno de los demás

elementos estelares, fijos o móviles, dispensa, por su modalidad vibratoria una característica particular. Planetas y estrellas afectan a los nacidos a la existencia de una manera que difiere para cada segundo y en cada punto de nuestro globo según los ángulos bajo los cuales ese punto recibe sus vibraciones. Así es como las posiciones planetarias en el Zodíaco y, según el lugar del nacimiento y el instante en que se produce, indican al astrólogo las predisposiciones fastas y nefastas del niño. El horóscopo traduce, de hecho, una cierta relación, un cierto modo de relaciones entre la naturaleza y el hombre pero nunca una fatalidad rigurosamente inmodificable.

De la impresión dejada en el nacimiento por los astros deriva un conjunto de cualificaciones, un determinismo relativo al que *gouph*, el organismo físico y *nephech*, el inconsciente, servirán de médium. El alma sufrirá su influencia y su único propósito aquí abajo será luchar contra ella para evolucionar hacia la libertad absoluta.

El ángulo bajo el cual el recién nacido recibe el influjo propio de cada planeta determina el grado en que le será impartida la virtualidad dispensada por ese planeta. Los ángulos bajo los que cada cuerpo estelar recibe las influencias de cada uno de los otros ocho en el instante del nacimiento, determinan cómo se efectuará en la individualidad del niño la mezcla del influjo de ese cuerpo estelar y de las vibraciones irradiadas por los otros.

Y cada una de las doce regiones zodiacales, o sea doce grupos de estrellas fijas, actúan, por su tono vibratorio general, sobre el recién nacido, primero en razón de su posición relativa al horizonte oriental del punto de la tierra en el que ha nacido, y luego por las modulaciones que experimenta a su paso por ese signo zodiacal el influjo propio de cada planeta.

Todas las virtualidades observables aquí en los diversos reinos son engendradas por las influencias astrales. Se puede clasificar los minerales, los vegetales, los animales y los hombres, según sus propiedades o características en nueve categorías: solar, lunar, marciana, mercuriana, jupiterina, venusina, saturniana, uraniana y neptuniana.

Marte, por ejemplo, engendra a la vez las formas recti-

líneas y gruesas y los dinamismos violentos. Señala con el carácter mórfico marciano, la piedra, los metales, las plantas, los animales y las personas engendradas bajo sus auspicios, imprimiendo en ellos las cualificaciones o la naturaleza marcianas. Así entre otras el hierro, el rubí, la coloquinta y el tigre son marcianos así como los individuos ardientemente combativos. De la misma manera el cobre, la esmeralda, la verbena, la paloma son formas de propiedades venusinas como, por otra parte, los humanos cuyos rasgos

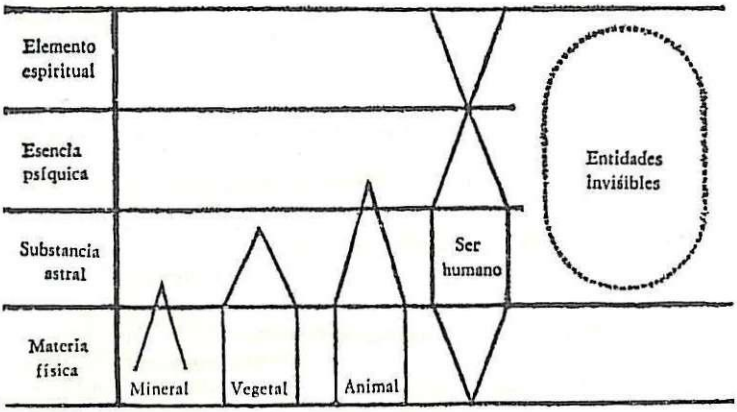

FIGURA 8

Esquema de las relaciones del Hombre con el Universo

presenten el estilo tipo venusino, reconocible por formas elípticas de foco reducido, formas reveladoras de una tendencia principal a la búsqueda, en el seno de una existencia dulce y muelle, de la armonía de las impresiones sensoriales.

Esta clasificación astrológica sirve de base sobre todo al arte talismánico y a la terapia oculta.

Una piedra, un metal, un vegetal y un animal marcianos emiten, efectivamente, vibraciones análogas a las del planeta Marte, vibraciones que comunican a quien las absorbe una virtud correspondiente a la suya. De ahí el uso de tal piedra engastada en tal metal para favorecer tales cualidades o atraer tal realización. De ahí, también el empleo de una

FIGURA 9

La Emperatriz

Tercera clave del Tarot

planta determinada para conseguir un determinado efecto curativo o, más generalmente, fisiológico. De ahí, en fin la indicación de utilizar la sustancia de tal animal con el fin de alcanzar tal resultado.

Se explica también, según esto, por qué una hora determinada de tal día, en una época también determinada, es propicia para recoger tal ingrediente usado en magia. En el momento en que Marte se sitúa en la eclíptica de manera tal que su influencia sobre nuestro globo sea intensa, las propiedades de los vegetales marcianos alcanzan su máximo. En ese mismo momento los animales marcianos están en su paroxismo y la violencia se deja sentir en el mundo bajo la forma de terremotos, tempestades, ciclones, crímenes, guerras, etc. Hagamos notar, para salir al paso de una fácil objeción, que se manifestará en una u otra forma, según sean las posiciones de los demás astros cuya acción modificará la acción radical de Marte.

En otro orden de ideas, hay que advertir también que el paso de un planeta por puntos en los que su acción sobre la tierra es máxima o mínima, armónica o disonante con la de los demás satélites solares, va acompañado necesariamente de un efecto sobre la economía planetaria de los individuos y de las colectividades. A las diversas fases actuales de presentación de una región terrestre al sol corresponden fenómenos muy bien conocidos. Lo que ya no lo es tanto, es que todo eclipse del foco central de nuestro sistema significa siempre un desastre que suspende o destruye la vida: hambre, invasión, devastación, epidemia, etc., según la modificación determinada por los demás cuerpos siderales.

Todo conjunto individualizado de átomos, decíamos sustancialmente en el capítulo primero, posee un doble, un cuerpo astral, que exterioriza incesantemente su radiactividad. He aquí un esquema que muestra la relación de los reinos de la naturaleza terrestre con los planos del universo. (Véase la página 40).

Esta figura completa las nociones precedentes en lo que se refiere a la relación por una parte del hombre con los planos cósmicos, y, por otra con las entidades minerales, vegetales o animales de su ámbito terrestre. Más adelante veremos cómo el plano astral relaciona el ser humano con las

diversas categorías de espíritus que pueblan lo invisible y particularmente con las entidades solares, lunares, marcianas, mercurianas, etc., que se evocan considerando el tiempo y el rito evocatorio, según su naturaleza planetaria.

*
* *

La invisible relación que solidariza la unidad humana con el Todo invisible, está expresada en la tercera carta del Tarot. El personaje de este naipe, la Emperatriz, lleva las alas simbólicas que elevan hasta los éxtasis reveladores; su cetro, acabado por el jeroglífico de Venus, afirma el poder de reinar por imantación (atracción), sobre la luz astral, y por tanto sobre el dominio de lo sensible. Su mano izquierda — pasiva en relación con la derecha, que expresa las iniciativas deliberadas — muestra al exterior la imagen de un águila negra: la oscura impulsión proyectada sobre el omnilatente hiperfisismo por las espontaneidades anímicas. Arriba, las doce estrellas zodiacales irradian el influjo planetario. Abajo, la luna — la realidad contingente, la naturaleza creada — reposa a los pies de la excepcional criatura que su iniciación ha provisto de los atributos de la dominación oculta. (Véase la página 41).

NOTAS AL CAPÍTULO III

(1) La conspiración del silencio se imponía a una obra cuyo orgulloso conceptualismo ofendía al materialismo reinante. Aún hoy es inútil buscar el nombre de Péladan entre aquellos que forjaron la historia literaria del siglo XIX. No obstante, sus libros, rarísimos, hoy, valen su peso en oro.

(2) Principio cósmico caracterizado por el sexto sefirot. (V. cap. II).

Capítulo IV

LA REACCIÓN MICROCÓSMICA

Las nociones fundamentales del ocultismo expresan y precisan pues, a los ojos del adepto, el sentimiento de su íntima correspondencia con el universo y le revelan la ley de influencia externa del psiquismo individual.

Determinado en el momento presente por sus antecedentes, de los que deriva su posición frente al maquinismo cósmico, el hombre de ahora en adelante tejerá por sí mismo los elementos de su futuro. Los irá generando automáticamente por la resonancia causal de su propia voluntad y de su pensamiento, ya que, a medida que el hilo, tenue o grueso, de sus estados de conciencia de desenreda, aquéllos comunicarán sus impulsos alternativamente a la luz astral, a la esencia psíquica y más o menos siempre se dejarán sentir en la esfera espiritual. Esta impulsión organiza simultáneamente numerosas series de efectos. Influye, moral y físicamente, sobre la persona que piensa; trasmite a aquellos en quienes piensa y a otras personas conocidas o no, pero a las que alcanza con sus pensamientos, una ondulación vibratoria que se traduce en ellas en imágenes, ideas o incitaciones; atrae hasta la individualidad que emite la impulsión, las inspiraciones, energías y agentes psíquicos que se hallan en relación complementaria o analógica con ella misma; crea para cada proyecto vigorosamente concebido, un centro de atracción al que afluyen y se asocian las diversas virtualidades susceptibles de concurrir para materializarlo, y llena la imaginación de formas, imágenes y entidades. Y, en fin, magnetiza los diversos elementos de la jerarquía viva de los planos supraterrestres. La influencia

volitiva del hombre se extiende incluso hasta la naturaleza visible, como se observa más concretamente entre los animales que entre sí se influyen telestésicamente, ya que sus emociones y sus deseos se irradian en el medio hiperfísico que los difunde y transmite.

Así, por su verbo interior, cada uno puede influir en los diversos elementos preformadores de lo inminente concreto. Evoca y conjura sin espada templada bajo ninguna constelación ni varita mágica ritual, a las verdaderas Potencias que le favorecen o le perjudican y, a veces, le esclavizan.

¿Piensa y ruega intensa, encarecidamente? Entonces consciente o no, es un poderoso mago, un centro activo de movilización y gestión de los poderes cósmicos, una autoridad de verdadera importancia entre aquellas que rigen el fenomenismo omnilatente. Pero en la medida en que sus voliciones sean arbitrarias, tendrá que sufrir las consecuencias de las mismas causalidades que él invocó: le será devuelto el equivalente de lo que indecisa y desordenadamente exigiera. ¿Acaso no habría de corresponder una desastrosa catástrofe a una serie magistral de realizaciones?

¿Piensa e invoca luminosamente, bajo la influencia de los sentidos propios de su psiquismo, con pleno asentimiento a la Verdad, la Justicia y a la Rectitud? Entonces emana de su Verbo conforme al Verbo del Cosmos, un fuerte poder derivado de la total adhesión a él del Altísimo: es un Santo, un Genio o un Mago.

Pero si el adepto piensa y ruega a ciegas, con el alma oscurecida e invadida por el torbellino de sus apetencias o de las pasiones; si se limita, como hipnotizado, a satisfacer las solicitaciones de su naturaleza superior, entonces se condena al papel de médium, inconsciente de las fuerzas de la fatalidad. Esclavizada, su alma obedece pasivamente al ritmo de las apetencias e irradía su encadenamiento a las correlativas causalidades. Al brujo y al Mago se opone en este caso una entidad híbrida de apariencia humana, tributaria del dominio rector del primero, pero sometida también, a poco que una intuición le revele *el oculto poder de atracción que lleva consigo toda vehemencia interior*, a transigir con los elementos subversivos del astral.

Es el caso de los brujos de la magia negra y de los hechiceros. Sensitivos y a la vez dotados de intensa pasiona-

lidad pero cerrados a las luces morales, ansían para malgastarlos, los poderes del mago. Sustituyen la ciencia más elevada para ellos inaccesible, por el oscuro empirismo del libro de conjuros. Sin embargo son muy raros los que poseen el grado de *enormon* sin el cual las prácticas más abominables permanecen inoperantes. No alcanza el que quiere ese grado de frenética exaltación que tienden a provocar las perversas extravagancias del ritual goético y que solamente el agente hiperfísico, aparte de la voluntad reflexiva y adiestrada, puede hacer aparecer imperativamente. No son más eficaces las malas intenciones que las buenas, ni bastan por sí solas para crear realidades: es necesario además la ayuda de una exteriorización propulsiva que el hechicero busca en la exasperación de sus peores deseos y el mago en la ascesis.

Tampoco en manos de los débiles, de los irresolutos, y de los inconstantes, operan ni positiva ni negativamente los ritos más ensayados.

Sin la más mínima noción de ocultismo cada uno experimenta en sí mismo inconscientemente las leyes de la magia. La más fugitiva ideación deja sin duda una huella permanente, y ayuda, según su duración y su fuerza, a condicionar los acontecimientos posteriores. Salvo una debilidad extrema toda persona dotada de memoria y de imparcialidad, reconocerá que existe al hacer el recuento de sus recuerdos, un cierto paralelismo entre la condición en que se encuentra en el presente y sus actividades psíquicas en las semanas, meses y años precedentes. Este paralelismo puede llegar a ser incluso identidad entre deseos de una época y los acontecimientos de la siguiente. Pero, a no ser que existan raras predisposiciones volitivas a una educación mental poco frecuente, cada uno se somete al capricho de sus estados de ánimo y transmite así a la luz astral una serie de reacciones anárquicas *que se anulan las unas a las otras porque son demasiado diversas y con demasiada frecuencia antagonistas.*

Entre los pensamientos que recorren el espíritu, unos son fruto de las sensaciones físicas, otros experiencias de impresiones y emociones nacidas del principio astral, y alguna que otra se elabora en el centro espiritual. Y las hay que provienen de fuera, representativas de influencias magneti-

zadas antes o sugeridas por seres visibles. Acaban todas en voliciones espontáneas o reflejos cuya potencia es comparable a su intensidad y persistencia. Los impulsivos, cuyas facultades dirigentes dormitan y se dejan llevar siempre por la espontaneidad, accionan ciegamente el plano hiperfísico e imponen a los acontecimientos su propia inconsecuencia. Siembran el desorden y recogen la desgracia.

En tanto que el hombre se mueva pasivamente por los impulsos anteriores o por solicitaciones de fuera, debe considerarse desprovisto si no de eficiencia vitualizante, sí al menos de control sobre los fenómenos que puedan derivarse. Una serie inflexible de leyes causales lo moverán a semejanza de un barco cuyo piloto duerme. Para sustraerse a esta deriva es necesario que el piloto — la voluntad reflexiva — permanezca despierta, atenta y vigilante. Sin embargo no basta querer, deliberada y juiciosamente sino decididamente y sin tregua, ya que de lo contrario los remedios serían tardíos y de hecho poco afectivos, y la dirección insegura. Sin el timón sólidamente amarrado no hay dirección segura; sin una propulsión continuada es imposible el avance.

Así se explica que los hombres de carácter firme obtengan materialmente más que los hombres de inteligencia pura. Éstos piensan razonablemente, pero la dispersión de su actividad cerebral debilita casi siempre la intensidad de sus más legítimos deseos. La extensa cultura de los sabios, de los filósofos y de los artistas dignos de ese nombre, sólo magnetiza hacia ellos una minúscula parte del oro que afluye en grandes cantidades a los cofres de los grandes negociantes, menos dignificados intelectualmente pero más voluntariosos, más apasionadamente apetentes, precisamente porque son menos cultos. Frecuentemente el hombre de razón es un desequilibrado por insuficiencia de impulsión y el hombre de carácter un desequilibrado por exceso de pasionalidad. La ley rige para ambos con absoluta igualdad. Al primero la lucidez y la mediocridad material. Al otro la abundancia y la ceguera intelectual. Uno evoluciona por abstracción, el otro por experimentación.

Pero la Rectitud cósmica entra de nuevo en acción y suscita en los momentos que más las necesita, la energía para el razonable y la razón para el fuerte. Ese pobre viejo al que una existencia de trabajo desinteresado ha llevado

a las alturas de los más grandes científicos del mundo, recibe apenas el salario de un barrendero y se desloma con ingratos trabajos para aumentar sus ingresos. Aquel industrial, colmado por fin de brillantes satisfacciones para cuya conquista se ha descarnado la piel, subordinándolo todo a su consecución, advierte al final que esas satisfacciones estaban muy lejos de poder dar lo que prometían. El primero no supo ni quiso exigir, el otro no supo ni quiso ver claro.

Cada una de las influencias planetarias cuyo papel hemos esbozado en el capítulo III predispone a los que han sido sometidos a su influjo a un modo especial de sensibilidad y de intelección (1). Todo hombre siente y piensa a través de un temperamento que resulta de sus condicionamientos astrales. La astralidad (2) individual es la causa inicial de las predisposiciones y predestinaciones, aunque unas se engendran en mayor número que las otras. Hay, como ya sabemos, una relación de causa a efecto entre una determinada manera de actuar y de pensar y los acontecimientos subsiguientes.

Al modo solar, objetivo, penetrante, sintético, expansivo, valiente, egoísta e imperioso, responden los grandes triunfos, las altas supremacías, las brillantes y gloriosas exaltaciones, la íntima soledad, las enemistades colectivas, las caídas vertiginosas.

Al modo lunar, subjetivo, lento, contemplativo, lunático, imaginativo, inofensivo e idealista, corresponden la oscuridad, la inestabilidad, una alternancia de gracias apacibles y de dificultades siempre renacientes, de encantamientos ilusorios y decepciones dolorosas.

Al modo marciano, vigoroso, combativo, extremoso, impetuoso, íntegro, positivista, responde la lucha encarnizada, incesante con sus triunfos y sus fracasos, sus violencias unas veces infligidas y otras soportadas, con súbitos cambios de situaciones desesperadas.

Al modo mercuriano, vivo, espontáneo, analítico, inquisitivo, de atención dispersa corresponden la multiplicidad de las ocasiones, la diversidad de ambientes, la independencia, los avatares, una vida proteiforme.

Al modo jupiterino calmo, confiado, sugeridor, apacible y descuidado, pertenecen las ayudas, dignidades y facilidades materiales seguidas de adversidad (3).

FIGURA 10

El Emperador

Cuarta clave del Tarot

Al modo venusino, refinado, voluptuoso, dulce pero posesivo, convienen la atracción de las circunstancias susceptibles de dispensar, incluso indebidamente, la satisfacción arbitraria de las exigencias del diletantismo sensorial, emocional o ideológico y los sufrimientos correlativos.

Al modo saturniano, desconfiado, grave, reflexivo, obstinado, responden la soledad, la sujeción a una larga serie de pequeños esfuerzos, la eterna hostilidad de los seres y de las cosas, el resultado tardío, las adquisiciones materiales e intelectuales lentas pero seguras.

Cada persona recibe desde su nacimiento, la impregnación de *todas* las influencias planetarias. Pero entre ellas predominan dos, tres, cuatro o cinco. De ahí le complejidad de los caracteres. Además, según que la mezcla de cada influjo con todos los demás se efectúe armoniosamente o no, engendrará predisposiciones o predestinaciones beneficiosas o fatales. En nuestra obra *Las marcas reveladoras del destino* exponemos detalladamente esta teoría en la que por ello ya no insistiremos aquí.

Aprendiendo a pensar voluntariamente y de una manera juiciosa se modifica necesariamente su determinismo primitivo, se escapa a las fatalidades bajo cuya estrella se ha nacido, se sustituye en suma un esfuerzo deliberadamente elegido y aceptado por los sufrimientos anteriormente merecidos y cuyos agentes planetarios son los dispensadores automáticos al servicio de la Rectitud, que fija, por otra parte, el momento cósmico de cada encarnación.

La ascesis inaugural de las antiguas iniciaciones, con sus esfuerzos progresivos, tendía precisamente a hacer del recipiendario dueño de sus espontaneidades, es decir, de sus predestinaciones nativas. Debía dominar en sí mismo a la naturaleza invisible y visible y de esta manera conquistar el poder que imponía luego al fenomenismo exterior prestándole dinamismo con los ritos mágicos y expresándolo con signos hieráticos.

El Emperador del cuarto naipe del Tarot es precisamente este iniciado vencedor de las dificultades ascéticas. La piedra cúbica sobre la que se apoya simboliza la absoluta estabilidad de los principios, de los que emanan las leyes rectoras de los Hechos. Estable él mismo sobre esta base inamovible, su postura representa la vigilancia siempre aten-

ta del hombre constantemente dispuesto a la iniciativa actuante. Las doce estrellas zodiacales del arcano III han desaparecido porque el cetro oculto, firmemente tendido hacia adelante, es decir, el poder volitivo continuamente proyectado para conformar el futuro, deshace la trama de las fatalidades. Los doce puntos que adornan el casco del Emperador adepto significan claramente que ha sometido a su voluntad la virtualidad planetaria.

Haberse hecho consciente de las leyes de la reacción psíquica individual, de la secuencia causal inseparable del juego del pensamiento y del ejercicio de la voluntad, es ver con plena luminosidad lo que siempre ocultaron opacas tinieblas a los ojos del más grande hombre. Este fulgor ilumina la inextricable red en medio de la cual el hombre debe moverse, y le permite orientar sus pasos con absoluto conocimiento del camino. Resueltamente puesto sobre este camino, elegido deliberadamente, sabe que los obstáculos, previsibles por otra parte por medio de la meditación intuitiva y de las diversas prácticas reveladoras, se resuelven en nada bajo la acción de una indefectible persistencia; que una serie de auxiliares dóciles le ayudan en la edificación de los planos trazados en relieve preciso y seguro en la pantalla astral; que la enérgica asiduidad del querer asegura la mayor rapidez posible en las realizaciones; y que una vez que se haya apropiado del objeto, justo o arbitrario, de sus deseos, debe prepararse a recoger las consecuencias fastas o nefastas que exija su acción.

NOTAS AL CAPITULO IV

(1) V. Les Marques révélatrices du caractere et du destin.

(2) Se entiende por astralidad las tres o cuatro principales influencias planetarias preponderantes en cada uno de nosotros.

(3) Algunos astrólogos ven en Júpiter y en Venus dos influencias exclusivamente benefactoras, o sea, respectivamente, el Gran Benéfico y el Pequeño Benéfico. Igualmente Marte y Saturno corresponderían a la infortuna mayor y menor. Se debe esta opinión, sin duda alguna, a que Júpiter y Venus son más pródigos en satisfacciones materiales que las otras influencias mientras que Marte y Saturno inclinan a una vida más o menos ruda o a la oscuridad laboriosa. Pero aquí abajo nada es estable. En cada existencia se manifiesta un ritmo. A la oscilación alegría sucede la oscilación sufrimiento, al esfuerzo la satisfacción. Además, no es posible decir cuál es la mejor astralidad. ¿Qué es más de admirar,

un oscuro sabio (Saturno), una gran cantante (Venus), un opulento banquero (Júpiter), un actor con talento (Mercurio), un gran militar (Marte), un poeta (Luna), o un gran estadista (Sol)?

Los ejemplos citados, tomados de lo más alto de la escala social, suponen astralidades de *diversas influencias pero poco más o menos equivalentes*. Entre los que podríamos considerar mediocremente influidos encontraríamos a un minero (Saturno), una comparsa (Venus), un criado (Júpiter), un carnicero (Marte), un pescador (Luna), y un pintor de brocha gorda.

Quien nace en un momento en que un planeta está por entero en su situación en el zodíaco e influye poderosamente en relación con otros cuerpos celestes, sobre todo la Tierra, será ricamente dotado. Si, por el contrario, el cielo de natividad sólo presenta debilidades, las facultades del nativo serán mediocres. De la mayor o menor influencia depende la escala social en que el nativo vaya a parar.

Por otra parte la preponderancia de los aspectos armónicos (conjunciones, trinos, sextiles, etc.) determina el predominio de las facultades favorables sobre las adversas. Los siete ejemplos anteriores bien influidos pero disonantes o inarmónicos se convertirían en un usurero (Saturno), una cortesana (Venus), un funcionario venal (Júpiter), un estafador (Mercurio), un agresivo aventurero (Marte), un traficante del vicio (Luna) y un sociólogo subversivo (Sol).

Capítulo V

LA RECEPTIVIDAD

La noción de una Causa-Principio, de la que han emanado los cuatro mundos ocultos, se alcanza por el trabajo conceptual abstracto o por la luz superconsciente. En el adepto se manifiesta simultáneamente por los dos procesos. La meditación especulativa del árbol sefirótico asociado a la contemplación mística abre poco a poco el espíritu a la visión sucesiva y directa de los planos de lo invisible.

El hombre extraño a todo esterismo recibe a veces espontáneamente, de manera más o menos fugitiva, una impresión de inconmensurable armonía, pero el meditativo abandona su atención a cualquier majestuoso aspecto cósmico. Los esplendores de la naturaleza, sus fenómenos, regidos, de lo infinitamente grande a lo subatómico, por inflexibles leyes, proclaman una Inteligencia y una Voluntad infinitamente magistrales. Bastan unas horas de reposado y silencioso retiro en medio de un gran espacio, dando sólo a los ojos el espectáculo de la bóveda celeste y del horizonte de la tierra, para que el alma se sienta casi inevitablemente conmovida, hasta el punto de obligar a los demás obtusos a presentir, a través de lo tangible, la resplandeciente irradiación de su Autor.

En su admirable libro *Ciencia Secreta,* Henri Durville ha comentado con la máxima extensión esta impresión de una presencia de omnilatente perfección en el seno de la naturaleza.

Pero no todos experimentan esta sensación de forma igualmente precisa. Hay quien obcecado por el prestigio de las formas, de los colores y de los sonidos, capta, sí, la atracción

de su mágica belleza, pero sus sentidos, debilitados, permanecen sordos a la llamada del divino Mago. Otros sienten vibrar en inquieta disonancia el temblor del ambiente invisible: les domina el hastío o les oprime una ansiosa desazón, o bien les penetra una singular angustia que delata la intromisión en ellos mismos de una Realidad muy turbadora para quien habitualmente deja reposar sus ojos solamente en las fantasmagorías terrestres. Y hay, por fin, quienes su espesa materialidad, sistemática y obstinadamente reforzada, les aísla de la suprema fuente de Vida y de Conocimiento, hasta anular su principio esencial.

Asentir a la Rectitud universal, intencionalmente al menos, y por tanto tener el alma pendiente de la generación de Tiferet, es el objeto primordial de la existencia humana. Volver a ligar a la criatura con el centro emanador de la armonía cósmica, es establecer el conducto por el que llegará la impregnación que subsanará el desorden que la tiene alejada del plano espiritual. Esa fue la principal y más noble inquietud de los hierofantes religiosos.

Para enmendar este defecto, es necesario ingeniárselas para desviar periódicamente el pensamiento del hombre de la acaparadora invasión de los instintos, abrirlos a la noción de lo divino por medio de sugestiones, de prácticas y de ceremonias creando momentáneamente las disposiciones oportunas.

Y la religión será siempre el único modo de evolución moral para las masas ahora refractarias a iniciaciones abstractas: el exoterismo de la letra deja llegar hasta ellas suficientemente el eco de las alturas sublimes. Es posible así la revelación y otorgamiento de la Rectitud, indispensable para el devenir eterno.

La Ciencia Oculta, inconmovible a través de los tiempos, a pesar de los sucesivos y vehementes ataques de los filósofos racionalistas, materialistas y más o menos ateos, no ha cesado jamás de proclamar estas verdades. Establece como su dogma fundamental que irreligión es igual a subversión; subversión individual cuando el ser ignora o reniega de su origen y de su fin; subversión colectiva, cuando el Estado es un hormiguero de ciudadanos así privados de la primera fuente de las conexiones. Quienes privan a los pueblos de la religión (1) cometen no sólo la más monstruosa de las

arbitrariedades, sino también el más imperdonable de los errores, porque es imposible gobernar por mucho tiempo a seres desprovistos de la esencia arquía interior.

La ascesis religiosa amplía y acrisola la conciencia espiritual, momentáneamente suscitada por los ritos y ceremonias; de esta manera puede ser apreciada experimentalmente y se impone por sus elevadas posibilidades: *el conocimiento directo*, generalmente relacionado con el éxtasis, y la *iluminación profética*, es decir, la precognición en su principio, de acontecimientos que habrán de ocurrir, inminentes o lejanos, pero que se convierten desde ese momento en necesidades. El estado de santidad — de integral conformidad con la Rectitud — implica una comunicación consciente, más o menos continua, con el plano divino, puerta de acceso a la Verdad esencial, pre-visión de futuros acontecimientos terrestres, de donde se sigue la facultad de profecía.

El lector que haya captado la exposición del capítulo II comprenderá inmediatamente la distinción que aquí se impone entre el profeta, intérprete inmediato de la inteligencia y de la voluntad universales, y el mero vaticinador más o menos dotado de percepción premonitoria. El primero conoce la decisión inicial del acontecimiento. Los demás, sonámbulos lúcidos, clarividentes y psicómetras, perciben de él sólo la frase siguiente, intermedia entre la causa y el hecho: la gestación virtual. Su *segunda mirada* se pierde en el plano astral: las esferas de lo psíquico y lo espiritual permanecen cerradas para ellos.

A la quinta carta del Tarot se le atribuye generalmente un sentido emblemático resumido en la palabra *religión*, entendida en su más amplio sentido de religamiento con la escala de las realidades invisibles. Sobre la tiara del personaje simbólico —el papa — se observan las tres diademas coronadas por un signo sagrado, bien sea las cuatro secciones sefiróticas o bien las cuatro esferas ocultas. La mano derecha, se tiende con gesto hierático sobre los fieles que reciben del papa del Tarot la iniciación religiosa; la izquierda sostiene el báculo de triple cruz, expresivo de los dos modos de receptivilidad espiritual, receptividad psíquica y receptividad astral. Ya hemos visto lo que son las dos primeras. Ahora examinaremos la tercera (ver fig. 11, siguiente).

El futuro puede ser percibido, hiperfísicamente, en cli-

FIGURA 11

Júpiter

Quinta clave del Tarot

(A esta carta del Tarot italiano corresponde «El Papa» del original).

chés más o menos netamente delineados, por numerosos individuos cuyo nivel moral no afecta en absoluto a la obtención de este fenómeno, en muchas ocasiones observado en individuos incultos o poco evolucionados. Aquí sólo se plantea como cuestión la sensibilidad del mediador plástico. La telestesia — sensación o sentimiento de una inminente eventualidad, visita, mensaje, encuentro, etc. — caracteriza un grado muy pobre de receptividad astral. Igualmente los ensueños premonitorios que quedan gravados en el espíritu al despertar. El conocimiento de estos fenómenos está suficientemente generalizado hoy para que sea necesario insistir en ello.

Por otra parte subsisten en lo invisible innumerables imágenes del pasado. El astral individual conserva íntegros los archivos llenos de imágenes de toda la serie de estados psíquicos que ha experimentado. Los astrales colectivos poseen una memoria análoga, de la que algunos ojos extraen recuerdos. Y hasta los objetos — todos los objetos tienen su historia — quedan impregnados de los influjos de aquellos que los han utilizado.

El objetivo de las prácticas adivinatorias (2) es por tanto despertar y ejercitar la perceptividad astral del experimentador, hacerle visibles las imágenes que anuncian el futuro, que revelan el presente o que evocan el pasado.

La antigüedad iniciada conocía la técnica infaliblemente evolutiva de las facultades del mediador plástico. Se aprendía metódicamente a ver en el invisible.

Entre los modernos, la experimentación ha conducido principalmente a dos formas de clarividencia, predictiva, inmediata o retrospectiva: la lucidez sonambúlica en el sueño magnético y la visión a distancia en el tiempo o en el espacio, por contemplación de una bola de cristal. Menos extendida, la psicometría — nombre que se da a la percepción de imágenes de objetos — tiene asimismo sus practicantes. Hay que añadir que el Tarot desempeña a los ojos de la mayoría de los cartománticos, un papel análogo al de la esfera de cristal y de sus sucedáneos populares: alfileres, marro de café y la clara de huevo. El uso deductivamente oracular del libro de Thot exige una elevada cultura esotérica.

En nuestro *Método de Hipnotismo* hemos tratado de la investigación sistematica de los fenómenos de lucidez sonam-

búlica, y por ello no volveremos a tratarlo aquí. Además este *modus operandi* tiene muchos inconvenientes. Exige dos personas: el magnetizador y el sujeto magnetizado. Una vez hipnotizado éste no tiene dominio alguno directo sobre su lucidez. Ha de limitarse a ir guiando al operador y comunicándole sus impresiones. Por otra parte, como las disposiciones psíquicas de un sonámbulo varían necesariamente con sus estados psicológicos, o emocionales, su perceptividad astral resulta fugaz, desigual y caprichosa. Se altera generalmente en seguida porque se trata de obtener visiones muy diversas, sufre con la edad una ineluctable perturbación y acaba por desaparecer definitivamente.

Si bien la clarividencia, que se puede experimentar sin la ayuda de un tercero, preferiblemente valiéndose de un cristal de roca muy puro tallado esféricamente, necesita un esfuerzo personal, un entrenamiento más o menos prolongado, permanece, al contrario que la lucidez sonambúlica, bajo el dominio directo del perceptor. Nos parece que la adquisición de un método de desarrollo de la clarividencia debe hallar aquí su puesto. De una manera general, una vida regular, calma y de recogimiento, un régimen extremadamente sobrio, un estado anímico de meditación, son indispensables antes que nada. Al principio se tratará de situarse diariamente, durante una o dos horas, en un estado de pasividad muscular, sensorial y mental lo más completo posible. Para ello, elegir una habitación silenciosa, oscura, y, de preferencia, la mañana dos o tres horas después del sueño, sentarse o tenderse, observar una completa inmovilidad y circunscribir el campo del pensamiento manteniendo la atención sobre una idea o una imagen indiferentes. Luego los sentidos físicos, vista, oído, olfato, tacto y gusto, han de quedar perfectamente inertes, y, el inconsciente afectado únicamente por la atención de llegar a la clarividencia; el pensamiento poco a poco relajado, suprime por completo su actividad. Un cierto número de sesiones son siempre necesarias para alcanzar este estado, llamado *aislamiento*. Hay que continuarla hasta que la obtención del aislamiento sea rápida y casi instantánea. Este ejercicio es además muy beneficioso para la salud. Muy pronto será posible realizarlo no ya en el silencio y la oscuridad sino en medio del ruido y de la luz. Un relajamiento de una hora es imprescindible

después de ocho sesiones. Es muy importante, efectivamente, acabar siendo un maestro absoluto del estado receptivo: No sólo hay que esforzarse por conseguirlo tantas veces como uno quiera, conviene también saber acabar en pocos segundos. Por olvidar esta regla, más de un precursor de lo invisible ha conocido la obsesión, la angustia o la locura.

La finalidad de la gimnasia que precede es preparar el despertar de los sentidos, el mediador plástico. Este último recibe constantemente del exterior, a través del medio astral colectivo en el que se halla inmerso, innumerables vibraciones que emanan de los seres y de las cosas. Puede captarlas. Normalmente estas vibraciones sólo le originan una imprecisa reacción. Agitado por las preocupaciones, las emociones, la gestión de la vida vegetativa (ver pág. 17) el doble sideral se cierra a los movimientos ondulatorios que le rodean. Es necesaria una circunstancia excepcional para sacarle de su torpor; por ejemplo, una intensa propulsión telepsíquica irradiada hacia él por algunos de sus parientes más cercanos, violentamente impresionado como ocurre en el caso de un peligro grave o en el paroxismo de cualquier pasión.

El desdoblamiento, inseparable del sueño natural, puede también abrir momentáneamente los sentidos astrales como se observa en los sueños telestésicos o premonitorios a los que Camile Flammarión ha dedicado varios libros.

Pero en estos casos se trata de fenómenos independientes de la voluntad del preceptor. El entrenamiento metódico desarrolla y hace constante la especial capacidad de ser impresionado que permite hacerse permeable a voluntad o las vibraciones astrales y distinguir las imágenes que transmiten.

Una vez familiarizado con la técnica del aislamiento, el experimentador predispuesto ya a la clarividencia, dispondrá la bola de cristal sobre un pequeño velador de aproximadamente un metro de altura y con el dispositivo ante él, se colocará cara a la luz. Su asiento, alto y confortable, deberá permitirle ver la bola de arriba abajo y situarse en estado receptivo. La luz debe pasar a través de un difusor que la distribuya moderada y homogeneamente por la habitación.

Al principio, es mejor apartar de sí todo deseo por un género determinado de visión y esperar, pasivamente, la realización del fenómeno. Basta para ello dirigir suavemente,

sin la más leve tensión, la mirada al interior de la esfera. Pronto las imágenes, primero vagas e imprecisas, se irán concretando completamente. Cuanto mejor haya dominado el experimentador las caprichosas combinaciones de la imaginación, durante las prácticas previas, tanto menos le molestará ésta con ilusorias alucinaciones hipnagógicas.

Cuando las imágenes astrales se reflejan con facilidad en el cristal, la intención, la sola voluntad bastan para evocar lo que se desea. Si se trata de hechos relativos a una persona de la que se posee un objeto (3) impregnado de sus radiaciones etéricas, se le puede tener aplicado a la frente o bien sostenerlo en la mano. Así lo hacen los psicómetras, pero operan sin cristal, con los ojos vendados y una oscuridad absoluta (4).

Todos los clarividentes acaban siendo psicómetras y uno de los resultados más comunes que se derivan de estas prácticas es la percepción del estado del doble etéreo humano. Ya se sabe (ver cap. I, pág. 7) que este doble constituye en definitiva la fuerza vital individualizada de cada uno. En el estado perfecto, emite una radiación muy viva, azulada a la derecha y amarillo-anaranjada a la izquierda. Unas líneas perpendiculares a la periferia del cuerpo emanan del doble etéreo y componen una especie de *aura*. Cuando un órgano se debilita o está funcionalmente enfermo o lesionado, los rayos etéreos, ensombrecidos y torcidos huyen de su lado. La debilidad general se manifiesta por un encorvamiento completo de estas radiaciones y por su falta de colorido, de luminosidad. De esta suerte hemos podido comprobar sorprendentes diagnósticos: hemos visto indicar sobre todo enfermedades que se remontaban a varios lustros y cuya causa no había sido eliminada por completo. Es más, un clarividente realmente dotado puede penetrar por la vía astral en la profundidad de los tejidos y reconstruir el funcionamiento fisiológico.

Hay que destacar que ciertas personas, especialmente constituidas alcanzan, sin el menor entrenamiento, la más precisa clarividencia. Pueden leerse a este respecto los testimonios del doctor Maxwell, doctor en medicina y abogado cuyas investigaciones experimentales constituyen los más grandiosos documentos actuales sobre la cuestión. Más adelante hablaremos del uso de espejos mágicos, evocadores de

la diversa categoría de entidades de lo invisible. Por ahora sólo destacaremos que estos espejos, traslúcidos o metálicos, se caracterizan todos por tener una superficie plana, suavemente lustrada, e iluminada débilmente y con la igual interidad. De hecho cualquier superficie de este género basta para reflejar el astral. El doctor Maxwell antes citado, cuenta precisamente visiones de escenas, presentes y futuras, confirmadas exactamente por acontecimientos posteriores, que aparecieron espontáneamente ante una receptora sobre el vidrio de un vulgar armario ropero.

Una vez que ha aprendido el principio de la diversa receptividad, el adepto puede ya disponer de él, aunque no disponga de tiempo para hacerlo con la preparación que hemos descrito. Las luces le vendrán al principio inciertas, pero siempre suficientes para guiarle, tanto si se entrega a la meditación pasiva, interrogativa o conjurativa.

Ordinariamente, cuando se medita, se centra la atención sobre un aspecto concreto para precisar el conocimiento que se tiene de ese respecto y gracias a las asociaciones de ideas que así se acumulan. Pero hablando en términos de ciencia oculta, todo estado psíquico lleva consigo un complementario exterior y allegar al inconsciente del que medita nociones que antes no estaban allí. Poco a poco, se abren paso hasta la consciencia. El pensamiento nos pone en relación con todo lo que puede ayudar a nuestra evolución: personas conocidas o ignoradas, próximas o lejanas; incluso con objetos que tienen para nosotros un interés cualquiera.

Engendra igualmente una abducción intelectual: ideas nuevas, inspiraciones, soluciones relacionadas con su orientación. Cualitativamente elevada, o sea orientada por la veneración a la Rectitud, armoniza al hombre con el plano espiritual y postula la intervención de la providencia.

Recíprocamente, también excluye a sus antagonistas.

Se medita pasivamente cuando, situado el adepto en estado de aislamiento, ya descrito, se permanece a la espectativa de las nociones que puedan presentarse. Así las intenciones o disposiciones de los demás con respecto a nosotros suscitan un discernimiento proporcional en nuestra receptividad; las inminentes casualidades, afectan a la intuición; se esbozan incitaciones relacionadas con nuestras preocupaciones habituales; aparece la secuencia causal de nuestras

decisiones pasadas o futuras y según nuestro afán de Equidad la justicia o arbitrariedad de nuestros actos o pensamientos despierta en la conciencia moral las oportunas nociones...

Se medita interrogativamente cuando su atención se halla centrada largamente en los datos de un problema ideológico o práctico aún sin solucionar por nuestros propios medios inmediatos. La respuesta no llega nunca en seguida o raramente; es necesario reiterar el procedimiento, pero es una cuestión de horas o de días.

Hay meditación conjurativa cuando, trayendo a la memoria diversos elementos de una situación dolorosa o entorpecedora e insistiendo sobre la objetivación de las dificultades en apariencia insolubles, se acude a la providencia, a un invisible al cual se profesa una veneración particular, dirigiéndole una invocación, una llamada, una plegaria. No se podría exigir aquí la fe, como se exige, con obligatoriedad, al predicarla exotéricamente a los fieles de los diferentes cultos, pero sí es necesario el sentimiento profundo de la armonía cósmica y un acatamiento de su ley: Esta sola idea basta para hacernos merecedores de la asistencia del Altísimo durante nuestro peregrinaje por la tierra y en el fin último.

NOTAS AL CAPITULO V

(1) La pura y primitiva gnosis, fuente original de cultos exotéricos, se halla en ellos alterada por un dogmatismo arbitrario, por el fanatismo y por el oportunismo político. Quizá los sacerdocios, tras el famoso *credo quia absurdum*, se creyeron en el deber de convertir a la religión en pura sin razón y acaso sean ellos, que fomentaron así el agnosticismo de las élites, los responsables también del de las masas. Porque el anticlericalismo de hoy no parece sino una reacción contra el tiránico despotismo del clérigo de otro tiempo, instrumento de consignas de represión. Pero bien está reprimir, pero no suprimir, porque de lo contrario sería peor el remedio que la enfermedad.

(2) No hay que confundirla con las ciencias de observación: astrología fisiognomía, quirología y grafología. Estas dependen más de la deducción que de la intuición.

(3) Todos los objetos están impregnados de las radiaciones de aquellos que los han usado. De ahí la utilización que de ellos hacen los sonámbulos lúcidos y, para otros fines, los brujos de aldea que ponen en una muñeca de cera «cualquier cosa que haya tocado la persona» que tratan de dominar.

(4) Véase a título de ejemplo, el relato de una experiencia de psicometría: «Un día, dice Papus, en una reunión a la que asistían varios científicos y es-

critores, presenté a un amigo que había desarrollado en él esta facultad. Uno de los asistentes le dio a estudiar un viejo reloj de bolsillo que llevaba. Mi amigo vio: 1.º una corte (del género de la de Luis XIV), nobles y duelos; 2.º una escena de la Revolución francesa en la que una vieja dama era guillotinada; 3.º una escena de operación quirúrgica en un hospital moderno.

«La persona que había facilitado el reloj quedó estupefacta. Este reloj perteneció a uno de sus antepasados, muerto en un duelo en el reinado de Luis XV; a una abuela guillotinada bajo la revolución; luego había sido guardado y no se volvió a sacar más que en una ocasión en que fue operada la esposa del allí presente.

He citado un caso personal, pero se pueden contar por cientos en los libros especializados.

Lo que se deduce de estos fenómenos es que cada objeto puede llevar su historia *invisiblemente* escrita a su alrededor.

Lo mismo ocurre en el ser humano. Cada uno de nosotros estamos rodeados de una *radiación invisible* al ojo de carne pero perceptible para el espíritu entrenado.

En esta radiación están inscritas en forma de imágenes las resultantes más importantes de nuestros actos y pensamientos. Según la tradición, esta radiación se llama *aura* y hay un *aura* para cada principio: Para el cuerpo físico, para el cuerpo astral y para el espíritu.

Este último es el que en las tradiciones religiosas han identificado siempre sobre las cabezas de los santos y las divinidades.

Gracias a esta radiación se explican muchos fenómenos en apariencia extraños, como las súbitas simpatías o antipatías en el primer encentro con otra persona, las intuiciones y previsiones llamadas inconscientes, etc.

El ocultista entrenado, o sea el que ha desarrollado sus facultades de percepción de lo invisible, se da cuenta a primera vista del valor real de un ser humano, no según sus hábitos ni su aspecto exterior, sino según su radiación invisible».

Capítulo VI

MAGNETIZACIONES, REACCIONES Y ATRACCIONES

La sexta carta del Tarot evoca la alternativa que la misma existencia brinda al hombre: la iniciativa voluntariosa y la indolencia pasiva del espíritu, y por tanto, abandonada a los instintos. Sea cual fuere, la opción pone en marcha la rueda desencadenante de las casualidades que determinan el futuro.

Si se ha elegido la lucha, este acto deliberado arrastra tras sí las pruebas necesarias, agrupadas y seleccionadas de manera que el individuo y su destino se realicen según sus aspiraciones.

Si la opción se inclina por la ley del menor esfuerzo moral, si se ha rechazado el cetro de la anarquía volitiva, si se ha repudiado el ideal espiritual, si se ha asentido al pacto tácitamente propuesto por el inconsciente inferior, si se ha preferido, en una palabra, el sonambulismo arrullador de una vida únicamente preocupada de las apetencias psico-astrales, entonces ni la intensidad ni la moralidad de las pruebas dependerán del libre arbitrio: el determinismo exterior se empleará desenfrenadamente.

Porque, de grado o por fuerza, aquí abajo hay que experimentar las realidades necesarias para alcanzar el despertar gradual del Conocimiento. La Psique humana, evolucionando desde el estado primitivo de mónada hasta la íntegra y definitiva entidad, a través de todas las fases necesarias para su perfecto desarrollo, recorre una serie de ciclos, cada uno de ellos compuesto por un período de acción y por otro de asimilación. Durante cada uno de estos períodos el alma,

unida a los vehículos oportunos, debe adaptarse a las condiciones de existencia determinadas — la vida humana por ejemplo — que irán afirmando su conciencia de ser. Luego una vez realizado todo el progreso que sus condiciones hacían posible, se separa de sus vehículos materiales — la muerte, tal como la entendemos — y se asimila, en el seno de lo invisible, la experiencia nueva que aporta, armonizándola con la totalidad de sus adquisiciones anteriores. Inmediatamente se lleva a cabo una nueva encarnación, que depende muy directamente, en sus eventualidades y características, del estado resultante de las circunstancias precedentes.

Al encarnarse de nuevo, el ser se halla situado de tal manera entre el yo y el no-yo que necesariamente pasará por los sufrimientos y alegrías indispensables para la realización de los nuevos progresos para los cuales fue dispuesto. Y aquí interviene la alternativa en cuestión: esforzarse voluntariamente, marchar deliberadamente hacia adelante o dejarse llevar y sufrir a pesar de sí mismo. En ambos casos la ley Suprema de Evolución permanece ineluctable; pero si, en lugar de abandonarse pasivamente a sus espontaneidades, el sujeto asiente conscientemente a la necesidad de esforzarse en la búsqueda del Conocimiento o de la Rectitud, sustituye por una ruta mejor, la primitiva línea prevista para el encadenamiento lógico de las predisposiciones y predestinaciones primarias. La importancia relativa de la opción, se hace absoluta desde el momento en que el hombre consciente, obstinada y formalmente renuncia a su futuro espiritual y se entrega a la anarquía, a la destrucción de la consciencia moral en la oscuridad de sus instintos, formando así la espantosa palabra que le retrae irremisiblemente hacia el no-ser. En la medida en que se le puede imaginar, hay que considerar esta posibilidad como una excepción monstruosa. Sería temerario señalar como una entre las más atroces, cualquiera de las varias individualidades cuya abnegación se haya, evidentemente, hecho acreedora a la execración de la Historia.

La mayor parte de los hombres viven y mueren más o menos sin noción profunda de las realidades superiores; les parecen ilusorias o míticas. Sólo atentos a sus sueños de sonámbulos, no se preocupan más que de continuarlos sin obs-

FIGURA 12

El Enamorado

Sexta clave del Tarot

táculos y rehúyen el encuentro y la luz que podrían despertarlos. Ante cada impacto que bajo la forma de dificultad, sufrimiento y desgracia trata de romper su tranquilo letargo, se lamentan de su efecto desagradable sin descuidar en él su sentido oculto, es decir la manifestación en ocasiones providencial de la Ley de evolución, una llamada a la percepción del mundo moral.

El enamorado del sexto arcano y las dos damas cuya atracción siente simultáneamente simboliza el alma humana que duda cuál de las dos inspiraciones debe elegir. Una es *Neschamah*, Espíritu puro; que encarna el afán de Ideal y de Rectitud; la otra personifica al astral inferior, la llamada a la euforia animada y a las ilusiones pasionales; tiende a encadenar el psiquismo individual para utilizarlo como abastecedor de sus apetencias y absorberlo en esta única ocupación.

La indecisión del personaje tarótico expresa magistralmente el estado más comúnmente observable en las almas terrestres: no se deciden formalmente sino que permanecen sometidas al ritmo que las lleva alternativamente del espíritu a la materia. La oscilación se hace poco a poco más persistente hacia la derecha o hacia la izquierda y la flecha del definitivo devenir queda en suspenso en el arco del justiciero inmanente.

Al margen del sentido ético del arcano, aparece aquí la ley de los ritmos y reacciones proporcionales. Acabamos de plantear, explicándolo brevemente, el problema de la terna e ineluctable competencia entre los dos principios adversos por la absorción de la individualidad psíquica. Puede observarse que desde que en el alma se inicia un predominio, el antagonista rivaliza con él en seducciones adversas.

Si el alma se inclina hacia el Espíritu, pronto la hallamos de vuelta hacia el campo de las ilusiones tangibles y contemporizando con el olvido de perspectivas luminosas: es la segunda oscilación. Pero el ritmo continúa y a la victoria de las solicitaciones inferiores sucederá la inclinación contraria.

«De la bestia adormecida se despierta un Angel.»

* * *

Desde luego, la duración y la intensidad varían para cada uno. Pero el piadoso asceta, momentáneamente distraído de su abstracción por cualquier idea frívola, confirma la Ley lo mismo que el criminal endurecido que en un determinado momento se siente sobrecogido por un remordimiento vago. Uno y otro están subordinados al esfuerzo alternante de los dos principios que se disputan la entidad humana: el del Ser y el de la Nada.

El conocimiento de esta ley de las reacciones inversas y proporcionales constituye en ascesis la más indispensable luz y el apoyo más necesario para la salvación. En el dominio de lo psico-hiperfísico — el de las realidades mágicas — este conocimiento llega a ser la directriz esencial. En todo lo que sigue, suponemos preformada en el espíritu del lector la equivalencia entre la expresión *magia* y la de *manifestación consciente del verbo individual.* Los que se interesan por los ritos, los que buscan fórmulas por las cuales, con un gesto se produzcan prodigios, esperan vanamente saber algo más que no sea que, las prácticas tradicionales, expresivas de la inteligencia íntegra del dogma oculto, constituyen un ejercicio especial del poder mágico inseparable del animismo humano, y que los procedimientos antiguos han de ser sustituidos por aquellos que tiempos distintos imponen como más adecuados. En otras palabras, un poder mágico no se podría extraer de un ritual, sino de la comprensión y de la adaptación personal de los arcanos rituales, concebidos a la vez conforme al dogma y a las contingencias. Aclarado esto, volvamos a nuestra Ley de las reacciones.

¿Quién no ha leído o escuchado la expresión «fuerza de retroceso»? Por ejemplo, a propósito de un maleficio para provocar la muerte de alguien. El operador, después de intentar en vano provocar con su habilidad la muerte de un enemigo, se siente invisiblemente herido y tal vez llega a morir. El agente propulsado ha encontrado una resistencia victoriosa en el adversario y con toda la apariencia de un rebote vuelve al que lo ha emitido, que lo sufre.

Volveremos a insistir más adelante en esta clase de fe-

nómenos. La fuerza de retroceso — su fase final — que aquí nos ocupa, constituye una de las más claras manifestaciones de nuestra ley, aunque no la principal. Efectivamente, una vez comprendidos los capítulos III y IV, proponemos accionar el agente hiperfísico y avivar en él vuestro verbo volitivo. Por sencillo que parezca — ya hemos dicho que es posible sin varita mágica ni espada estrellada — será necesario que antes venzáis por una serie de esfuerzos previos, al adversario; sobre todo, la *inercia.* Parece que un solo intento será suficiente. Bueno... probadlo: Apreciaréis la dificultad por vosotros mismos. Son innumerables las formas insidiosas por las cuales la inercia tratará de disuadiros de vuestro intento, de alejaros de él, de manteneros fuera de su centro. E inimaginables así mismo los tropiezos masivos ante los cuales vuestra intención se hallará varada *hasta tanto no se convierta en resolución.* No tenemos intención de describrir ninguno de ellos: varían hasta el infinito y según las disposiciones personales. Pero, para ser breves, habéis vencido a la inercia y ya estáis en pleno trabajo; suponemos también que aquélla no podrá arrancaros de él...

Bien, habéis creado entonces un movimiento, desencadenado una actividad hiperfísica. Permaneced atentos porque la reacción se producirá inversa y proporcional a vuestro esfuerzo inicial. Cuando decidáis suspender vuestro ejercicio y volver al estado de reposo, os encontraréis en lucha con algo que no se podría llamar fuerza adquirida, aunque esta expresión sirve para hacernos entrever de qué se trata, pero que, al igual que esta última, hará que *seáis agitados a pesar vuestro por la misma impulsión que tanto trabajo os costó adquirir.* Efectivamente, la condición psíquica especial en que os habéis tenido que situar persistirá sin vuestro consentimiento y, reos del error de haber buscado, previamente a cualquier ensayo de influencia mágica exterior, convertiros en dueños constantes de vuestro pensamiento, os veréis amenazados de una insufrible obsesión.

Tened en cuenta que después de una sesión de activación, prevista y ejecutada, el practicante, sea debutante o ya ejercitado, debe inmediatamente llevar y mantener su atención sobre un objeto absolutamente extraño a sus tentativas mágicas. Lo mejor es relajarse hasta conseguir que sólo el automatismo fisiológico quede en movimiento: un adormecimien-

to accesorio, un juego, un espectáculo atrayente o algo parecido.

Para la concentración pura y simple del pensamiento — la concentración de toda la antención de una idea elegida — se impone el mismo principio. Después de concentrarse es conveniente aislarse o sea, interrumpir el acceso al campo de la conciencia a las consideraciones que traten de invadirlo.

Esta regla es importante no sólo para el equilibrio mental del operador sino para la eficacia de su intencionalidad. Si se quiere magnetizar un resultado, es preciso crear en el astral un dinamismo centrípeto en dos tiempos: objetivación del fenómeno deseado, para situar al doble sideral en las condiciones de atracción necesarias; y abandono de las iniciativas de este doble sideral para establecer la abducción magnetizadora. Si lo que se desea por el contrario es alejar, rechazar o dispensar la influencia de una eventualidad indeseable, es preciso entonces crear un dinamismo centrífugo, también en dos tiempos: objetivación inhibidora y luego proyección enérgica de una onda que transmita la intención formulada al elemento hiperfísico.

Un ejemplo que viene a facilitar la comprensión de cuanto llevamos dicho lo constituyen casi diariamente el número de personas que llegan al ocultismo porque, contrariadas en sus afecciones, quisieran establecer o renovar sus influencias. Con demasiada frecuencia lo único que consiguen es obsesionarse. Olvidan que *radiación* necesita *condensación* previa, o bien, al no tener dominio sobre sí mismos, no observan la condición esencial para que se cumpla la condensación: economizar sus energías psíquicas, es decir, contener el flujo de los pensamientos relativos al objeto de la volición, y acumular así su dinamismo psíquico durante todo el tiempo que separa dos períodos de irradiación. Por ejemplo, veintitrés horas de condensación y una de irradiación.

Un adepto se extrañaba un día ante mí por sus fracasos en un ensayo experimental que le tocaba muy directamente. Se trataba de amor: «Mi acción debería no obstante establecerse; pienso en ello todo el día e incluso soñando». «Esa es precisamente la razón de que su influencia sea débil», le contesté, «dese cuenta de que está usted derrochando minuto a minuto un dinamismo que debería *acumular* alterna-

tivamente, sin dejarlo salir, para luego *permitir la emisión en alta tensión.*»

Quienes recurren al hechizo amoroso tradicional, que veremos más adelante, son generalmente por su condición de apasionados, incapaces de dominar su impulsividad psíquica. Consiguen perfectamente la exaltación necesaria para la observancia del rito, pero no saben volver al punto de partida. El torbellino astral creado por su acción anula sus tentativas de inhibición, precipita su agitación y exacerba su estado y se apoya en él para intensificarlo más. Es un círculo vicioso, un círculo difícilmente franqueable, en cuyo interior suele hallarse la ansiedad más persistente.

Imaginemos, ahora, un experimentador con mayor capacidad de autodominio. ¿Qué ocurre? Poco a poco ha condensado y proyectado la influencia. El suceso se prepara: Se realiza. El amor evocado, se encarna... La ley de reacción dejará de actuar, pero lo hará de otra forma. El ser amado, impregnado de irradiaciones polarizantes que condicionan la atracción a la que obedece, los multiplica necesariamente desde el momento en que comenzaron a alimentar su pensamiento. Crece en pasión, pues, progresivamente hasta más allá del exceso, incoerciblemente. El responsable inicial de este estado pierde así a la vez su influencia — la cual ha sido superada en intensidad por la condición física del sujeto — y, por la misma razón, la euritmia con este último. Deja de amar y sólo sueña con liberarse, pero demasiado tarde: el hechizo se ha hecho imperiosamente apetente y le retiene imperiosamente: *los papeles se han cambiado.*

No es necesario decir que el hechizo de odio comporta reacciones análogas. Hemos hablado más arriba de la fuerza de retroceso clásica, la modalidad especial en el caso de fracaso. Si el hechizo tiene éxito, el astral del experimentador queda igualmente sintonizado con el plano de la energía y entidades que él ha tenido que energizar para alcanzar a su víctima. Automáticamente cualquier error lleva tras sí, de esta manera, su castigo.

El más elemental grimorio contiene, tras la fórmula de evocación, la que nos permitirá el reenvío del espíritu evocado. Esto es muy conveniente ya que se suelen evocar intenciones e incluso uno se suele dejar llevar de ciertos pensamientos, que son agentes que conviene saber y poder dis-

persar. Muchas perturbaciones alucinatorias, rebeldes a toda mediación, tuvieron como causa una imprudente evocación seguida de la ocupación del doble sideral por cualquier energía originaria del plano astral. Las posesiones se explican de este modo. En la Edad Media hubo muchos más posesos por debilidad o sorpresa que por obra de evocación formal. Quienes se ensañan tan cruelmente con los demonópatas manifiestan así muy escasas luces espirituales por no hablar de caridad.

Las leyes estudiadas en ocultismo, lejos de regir una especial categoría de fenómenos más o menos extraños calificados erróneamente como sobrenaturales (1) deben ser entendidos en su sentido de universalidad. Estas leyes no pueden contradecir las que se derivan de la experiencia primitiva, sino que permiten la observación de diferentes órdenes de manifestaciones muy distintas de las inmediatas y tangibles que constituyen el objeto de las ciencias modernas.

Así el mecanismo del ritmo de la acción y de la reacción proporcional, cuyos aspectos hemos demostrado más arriba al hablar del hechizo amoroso, se observa también durante la generación y la evolución espontáneas de las pasiones.

Toda apetencia, toda tendencia o afecto, tiende a engendrar de sí misma una atracción que magnetiza a su objetivo. Conocer la ley de las atracciones permite, no su provocación contraria a la ley, sino más bien tenerla en cuenta, como norma para ello.

Afecto, apetencia o tendencia, decimos, engendran espontáneamente atracción, por intermedio inmediato de los tres elementos psíquicos que animan la imaginación, la emotividad y la voluntad.

Del ardor afectivo se deriva la fuerza potencial de magnetización, tanto más útil cuanto menos dispersa. La pantalla imaginativa es un verdadero generador de realizaciones, pero cuando se suceden en ella mil fantasmagorías en un día, más de una imagen no tiene tiempo de tomar cuerpo.

Podríamos esquematizar los respectivos papeles de la afectividad y de la imaginación representándolos a uno como agente productor de energía creadora y al otro como un modulador, a través del cual pasa la energía, que él proyecta según el plan concebido. Supongamos constante el suminis-

tro de energía y perfectamente estable el reglaje del modulador, y su juego, así conjugado, será eficiente.

El papel de la voluntad consiste precisamente en establecer y mantener esta puesta a punto, interrumpiendo periódicamente la actividad del dispositivo psíquico, como exige la ley de las reacciones. Ya se sabe que una carrera desenfrenada es imposible de mantener por largo tiempo, y que, en cambio, el descanso renueva el vigor.

En el capítulo III, hablamos del determinismo de las fatalidades. Añadiremos ahora que las casualidades y eventualidades nacen de atracciones espontáneamente formadas por cada uno. Aquella persona con la que se ha entrado en relación tan extraña como imprevisible, es una prueba de la existencia de una atracción nacida de las tendencias de uno de los dos, que tiene algo en común con determinadas características del otro. Así se explica el parecido más o menos amplio de los que, ignorándose en principio, acaban por unirse a través del tiempo y el espacio.

El amor no se somete a leyes, precisamente porque germina, evoluciona y perece conforme a la Ley oculta de las atracciones que está sobre todas las demás en materia sentimental. Los tres elementos ya enumerados, apetencia, afecto e imaginación, bastan para componer por medio de sus múltiples combinaciones y conjuciones, todas las formas de amor.

Proyectando a través de una imagen ideal la irradiación emitida por el afecto o el deseo, o simplemente por este último, el ser dispuesto a enamorarse crea así una imagen astral cargada de fuerza actractiva.

Esta imagen adquiere poco a poco (a veces en algunos días) un poder considerable de magnetización y contribuye a actuar sobre su creador, a mantener tal estado psíquico excitando sus elementos, sobre todo el deseo.

Esta fase del fenómeno es independiente de la posible influencia del amor sobre el objeto humano, pero absorbe a veces las fuentes emisoras del enamorado, hasta el punto de disminuir e incluso de anular su atractivo propio: de ahí la indiferencia del ser amado.

Todo deseo, al menos en el orden temporal, origina, entre el elemento hiperfísico y el sujeto, un proceso análogo.

NOTAS AL CAPITULO VI

(1) Sólo Dios es sobrenatural. El mundo invisible pertenece, como el universo visible, a la naturaleza creada. Todo fenómeno, cualquiera que sea el orden a que pertenezca en la jerarquía que va de lo material a lo espiritual, es necesariamente cósmico y por tanto natural.

Capítulo VII

LAS INFLUENCIAS PROVIDENCIALES

El adepto iniciado en las realidades invisibles que le relacionan y solidarizan con el universo, instruido del poder consustancial al verbo de su imperecedera entidad psíquica, consciente de su triple receptividad, se siente necesariamente invadido del deseo de obtener la inspiración, la impulsión, el apoyo de la esfera espiritual. Sus pensamientos de profunda veneración le orientan hacia tal esfera y, sin saber cómo, le integran en ella, durante sus acostumbradas meditaciones. Y expresa su deseo de ayuda: reza.

En su oración solicita que la insuficiencia de sus luces sea compensada por la luz del Altísimo; ruega que se le ilumine sobre la conveniencia de sus intenciones, y para que se vivifiquen en sí mismo las potencialidades que sustentan su esfuerzo hacia la rectitud que le hará merecedor de la ayuda providente.

El día en que la necesidad de la plegaria se haga evidente para su espíritu, habrá dado un gran paso en el camino de la magia. Por supuesto, la eficacia de la oración, la instantaneidad de esta eficiencia y su conformidad con las intenciones de cada uno, son proporcionales a su propio grado de evolución individual. El cielo responde más frecuentemente a los Santos y a los Teurgos con el cumplimiento inmediato de sus intenciones porque los supuestos éticos en los que se apoyan están íntimamente unidos al plano de lo divino.

La mayor parte de nosotros, mucho más alejados de semejante altura, no podríamos esperar del Altísimo ninguna respuesta providencial ya que no poseemos el menor grado

de categoría espiritual. De aquí que la mayoría de las plegarias ardientes y legítimas, no se realicen, aunque su utilidad, si bien desviadas en un sentido casi siempre oscuro, sea absolutamente segura. Si todos pudiésemos conocer el número y la gravedad de los peligros a que hemos estado expuestos por aquellas de nuestras plegarias cuyo objeto no era nada satisfactorio, la más indecible confusión seguiría a la duda.

Por otra parte, solicitar tal favor de hecho es formular una voluntad que renuncia por sí misma a la protección del Todo Poder si no va acompañada de una formal subordinación a la justicia. La eficacia de este último modo de plegaria depende de su ardor y de su insistencia. Es, en una palabra, un acto de voluntad, una modalidad de reacción psicósmica que deja al hombre a merced de los recursos de su propio juicio como la conveniencia de su intención.

Cuando un positivista cuya superconsciencia dormita o incluso, sufre, por la fuerza de la educación, un sonambulismo temporal, no ruega, su castigo no va más allá de ciertos graves, sí, pero rectificables errores. Su desconocimiento de lo invisible restringe el alcance de la luz que se inflige. Pero cuando el sentido de las realidades ocultas se ha despertado y se quiere hacer uso de él ciegamente, o sea, sin subordinación al Verbo Universal, es una locura porque el más sutil debe prever la eventual desaparición de sus medios de discernimiento y solicitar la ayuda del Espíritu de sabiduría, dispensador de las inspiraciones rectificadoras. Tanto si se persigue por medio de las facultades y poderes estudiados en Ocultismo, el Conocimiento abstracto, o bien la Realización de una serie de obras, es esencial religarse, mediante el recogimiento piadoso, con la fuente de toda verdad.

En los diversos sistemas de magia comprobamos también que la invocación precede a la evocación o la conjuración, entendiendo por invocación, la hecha a Dios o, en su nombre, a las Esencias que le representan.

A la jerarquía cosmológica indicada en el Cap. II, corresponde en efecto una jerarquía de seres. Más allá de lo tangible humano, se hallan los Espíritus, la Inteligencia y la Potencia cuya ininterrumpida cadena contiene en sí todos los grados intermedios entre la hominidad y el Incognoscible

Absoluto. Rigen cada una de las múltiples esferas de Energía que mueven el cosmos o participan en esta gestión. El Teurgo las exhorta en nombre del Altísimo. El mago las evoca o las conjura. El brujo las invoca.

Así como a la Rectitud se opone la subvención y a la voluntad humana se añade la auxiliaridad animal, las regiones inferiores de lo invisible se pueblan de desorganizadores deliberados, agentes del mal que hay que combatir y espíritus secundarios siervos del que los apresa y déspotas de quien por ellos se deja encadenar. El mago o el brujo negro convierte en víctima de unos y de otros para dejarles que actúen en él como intérprete de su mediación. No sólo, con prácticas horribles, abre su aura a su invasión sino que usa de fórmulas de llamada que icluso, en cierto modo, son plegarias, oraciones al revés que le hunden más y más hacia la regresión.

Todos los ritos, desde la oración de un asceta hasta las complicadas extravagancias del grimorio propenden a facilitar la relación con los invisibles medianeros en los procesos cósmicos o a una gestión directa cerca de las energías que condicionan tales procesos. La magia no pretende pues en absoluto contrariar las leyes o el fenominismo natural, sino que trata de alcanzar el control de las primeras para gobernar al segundo.

Según estos supuestos generales, se proponen cuatro direcciones al que quiere actuar sobre las causalidades ocultas y cada una de ellas origina un sistema de magia. De hecho, si parece que a través de los pueblos y las edades se ha concebido el arte mágico de muchas maneras diferentes, ello es debido a que nuestros cuatro sistemas han dado lugar a múltiples adaptaciones, a mezclas muy variadas, pero cuyos elementos se agrupan en definitiva así:

1.º Acción directa sobre el astral terrestre y sobre todo lo que en él se mueve: elementales (espíritus de los elementos), lemures, larvas, etc., auxiliares o antagonistas eventuales de la voluntad humana. Es de cualquier manera una *magia hiperfísica* cuyos procedimientos exaltan el doble sideral individual hasta situar al experimentador en un estado de médium a la vez receptivo e irradiante. En razón de las modificaciones periódicas sufridas por el astral terrestre en el curso de las diversas fases solares o lunares, la magia hiper-

física exige para sus operaciones ciertos momentos de la rotación de los días, de la revolución anual y de la lunación. Permite afectar, por la sola mediación del plano astral y de sus habitantes, a los vegetales, a los animales y a los seres humanos, a estos últimos tanto más eficazmente cuanto más débiles sean física, psíquica y moralmente;

2.º Acción sobre los dinamismos planetarios y sus rectores los Espíritus de los siete planetas. Como ya hemos visto, a los movimientos de los siete cuerpos estelares, comprenden los siete procesos generales y siete clases de manifestaciones observables en la tierra. Del influjo saturniano, por ejemplo, proceden tales minerales, tales vegetales, tales animales, determinados tipos humanos, unas formas, propiedades, características fisiológicas, fenómenos físicos y eventualidades concretas, etc. La *Magia planetaria* establece la relación entre el operador, el dinamismo que desea utilizar y las entidades que rigen tal dinamismo. Para ello esta técnica utiliza un ritual basado en la conexidad del influjo de cada cuerpo celeste con sus correspondientes terrestres y sobre los momentos en que este influjo predomina;

3.º *Magia Angélica* accesible sólo a los grandes iniciados capaces de corresponderse conscientemente con la esfera cósmica, rectora de la precedente, o sea con las Altas Inteligencias directamente auxiliares del Ser Supremo y que según los cálculos tradicionales son 72. El Mago se convierte así en un poder que participa de la armonía universal. Este fue el tipo de Magia practicada por los Rosacruz cuyos rituales — estrictamente individuales — sólo podían ser transmitidos por un maestro y sólo a un discípulo;

4.º *Magia divina* para cuyo ejercicio basta únicamente la llamada de Dios. Es la de los Santos y Teurgos. Por su total conformidad con la Rectitud, sus palabras fortalecidas con la adhesión recíproca del Altísimo, se realizan con sólo ser pronunciadas.

Una o varias de estas cuatro concepciones se hallan una y otra vez en cualquier código de procedimientos de magia. En nuestros países y en nuestro tiempo únicamente se ejercita el modo hiperfísico. Nos referimos a las prácticas hechiceriles de nuestros pueblos limitadas a las más bajas y elementales manifestaciones. Sus seguidores ni siquiera alcanzarían las más elementales exigencias del planetarismo.

Dañan — a veces curan — únicamente actuando por la propia exaltación medianímica sobre el doble sideral de los hombres, de los animales e incluso de los vegetales cuando sus hechizos se dirigen a las cosechas. Su grimorio prescribe las prácticas necesarias para la obtención de un estado psíquico eficaz. No sólo influyen por la irradiación propia de este estado sino que mantienen en acción a las potencialidades de seres esparcidos por las bajas regiones del invisible y proyectan las larvas astrales así movilizadas donde ellos quieren actuar. Tras la lectura del capítulo siguiente, el lector tendrá de los medios del hechicero un conocimiento mucho más preciso que el propio personaje, del cual cada día quedan menos ejemplares.

La archidoxia de Paracelso no es más que una exposición de la magia planetaria. Utiliza por ejemplo los siete metales: oro, plata, hierro, mercurio, estaño, cobre y plomo que responden respectivamente a los influjos del Sol, la Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno. Fija el dinamismo en armonía con la especie planetaria de cada metal gravando en él los signos expresivos de la relación en cuestión, en el momento en que el astro que actúa ocupa, en el zodíaco, una posición influyente. Cuida siempre de señalar al lado los signos relativos a las influencias planetarias de los hierogramas expresivos y de sus intenciones especiales y las leyes cósmicas en virtud de las cuales el verbo humano realiza lo que afirma.

La Clavícula de Salomón se presenta como una importante síntesis de la magia hiperfísica, planetaria, angélica y divina. Enrique Cornelio Agripa, y más tarde, Papus han descrito excelentemente sus ritos esenciales. Según la expresión tradicional, la magia salomónica pretende «hacerse asistir por todo el cielo y servir por todo el infierno». Inmutable en sus principios, aunque formulada de distinto modo, la volvemos a encontrar una y otra vez entre los hierofantes egipcios, en las manos de su discípulo, Moisés, y luego entre los Rosa-Cruz.

Este íntegro ejercicio del poder oculto se deduce simbólicamente del séptimo arcano de Hermes. El iniciado, con un cetro en la mano, posa de pie en el carro de los vencedores. Este vehículo, símbolo de los de su voluntad, está tirado por dos esfinges configuradas ya en el segundo jerolífico. El

FIGURA 13

El Carro

Séptima clave del Tarot

carro está cubierto por una especie de dosel estrellado análogo a la bóveda celeste y a los cuerpos estelares que en él se mueven. Tres pentagramas, con la punta hacia arriba, adornan la corona del iniciado y hay que ver en ello la afirmación de su relación íntima con la Fuente Absoluta de todo poder. Las cuatro columnas que sustentan el dosel, en fin, así como la forma cúbica del carro, significan el número de los métodos perfectos.

Semejantes horizontes pueden parecer poco accesibles para el hombre de hoy. Además de un largo aprendizaje, la magia tradicional exige un conocimiento profundo de la Kábala y de la astrología sobre todo. ¿Quiere esto decir que los poderes ocultos nos están vedados? Ni mucho menos. Los tres primeros capítulos de este volumen demuestran suficientemente que conscientemente o no, todos actuamos en mayor o menor grado sobre las causas segundas desde el momento en que nuestra volición alcanza cierta intensidad. La intención formal, sostenida enérgicamente, opera, no acabaremos de repetirlo, sin varita mágica, una reacción psicósmica, cuyo ejercicio, conforme a los principios enunciados asegura todos los resultados, deseables para la vida individual.

El dominio de sí mismo, indispensable para la condensación y el gobierno de los elementos constitutivos bajo cuyas propiedades reposa la posibilidad de accionar los agentes ocultos de la naturaleza, es la primera y fundamental de las condiciones requeridas. Hemos intentado expresar en este capítulo la segunda, o sea la subordinación de la actividad mágica a la impregnación de *Neschamah*. No es necesario repetir que sería una lastimosa necedad pensar que podría sustituirse tal esfuerzo volitivo con los ritos utilizados en otro tiempo. Aunque no será totalmente inútil la anterior afirmación si pensamos en la gran cantidad de personas que se acercan al estudio de estas cuestiones, con la esperanza de aprender a hacer surgir por medio de fórmulas, gestos, poses o prácticas extrañas — pero cuya razón profunda les importa muy poco — lo que según su condición humana se les antoja.

Quien vuelva pronto de este error estará muy cerca de alcanzar las condiciones reales de las potencias. Quien se esfuerce en comprender esta página, so pena de leerlas una

y otra vez, verá los frutos de este esfuerzo y sentirá poco a poco la luz penetrar en su espíritu. La consolidación consecutiva de sus energías psíquicas le sustentará gradualmente. La meditación le hará receptivo a la inteligencia del saber oculto, e invocaciones insistentes le abrirán a la omnilatencia providente que, a veces en el espacio de un relámpago, transmuta a las almas capaces de sincera veneración.

Capítulo VIII

EL MEDIADOR DE LAS POTENCIAS

En el capítulo II estudiamos la constitución oculta del Universo y sus tres elementos: la esfera espiritual o del Absoluto, mundo de los Principios; la esencia psíquica, dominio del alma humana y de la potencia rectora del cosmos, mundo de las leyes y la sustancia astral, en fin, mundo de las virtualidades intermediarias entre la esencia psíquica y la materia, de la misma manera que el doble sideral individual ensambla la psique al cuerpo de carne, vestimenta terrestre.

El plano astral, ese invisible océano a la vez plástico y dinámico que interpreta el conjunto del dominio físico humano, animal, vegetal o mineral, constituye el instrumento común de todas las magias. Es un *gente* cuyas propiedades hacen posible la reacción microcósmica cuyas directrices se señalaban en un capítulo precedente y un *medio* poblado de múltiples categorías de seres que desempeñan en relación con el hombre un definitivo papel.

Metafísicamente, el astral simboliza el universal mediador por la función virtualizadora de la que cada una de las leyes cósmicas engendra su cadena de causas y efectos. Receptáculo del principio de vida, tiende a repartirlo en existencias individuales y luego, como por una respuesta rítmica, a disolver gradualmente toda vida diferenciada hasta la reintegración al colectivo del potencial que la condicionaba.

Así juegan en nosotros mismos estas dos impulsiones sucesivas, una de las cuales nos lleva de la fecundación a la madurez y la otra de la madurez a la muerte. La naturaleza es un testimonio espléndido de este antagonismo dinámico: germinación y desagregación, expansión y constricción, dila-

tación y condensación, se manifiestan bajo otras tantas modalidades. Las nociones del espacio y tiempo se iluminan a poco que se las compare con el concepto de las dos propiedades fundamentales del agente hiperfísico. Una y otra coinciden en el movimiento, en la mutabilidad, tienen su principio abstracto en la causa segunda — astral —, y se fundamentan sobre el determinismo astral de la forma y de la duración.

Inmersos en el seno de este inmenso mar hiperfísico, nos encontramos en contacto directo con él por medio de nuestro doble sideral, constituido de su propia sustancia. El astral juega pues para todos los organismos terrestres, el papel de un común médium. De la misma forma que el éter transmite la onda concéntrica de un emisor de ondas hertzianas, el astral registra y propaga a través del espacio las engendradas en la vida psíquica y permite por ello esa teleinfluencia, esas comunicaciones de pensamientos, esas sugestiones mentales, que preocuparon ya a Camille Flammarion.

Desde otro punto de vista, podemos considerar al astral como una amplia matriz que toda emisión volitiva tiende a fecundar y que tras una fase más o menos larga de gestación determinará con objetividad el contenido de la volición inicial. con reserva, naturalmente, de las dificultades posibles en esta gestación, sobre todo las derivadas de agentes o voluntades adversas. Una manifestación tangible significa siempre el cumplimiento de un proceso astral, la resultante de las tres principales fuerzas que participan en una proporción variable en la preformación de toda eventualidad:

El fátum resultante del encadenamiento necesario de causas y efectos;

La Esencia psíquica, de la que participa el alma humana; y por tanto la iniciativa deliberada, el Verbo;

Las influencias propias de la esfera espiritual, designada con el nombre genérico de *providencia.*

De donde se deduce que la voluntad humana, incluso aisladamente, actúa sobre el devenir de su fase virtual, que es la que perciben y pueden por tanto predecir los videntes. Así la sucesión de los eventos preformados en el astral por el fátum individual pueden ser deliberadamente modificados.

Conviene precisar, a este respecto, que el fátum eficiente

de cada destino individual influye sobre el elemento circunstancial por el canal del doble sideral individual al cual inclina —por las tendencias que le imprime — a colaborar por su propio esfuerzo en el determinismo de su devenir. De los estados psíquicos anteriores y de las actividades subsiguientes, resulta el llamado fátum. Mientras el hombre recibe pasivamente la inspiración del inconsciente inferior, del automatismo instintivo y pasional, su destino permanece ineluctable ya que nada se opone a su cumplimiento. Pero cuando se esfuerza en deliberar conscientemente sus pensamientos y gobernar sus apetencias y sentimientos, en controlar los impulsos que nacen de él y las influencias que vienen del exterior, opera una desviación y un cambio de todo lo que se deriva de sus anterioridades. La agudeza del discernimiento, la firmeza del dominio sobre sí mismo, la precisión y la persistencia de los proyectos son las tres condiciones de esta virilidad psíquica que fecunda incesantemente la matriz astral y engendra en ella las realizaciones más conformes a sus imaginaciones. Y tanto para favorecer la inteligencia de éstas como para asegurarse el apoyo de las influencias providenciales, se impone a nuestra relatividad el establecimiento de una relación mística con la esfera dispensadora de las luces espirituales.

Ha llegado el momento de abordar la extraña cuestión de los invisibles que pueblan el astral. Si pudiéramos verlos, la atmósfera se oscurecería. A nuestro alrededor, a través de las masas y los organismos materiales, su multitud se entrecruza y se confunde.

Algunas consideraciones nos van a ayudar a concebir la existencia de ciertas especies astrales. Del mismo modo que algunas formas de la materia tienden a cristalizarse alrededor de un centro de atracción, lo mismo que todo embrión vegetal, animal o humano atrae hacia sí, para incorporárselos, los átomos necesarios para su crecimiento, la sustancia astral que tiende por propiedad congénita, a la vida diferenciada, se conglomera instantáneamente en variadas formas cuando una luz potencial llega, proyectándose hacia ella, a fecundar, por así decirlo, una porción de esta sustancia.

El plano astral elabora así incesantemente una infinidad

de entes en boceto, de seres sin consistencia ni individualidad pero fijamente polarizados por la tendencia dinámica que les da nacimiento.

Además de las almas humanas o animales en vías de gestación terrestre, el astral acarrea innumerables gérmenes de existencia, desprovistos de toda filiación ontológica y que tratan a ciegas de afirmarse: algo parecido a los fetos en estado de monstruoso boceto durante la gestación. Cuando a una de estas larvas se le procura un potencial sustentador, su propiedad «vampírica» la absorbe, su corporeidad se densifica, su forma se precisa y aumentan su modalidad y su potencia.

Los ritos sangrientos u obscenos de la magia negra cumplen esta condición y ofrecen a las larvas astrales una fuente de donde libar la energía acumulada en alta tensión en los vehículos fisiológicos de la vida. Sólo los medios del mago negro bastan para constituir verdaderos fantasmas larvarios. Extraen su corporeidad de las condensaciones fluídicas, liberada por la sangre o el semen derrochados y nutre con su verbo perverso su simulacro anímico. Esos coagulados astrales se designan, como los precedentes, con el nombre de lémures.

La plasticidad de la sustancia astral permite conformar con ellas las apariencias y las formas más diversas. Inconscientemente nuestros más secretos pensamientos se inscriben, se *imaginan* (toman imagen) en la luz astral. Las impresiones sensoriales — un estado previo a la actividad mental — dejan así una marca duradera e indeleble. También el agente hiperfísico guarda en los archivos de la humanidad imágenes de cosas, sombras de seres y fotoplastias de acontecimientos. Cuando se sueña con larvas teratológicas nacidas del terror de las pesadillas, con terribles imaginaciones originarias de fantasmas reales, se comprende, que a menos de estar preparados, a no ser que esté dotado de un temple excepcional, la sola percepción fugaz de lo invisible oprime con una angustia cercana a la demencia.

Ese es el menor peligro de las esteriorizaciones prematuras, de las tentativas de desdoblamiento, de *salida en cuerpo astral.* El adepto largamente entrenado, dinamizado contra el miedo y maestro de su doble sideral, sabe liberarse temporalmente de las ataduras materiales (o al me-

nos ductilizarlas) hasta el punto de abandonar su cuerpo de carne, voluntariamente situado en un tranquilo y profundo letargo, para explorar el más allá, sobre todo lo más inmediato de las regiones ocultas. Pero si se atreve a llevar hasta la luz a los fervientes de la ascesis integral y cuaterna, el sendero del misterio conduce al terror a los temerarios que osan aventurarse hasta las cercanías de la muerte sin ser antes gradualmente confortados y entrenados.

Infinidad de locuras tienen su origen en la irrupción de una larva usurpadora del yo aterrorizado, durante un desdoblamiento espontáneo o provocado. Y como no faltan organismos mal homogeneizados, cuyo elemento mediador, el doble sideral, adolece de la fuerza de retención con respecto al elemento material — el cuerpo físico — se puede admitir el origen bilocatorio de numerosas, si no de la mayoría, de los casos de locura. Un desarraigo consecutivo a cualquier violenta depresión emocional bastaría para explicar la fortuita escisión de ambos principios.

Quienes evocan formal o intencionadamente al diablo convencional, de quien una herejía abominable ha pretendido hacer el antagonista personal del Absoluto divino, experimentan en cambio la propiedad del astral de objetivar las afirmaciones psíquicas. Si su exaltación es suficiente, va acompañada de una violenta exteriorización que provoca el nacimiento de una imagen con el aspecto atribuido tradicionalmente al demonio. Esta misma exaltación, junto al efecto de los estupefacientes, favorece un estado de percepción, incluso a veces de desdoblamiento perfecto, en el curso del cual ven a satanás en todo su horror, y con o sin aparición, corren el riesgo de quedar obsesionados por cualquier larva demonomorfa. En resumen, que sólo con emitirlos intensa y persistentemente, los pensamientos gravan, en la misma sustancia astral, las imágenes, las formas y las entidades con su parecido y provistas de una suerte de subconsciente análogo a su especie original. Las apetencias inmoderadas, las pasiones violentas: lujuria, cólera, orgullo, envidia y celos, y la propia ideología desordenados, engendran larvas que se aferran al aura, a la atmósfera psíquica de su creador y se apresuran a perpetuar la causa de su propia existencia. Actúan por tanto sobre la individualidad de la que han emanado. Si se las evoca para que surjan a la

vida especializada, se resisten oscura pero obstinadamente a la disociación que significaría para ellas el agotamiento de su fuente original. Verdaderos vampiros suscitadores de obsesiones y terrores sin nombre, se manifiestan en el familiar despotismo tenaz de las costumbres.

Lo mismo puede decirse, recíprocamente, de la rectitud moral, del altruismo, de la inteligencia, de la devoción, procedentes a su vez de seres astrales totalmente diferentes de los lémures y larvas vampíricas. Mientras estos últimos constituyen la fuerza de choque de los magos negros, la voluntad del bien, de lo justo, de lo verdadero, puede originar ayudas invisibles, capaces de una colaboración, de una iniciativa protectora proporcional al grado de perfección ética, intelectual, volitiva y mística de su emanador. Tales son según Guaita, las Potencias eficientes de la Caridad, la Ciencia o la Luz.

Otra sección de los habitantes del astral son los elementales o fundamentales, también llamados espíritus de los elementos. Verdaderas individualidades, dotadas de un grado de inteligencia variable pero que a veces rivaliza con el entendimiento humano, estos espíritus gobiernan hiperfísicamente sobre los cuatro estados de la materia, o según la expresión tradicional, sobre los cuatro elementos.

Las salamandras, administradoras del fuego, las sílfides que gobiernan el aire, los gnomos regidores de la tierra y las ondinas o genios de las aguas. La vieja concepción de los cuatro elementos corresponde a cuatro propiedades del astral, cuyo substrato sensible gobiernan las salamandras, las sílfides, los gnomos y las ondidas (1).

Según esto, su poder, como quien dice absoluto, hace de ellos útiles auxiliares o temibles adversarios. La mayoría de los libros de conjuros han omitido, deformándolos más o menos, de la clavícula solomónica los ritos según los cuales se conjura a los elementos, pero lo que ninguno de esos manuales dejan de decir es que nadie se hace acreedor a la ayuda de los gnomos si antes no ha vencido todo el temor a las alturas y a las profundidades de la tierra; que no contará con el favor de las sílfides si es refractario al vértigo del vacío; que no se hará dueño del poder de las ondinas si no le es familiar el contacto con las aguas, y, en fin, que sólo cuando su valor en presencia del fuego esté probado, las salamandras le serán propicias.

FIGURA 14

La Justicia, o Themis

Octava clave del Tarot

Próximos a los elementales son los elfos, duendes, trasgos, hadas, ninfas, silvanos, taunos, naxas, etc.; tras estas extrañas ficciones hay, sin duda, alguna oculta realidad que explique su origen.

Tales son con los adeptos peregrinos en el más allá, y los muertos de paso por el astral, las principales especies invisibles que se entrecruzan a través del espacio en el seno de la más próxima de las regiones ocultas. Aquellos cuya lucidez o clarividencia ordinaria hacen aptos para percibir el astral, distinguen también, flotando aquí y allá sombras o apariencias humanas provenientes de desencarnados cuyas almas libres de su envoltura fluídica ganaron la esfera que les es propia.

Así como la tierra presta indiferentemente asilo a los más elevados exponentes de la esperitualidad humana y a los más abyectos criminales, el astral es también vehículo a la vez de los Espíritus de la luz, ausentes por cualquier razón de su permanente gloriosa morada y de las Inteligencias subsersivas cuya actividad demoníaca justifica en parte el mito maniqueo del diablo. De distintos orígenes, estos demonios, algunos de los cuales fueron hombres, están irremediablemente condenados por su total y definitiva adhesión a la perversidad, a la pena de un aniquilamiento gradual pero irremediable. Prestos siempre a servir de buen grado a cualquier obra de oscuridad, terror e inmoralidad.

Figurando como Themis, su espada y su balanza, la octava clave de Hermes simboliza el papel equilibrador y justiciero del astral. Por una parte, muestra el antagonismo de las potencialidades que en él se oponen para asegurar la estabilidad de los mundos: Su base reposa en efecto sobre los movimientos de la sustancia astral cuya materia constituye, por otra parte, una pasajera concreción (2).

Pero además, simboliza la función del astral de reforzar y mantener hasta el restablecimiento del ritmo, la secuencia causal accionada por nuestros estados psíquicos. En él, el presente determina el futuro, de la misma forma que el pasado ha engendrado al presente.

NOTAS AL CAPITULO VIII

(1) ¿No sería oportuno comparar estos conceptos con los de los teósofos orientales? Estos profesan que la materia física, además de los cuatro estados conocidos, sólido, líquido, gaseoso y radiante o etéreo, experimentaría otras tres modalidades llamadas superetéreas, subatómica y atómica. Estos siete estados van de lo más denso a lo más sutil y cada uno de ellos sería una manifestación de los cambios de la sustancia astral.

Por otra parte, la doctrina teosófica enseña que los habitantes del astral se ordenan jerárquicamente según su grado de evolución, sobre los siete subplanos que corresponden a los siete estados en cuestión.

(2) Las propiedades dualizadas de los cuerpos: afinidad y cohesión, dilatación y condensación, ductilidad y resistencia tienen por única causa al hiperfísico que manifiesta su doble animación expansiva y constrictiva.

Capítulo IX

LA ASCESIS MAGICA

Por poca atención que haya prestado a la exposición hasta aquí bosquejada, el lector aceptará este aforismo inicial del presente capítulo: el hombre es una Potencia oculta. El ser humano actúa, en efecto, inconscientemente sobre el fenomenismo astral, aunque no tenga la más remota idea de que así sucede. Iniciarse en la ciencia oculta es tener conciencia de ese fenomenismo. La magia — que consiste en utilizar prácticamente los principios del ocultismo — comienza con la iniciativa deliberada en el manejo de los medios propios a esta Potencia que es cada ente racional.

De esta ciencia experimental el profano conoce sobre todo las adaptaciones más singulares y las más trascendentes. A veces tiene de ella un concepto que se acerca bastante al absurdo. Se la imagina dispensadora de una técnica secreta que haría capaz a quien la posee de producir maravillosos efectos por toda clase de quebrantamientos del orden natural; incluso del privilegio de plegar este orden prefijado a la arbitrariedad de un irresistible poder. En verdad, la Magia consiste en dirigir el desencadenamiento de ese proceso que, conscientemente o no, cada uno acciona, y por medio del cual influye sobre diferentes determinismos considerados, erróneamente, como fuera del alcance de la voluntad.

El acto mágico primordial es un acto interior: el de gobernar en sí mismo el elemento transmisor del verbo, o sea, el dinamismo psíquico. La superación de la prueba a que previamente era sometido antiguamente el aspirante neófito de las antiguas iniciaciones, suponía ya un grado excepcional de dominio sobre sí mismo, una firmeza de ánimo que veinti-

dós años de ascesis progresiva le elevaban luego a aquel último máximum donde la reacción microcósmica aproxima a la soberanía. No es por tanto ninguna locura suponer que tales ejemplos de sabia voluntad hayan podido, apoyándose en las leyes ocultas, en las causas segundas generadoras de las causas inmediatas, gobernar el fenomenismo sensible.

La tempestad deriva de causas directas invariables. Sabiendo de qué causas segundas son efectos estas causas directas se dispondrá del rayo. Y si el conocimiento moderno ya adquirido en materia de magnetismo humano, se amplía y se precisa, no será extraño que veamos repetir las resurrecciones de Apolonio. Todos los prodigios son explicables por la ciencia oculta; el pretendido milagro se reduce a la excepcional manifestación de una ley desconocida y lo sobrenatural legendario disfraza lo real invisible.

Para volver a las contingentes inmediateces y orientar a los modernos discípulos, expondremos con la precisión necesaria, y que ellos esperan, la fórmula realizadora del estado eficiente de las diversas técnicas mágicas. Dicha fórmula consiste en situar las propiedades y actividades de la máquina humana bajo la dependencia del entendimiento rector, al contrario de lo que se exige para realizar la arquía individual, deliberadamente condensadora y emisiva del dinamismo psíquico.

Existe en nosotros un centro instintivo *A*, un centro motor *B*, un centro intelectual *C* y un centro espiritual *D*.

Al centro instintivo corresponden el organismo material y sus necesidades (*gouph*).

Al centro motor la animación del organismo, la sensibilidad, la pasionalidad, el automatismo (*Nephesch*).

Al centro intelectual corresponde el pensamiento, espontáneo o reflejo (*ruach*).

Y al centro espiritual corresponden el sentido ético y el misticismo (*Nunchamah*).

El complejo anatómico A elabora la energía transformada en B y en C. El primer término del orden mágico será pues la arquía psicológica.

El motor B debe someterse al necesario reajuste para facilitar el funcionamiento de las diversas intensidades de energía que en él discurren y para la adaptación precisa de aquélla a los efectos convenientes: arquía emocional.

FIGURA 15

El Ermitaño

Novena clave del Tarot

El director C, perfectamente instruido de los oficios que le incumben debe estar ejercitado en su mediación y supervisar con estrecha vigilancia su ejecución (arquía intelectual).

Este mismo director, consciente de actuar en un sentido provechoso para su futuro, tratará de concebir, poco a poco, un ideal y de conformarse a él: arquía espiritual.

La impulsión directiva debe ser comunicada a *Nephesch* — instrumento de la palabra — por *Ruach* y *Neschamah*, al contrario de lo que ocurre para el vulgo, cuya arquía volitiva abandona al *Nephesch* a sí mismo, para que reciba las reacciones internas y exteriores, arrastrando tras sí a *Ruach* y oscureciendo a *Neschamah.*

Al igual que el Ermitaño de la 9.ª clave de Hermes el discípulo hará uso, antes que otra cosa, del aislamiento meditativo — el sayal de asceta — a cuyo abrigo se examinará a la luz de las nociones ocultas. Luego comenzará el periplo de su evolución, apoyado sobre el bastón del conocimiento y valiéndose para dirigirse en su camino del fanal de su saber secreto. Gobernado hasta ahora por el simple impulso, de ahora en adelante se esforzará en dominarlo e irlo haciendo auxiliar del hombre reflexivo. Pero para contener, hurtándole a sus dos causas (la interior y la exterior), el movimiento, el impulso que rigen su persona y su destino, buscará por encima de todo el silencio y la soledad, como Hermes propone simbólicamente.

Vamos a analizar en detalle las diversas directivas que llevan a las cuatro secciones de la ascesis mágica:

La ordenación psicológica consistente en:

a) Valerse de un régimen alimenticio habitual perfectamente conforme a su finalidad de conservación de la anatomía y de aportación energética. Todo comestible es en principio una materia prima destinada a convertirse sucesivamente en quilo, sangre, tejidos, fuerza nerviosa y energía psíquica. Es, pues, de suma importancia dar de lado a ciertas especies y vigilar las cantidades de manera que evitemos una toxicidad corrosiva de la máquina orgánica, desgastadora de sus aparatos de eliminación y por ello reductora de la elaboración y de la disponibilidad de las fuerzas psíquicamente utilizables.

b) Seleccionar y dosificar, según la tendencia del propio temperamento a un predominio linfático, nervioso, bilioso o sanguíneo, las sustancias que se ingieren.

Para el linfático cantidades pequeñas y base carnosa. Para el sanguíneo cantidades pequeñas y base leguminosa. Para el bilioso cantidades medias y base lacto-vegetariana y para el nervioso máxima cantidad — teniendo en cuenta las reglas generales *a*) — y base vegetal grasa.

c) Moderar las tendencias instintivas de todo orden satisfaciéndolas habitualmente en la estricta medida de lo necesario y excepcionalmente, en una medida tan grande o tan reducida como las operaciones a realizar lo exijan.

d) Saber ponerse en las condiciones requeridas para condensar en alta tensión la fuerza nerviosa, para inmovilizarla y potenciarla eficazmente. La fuerza nerviosa se condensa por una vía vegetativa, un dominio emocional y cerebral completo y un aislamiento reductor de la vida de relación. Se la moviliza refrenando, moderando o suspendiendo las actividades viscerales; su potenciación la realiza la voluntad.

La ordenación emocional consiste en:

a) Dominar todas las impresiones de origen sensorial. La resistencia a las llamadas del oído, de la vista, del olfato, del gusto y del tacto, así como a las disonancias que los hieren, se imponen de manera absoluta. Su utilización no tiene importancia alguna pero debe ser considerada por todos como una firme guía. Así la satisfacción del gusto modera la impulsividad cerebral; la del olfato calma o estimula el animismo; la del oído, activa la imaginación, la conceptualidad; las de la vista favorecen el espíritu de síntesis, y la del tacto afinan la sensibilidad.

b) Determinar la inhibición o agudización de las tendencias pasionales nacientes, según convenga. El motor-deseo, el motor-impulso de ser en absoluto dependiente del timón-voluntad. Sentirse en todo momento dueño de exaltar, moderar y orientar el propio dinamismo moral es el ideal a que hay que aspirar.

c) Abrirse a todas las fuentes de emociones poderosas y elevadas (contemplación pictórica, arquitectural y escultural) y de los diversos aspectos de la naturaleza, marítimos, montañosos, etc., poesía y música de los grandes maestros

(Wagner sobre todo). El adepto extraerá de las fuentes artísticas intensas vibraciones susceptibles de estimular el estado psíquico necesario para sus planes y de afinar considerablemente sus percepciones intelectuales.

d) Afrontar cualquier posible ruptura emocional esforzándose en conservar la serenidad, en oponer a las violencias interiores la soberanía de la filosofía oculta y en abrirse del todo al altruismo humanitario.

La ordenación intelectual exige:

a) Un esfuerzo de libre examen que sustituya al pensamiento espontáneo de las apreciaciones y de los pensamientos deliberados.

b) Un esfuerzo de asimilación sostenido alternativamente sobre lo concreto y sobre lo abstracto.

c) Un esfuerzo de dirección que tenga por objeto el desarrollo de la facultad de mantener indefinidamente la atención sobre una directiva, un orden de ideas, sobre cualquier sujeto.

d) Un esfuerzo de imaginación que tienda a precisar las imágenes mentales, a objetivarlas rápidamente, a animarlas con intensidad y a fijarlas.

e) Un esfuerzo de causalismo, es decir de búsquedas meditativas de las relaciones, de las analogías, de las secuencias causales relativas a un hecho, a una Ley o a un Principio.

f) Un esfuerzo de flexibilidad en el paso de una dedicación a otra, por diferentes que sean, y en general en el paso de la actividad psíquica al reposo más completo.

La ordenación espiritual consiste en:

a) Meditar sobre todo aquello que sirve para despertar el sentido ético y el de las abstracciones místicas. A este propósito se recomienda especialmente el estudio de la Kábala hebrea.

b) Combatir en sí mismo toda arbitrariedad a fin de manifestar en ideas, palabras y acciones una equidad siempre más perfecta.

c) Oponerse, por justificado que parezca, a todo sentimiento de odio o animosidad. Alejar su causa o alejarse de ella y procurar no pensar en ello como no sea para incitarse mentalmente a la modificación.

d) Dejar florecer en sí la veneración por la rectitud que nos llega de su fuente absoluta.

e) Sacrificar lo temporal a lo Eterno.

f) Sustituir poco a poco los móviles que tienen su causa en el egoísmo por otros móviles sucesivamente colectivos, universales y divinos.

(Estos siete grados difícilmente serán alcanzados por todos pero los tres primeros son absolutamente indispensables.)

Sin duda alguna, si bien esta última arquía basta para la conversión espiritual, las dos primeras son indispensables para alcanzar la potencia mágica como tal. Pero, en último término, tal potencia mágica no es más que un medio de acción y cualquiera que pretenda alcanzar el último conocimiento encontrará el camino que lleva hasta él, sólo en la ascesis superior dispensadora de los dones de profecía y teurgia. Nadie deberá olvidarla enteramente aunque sólo se preocupe de preservarse indefectiblemente de las dificultades inherentes a la naturaleza humana.

Los efectos de la ascesis mágica son fáciles de deducir con el sólo enunciado de las prescripciones precedentes. Una serenidad nueva se apodera del ser cuya personalidad ha quedado triplemente afirmada, inteligible, sensible y realizadoramente. Pronto aparece, se precisa y se consolida la facultad de influir, sin procedimientos especiales, sobre los seres y las circunstancias, de desempeñar un papel, siempre más importante, en la generación de las circunstancias, y de determinar cada día más eficazmente el futuro. Los pensamientos y las intenciones que se formulan mentalmente dan muestra continua de su poder con repetidas objetivaciones. En una palabra, se ha conseguido una *magia espontánea.*

Secundariamente, la ascesis desarrolla las aptitudes permitiendo abordar el entrenamiento especial y las operaciones propias de la magia ceremonial y de generar los fenómenos que son su objeto.

Muchos pensarán que hay personas que están muy lejos de poseer la superioridad hacia la que se dirige la ascesis mágica, que se sirven del poder oculto, sin ninguna preparación, guiándose por ciertos formularios de prácticas, por otra parte absurdos. Esto se estudiará más adelante, al hablar de la brujería o magia negra. Baste por ahora decir que si sustituimos la voluntad deliberada y jerarquizada por el deseo exaltado hasta el frenesí, la idea fija frenética, la cer-

teza razonada por la fe ciega, el verbo realiza igualmente lo que afirma. Pero semejante locura supone una predisposición, por otra parte desdichada, ya que engendra por sí misma su sanción, como resulta de las leyes mismas del poder oculto.

Capítulo X

LA RUEDA SIMBÓLICA DEL DESTINO

Alguien ha dicho que «el hombre se comporta en su vida sobre la tierra como si nunca hubiese de morir». Siendo tan evidente como la de la muerte, la certeza de la mutabilidad de las cosas de aquí abajo es muy raramente tomada en cuenta como factor o móvil de nuestras acciones individuales. No obstante todos nosotros estamos sujetos a esta rueda del destino por medio de la cual el Tarot simboliza la ley del devenir personal o colectivo.

Unos arrimados al eje central, otros en la circunferencia exterior, todos somos arrastrados por la rotación del conjunto y obligados a recorrer una serie de ciclos, centrífugos o centrípetos, describiendo así una especie de espiral, evolutiva o involutiva...

La vida de aquel que se mueve próximo al centro de la rueda será una monótona sucesión de menudas circunstancias. Su personalidad, poco consistente, sólo ejercerá un limitadísimo influjo en el movimiento centrífugo. Nacido en una aldea, se queda allí, allí envejece y allí muere. Otro cualquiera, venido al mundo como el precedente, bajo los auspicios simbolizables por la proximidad axial del ciclo de las eventualidades, se densifica poco a poco hasta el punto de ser totalmente absorbido por la fuerza centrífuga y arrastrado a una corriente cíclica progresivamente más amplia. Le correspondía una existencia agitada.

Excepto el punto central, que significa la inercia, cada momento de nuestro círculo y la entidad que a él corresponda sube, baja y vuelve a subir y a bajar, cualquiera que sea la acción que sobre ellos ejerza la doble corriente hacia

el eje y hacia la circunferencia, con la salvedad, eso sí, de que cuanto más próximo sea a esta última, más poderosas y amplias serán las eventualidades determinadas por la rotación del conjunto. El único medio de escapar al ritmo ineluctable desgracia-fortuna, es alcanzar el pedestal donde la esfinge se aísla de las fuerzas de la fatalidad. El camino para conseguir esa altura, la sabiduría, sólo se hallará a través de la renuncia a los prestigios terrestres. Adquirir, por autonomía volitiva, una movilidad propia por medio de la cual la trayectoria se retarde o se acelere, se acerque o se aleje poco a poco del eje, constituye todo el arte de gobernar al propio destino.

Pero si bien el flujo negativo, manifestado por la adversidad, los obstáculos, las contrariedades, estimula las fuerzas de resistencia y suscita la iniciativa lúcida, el flujo positivo, sus facilidades, sus satisfacciones y sus alegrías llevan hacia el adormecimiento al dichoso peregrino que se mueve por el mundo como por un mar en calma: No aspira a acercarse al punto de apoyo y la atrofia progresiva de sus medios combativos le conduce sin defensa hacia la primera tempestad.

La modificación de la densidad de que hablábamos más arriba resulta, bien de un desarrollo espontáneo de las virtualidades nativas, bien del esfuerzo deliberado.

En cuanto a los ejemplos precedentes, tipifican sólo dos clases de destinos entre los más simples. No es éste lugar para una enumeración de los posibles. La sagacidad del lector suplirá con creces esa enumeración. A este respecto se pueden, no obstante, hacer algunas consideraciones. La línea de destino más frecuentemente observable entre las existencias de nuestra época y en el mundo occidental, parte de un punto cualquiera de la rueda y sufre una alternancia de involuciones y evoluciones determinadas por la atracción ejercida sobre los movimientos centrípeto y centrífugo sucesivamente, por la individualidad en cuestión. Los iniciados en la astrología han comprendido que la posición inicial se deduce del *tema natal* y las variaciones de densidad del *tema de progresión.* Más adelante, en este mismo capítulo, hablaremos de la influencia planetaria.

La décima clave de Hermes muestra, además de la inmutable esfinge sobre la rueda y fuera de ella, un cinocéfalo

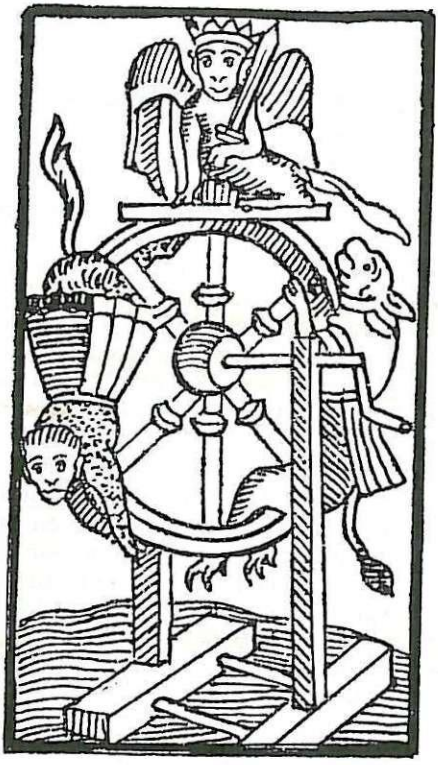

FIGURA 16

La Rueda de la Fortuna

Décima clave del Tarot

que sube de izquierda a derecha y otro, réplica negativa del primero (1), que desciende de derecha a izquierda. Para restringir a un sentido más inmediato esta alegoría, hay que ver en ella la indicación del ritmo circunstancial de cada destino (ver fig. 16, pág. 107).

Implicados en la vida (fijados a la rueda) con la misma fuerza con que la atracción de la tierra nos absorbe y solidarios de la superficie móvil en una medida proporcional a la fuerza adhesiva inseparable de nuestras humanas tendencias, sería funesta ceguera querer sustraerse al ciclo rítmico del ir y venir de las dificultades, de los obstáculos y de las desgracias. Este elemento adverso se opone necesariamente en nosotros a la afirmación de nuestras resistencias o del centelleo revelador de las verdades desconocidas.

Si tomamos la iniciativa de los esfuerzos requeridos para nuestra evolución — esfuerzos de conformidad étnica, de inteligente asimilación y de energía volitiva — modificaremos la fatalidad. La norma del hombre es actuar: para él cada dificultad debe significar sólo la resistencia por la cual podrá conquistar, desarrollándolos, la integridad de sus medios. Cuando éstos son superiores en cualquier terreno a las resistencias a que han de enfrentarse, en seguida aparece una nueva circunstancia que viene a dar empleo a esa sobra de esfuerzos. La clase de mal que nuestra debilidad más teme, se nos impone necesariamente si no hemos trabajado para corregir la propia debilidad. Porque el temor llama al temor, mientras que la firme vigilancia aleja al enemigo.

Igualmente es grande el riesgo de caer en aquellos mismos males que no nos preocupan, porque la indiferencia favorece la entrada en nosotros y permite el arraigo, en el lugar de la preocupación constante, del sentimiento de una especie de privilegio protector.

Los medios de acción le han sido dados al hombre para que sostenga una lucha constante. Algunos quieren hacer de ellos medios exclusivos de placer. Esa dedicación atrofiante les priva de ellos totalmente y luego se lamentan. Pero les hubiese sido concedida la luz si hubiesen actuado de otro modo.

Otros caen en la aberrante convicción de la inmunidad, o tal parece, ya que se creería que participan sin pena ni

gloria en una risueña y alegre excursión. Némesis, diosa de la venganza, les sigue como su propia sombra, aguardando su hora.

Un exceso contrario, en fin, el más fatalista de los nihilismos, lleva a la gran mayoría a abandonarse a su destino. Ahora bien, hay que tener en cuenta que, si bien acabamos de ver que la dicha y la desgracia alternan necesariamente, no podemos olvidar que el papel de este ritmo es el de contrariar siempre los esfuerzos del hombre por dominarse: se reduce su efecto, pues, en la medida en que uno se prepara para el fin. La misma ley que arrastra a los inertes ayuda a la evolución de los ardientes. Quien lucha por evolucionar en la cuarta acepción explicada en el capítulo IX ha elegido el camino, más corto; y, asimismo, el más favorable, ya que esforzándose él en la coerción que sus insuficiencias necesitan, llena los vacíos abductores de las corrientes cuya reacción es favorable.

La inestabilidad del presente se insinúa oscuramente en muchos casos y es la causa del éxito de los especialistas cualificados o no de esta ciencia del devenir cuyas adaptaciones son las artes adivinatorias. ¡Se ven tan súbitos derrumbamientos! Los más celebrados del día son considerados cuando se los requiere, hasta tanto no llega hasta ellos, silenciosa, la devastadora, monstruosa y tosca adversidad, el monstruo que aniquila, regocijándose, situaciones aparentemente definitivas, volatiliza la fortuna de unos, arrebata a otros el futuro de un duro trabajo y cambia a su gusto y capricho la opulencia en miseria. Más prudentes y considerados serían aún otros precavidos, si cayesen en la cuenta de cuán frágiles son siempre los bienes que no se ha aprendido ni a perpetuar desde el manantial — con la lucidez y la vigilancia —, ni a ganarlos por su uso según la equidad.

Recíprocamente, los desgraciados abrumados por la opresión continua de la fatalidad, aquellos que se ven enfangados en el semicírculo de la izquierda, en lugar de poner su esperanza en una problemática oscilación hacia la derecha de la rueda — que, además sólo les elevará para precipitarles de nuevo, si no modifican su condición densitaria — deberían, apoyándose en los supuestos del ocultismo, extraer de ellos un movimiento liberador.

Más generalmente, se puede calificar de progreso esencial

la instauración de ese estado de conciencia para el cual felicidad y desgracia, manifestaciones igualmente normales de una ley necesaria, son compañeros, a cuya presencia eventual hay que acostumbrarse, sin dejarse subyugar por la primera ni abatir por la otra.

Conocemos ya el papel de la Providencia, el de la Voluntad y el de Fatalidad en el determinismo colectivo o individual. Sabemos también que, para cada uno, el estado presente (predisponsiciones) como el medio humano y el elemento circunstancial (predestinaciones) son derivación de una anterioridad... Igualmente sabemos que, procediendo todo en la tierra de las influencias planetarias, el momento de una encarnación coincide con aquel en que los cuerpos celestes están dispuestos del modo necesario para que se den las condiciones generales y eventuales en relación con los antecedentes del encarnado.

El mapa del cielo, visto bajo el ángulo correspondiente al lugar, y configurativo de las disposiciones planetarias en el momento del nacimiento, se denomina Horóscopo y da cuenta al *nativo* — así dicen los astrólogos — de los condicionamientos del factor destino, o sea de las predisposiciones — que, por otra parte, podrá modificar voluntariamente — y de las predestinaciones que se seguirían en caso de una ausencia completa por su parte de iniciativa modificadora.

Como la influencia planetaria engendra a la vez las formas y los dinamismos individuales, se pueden deducir éstos de aquéllas. De ahí las ciencias adivinatorias derivadas de la astrología, como la fisiognomía y la quirología.

El cuadro que sigue, inserto en las págs. 112 y 113 y adaptado de mi libro *Les Marques révelatrices du caractère et du destin* (2) proporcionará una idea de conjunto, de los factores psicológicos y predestinadores, procedentes de cada planeta.

Las modalidades particulares que el horóscopo natal deja presagiar, aparecen rigurosamente reguladas por la sucesión de los aspectos planetarios. Cada paso de un cuerpo celeste por el punto de su trayecto en el que transita su posición horoscópica, donde forma un aspecto sea con esta posición sea con otro planeta, señala una de las modalidades en cuestión.

De ello se deriva una amplitud y una frecuencia determinadas, observables para cada destino, en el juego de las

circunstancias favorables o nefastas y como (hay que decirlo) las voluntades capaces de modificar su fátum, no en detalle sino en sus líneas principales, son excepcionales, se tiene en ello una base suficientemente rigurosa para la apreciación del futuro. Además, incluso para aquellos cuyo entrenamiento volitivo o su evolución intelectual o espiritual está preparada para actuar sobre su destino, las manifestaciones de los ritmos de este último permanecen, sin embargo, sin *entrenar,* como en los demás: El hombre nacido bajo la influencia de Marte, por ejemplo, se halla impelido a desempeñar el papel de luchador, renuncie o no a defenderse, emprenda o no cualquier conquista. Semejante individualidad, dotada de instinto combativo (3) tenderá siempre a situarse consciente o inconscientemente, en medio de dificultades u obstáculos. A veces se creará los unos por imprudencia, imprevisión o insubordinación, otras veces buscará los otros por pura necesidad de actividad marciana. La fortuna de las armas, cambiante por definición, le sonreirá tanto más cuanto más asiduamente se esfuerce en condensar sus expansiones y en utilizarlas con mesura y discernimiento. Actuará, pues, sobre su destino, administrando la capacidad de sus energías. El desorden de la signatura de Marte: impulsividad, espontaneidad, fuego, arrebatos, cólera, tendencia al exceso, violencia, deberá someterse a un dominio reflexivo.

La amplitud de las casualidades, el plano en el que se las podría repartir de las insignificancias y de la mediocridad a la brillantez o a lo excepcional, depende a la vez del género de los planetas cuya influencia domina en el tema natal y del modo instintivo, emocional, cerebral o espiritual de la receptividad del nativo para cada uno. La frecuencia de los éxitos, de los favores o de los rigores, de las elevaciones o de las caídas en cualquier acepción, se deduce aproximadamente de la duración de la revolución de los planetas predominantes.

La astronomía ha determinado la duración de estas revoluciones; son, en cifras redondas, 27 días para la Luna; 87 días para Mercurio; 224 días para Venus; 321 días para Marte; 12 años para Júpiter; 30 años para Saturno; 84 años para Urano y 160 años para Neptuno. De una manera muy general, a la influencia de los planetas de órbita corta, corresponden las diversidades frecuentes y de menor relieve; a los

" ÚNICAMENTE LEER ESTE CUADRO."

EL INFLUJO DE CADA PLANETA:	SOL	LUNA	MARTE
TIENDE RESPECTIVAMENTE A CREAR:	LA EXPANSIÓN	LA ABSORCIÓN	LA DINÁMICA
Así en el organismo, favorece, proporcionalmente a la intensidad con la que el sujeto la ha experimentado:	Elevación. Desarrollo. Perfección mórfica. Vitalidad expansiva.	Fuerza plástica de resistencia. Vitalidad estática.	Vigor muscular. Potencia funcional. Potencial de energía vital.
	FACULTADES OBJETIVAS	FACULTADES SUBJETIVAS	FACULTADES COMBATIVAS
Según esta intensidad, visible en las formas que engendra, serán más o menos acusados en el sujeto uno o varios grupos de facultades detallados al lado:	Juicio. Comparación. Discernimiento. Individualidad.	Intuición. Asimilación. Introspección. Memoria.	Estrategia. Realización. Reducción de antagonismos.
	Sentido estético. Sentido sintético.	Sentido metafísico.	Sentido combativo.
Siguiendo el influjo dominante el individuo tiende a evolucionar en uno de estos sentidos:	Evolución con tendencia homogénea.	Evolución con tendencia intelectual.	Evolución con tendencia excesiva.
	EXPANSIÓN	ABSORCIÓN	DINÁMICA
Predestinaciones generales o normas respectivas.	Elevación y luego las caídas proporcionales.	Constante imprevisión de las casualidades y su anulación. Incertidumbre.	Lucha incesante. Reducción de los antagonismos.
Fortuna:	La gloria.	La *aurea mediocritas*.	La supremacía.
Infortuna:	Intrigas de los enemigos.	Miseria.	Fin prematuro y violento.
Artes:	Comedia.	Literatura.	Escultura.
Adaptaciones sociológicas:	Genios. Poetas. Innovadores.	Marina. Diplomacia. Literatura.	Ejército. Cirugía. Metalurgia.

MERCURIO	JUPITER	VENUS	SATURNO
LA CONVERTIBILIDAD	LA COHESIÓN	LA ARMONÍA	LA CONCENTRACIÓN
Predominio de los nervios. Fácil adaptación del organismo.	Equilibrio físico. Homogeneidad y Equilibrio.	Agudeza sensorial. Armonía de asimilación.	Lentitud de cambios. Hipotensión. Economía. Acumulación.
FACULTADES ADAPTATIVAS	FACULTADES ORGANIZADORAS	FACULTADES ATRACTIVAS	FACULTADES CONSTRUCTIVAS
Ingenio. Diplomacia. Habilidad. Sociabilidad.	Orden. Método. Equidad.	Apostura. Afectividad. Generación. Extroversión.	Causalismo. Filosofía. Matemáticas.
Pragmatismo.	Sentido jerárquico.	Sentido armónico	Sentido crítico.
Evolución con tendencia experimental.	Evolución con tendencia ética.	Evolución con tendencia emocional.	Evolución con tendencia abstracta.
CONVERTIBILIDAD	COHESIÓN	ARMONÍA	CONCENTRACIÓN
Ingenio. Adaptación. Oportunismo. Invención.	Gestiones. Altas esferas. Favores.	El ornato. Las facilidades. La alegría. El placer.	Edificación. Sedentarismo. Aislamiento.
Éxito en los negocios.	La opulencia.	Diletantismo.	Compras.
Condenas judiciales.	Escándalo y ruina.	Envilecimiento.	Enclaustraciones.
Coreografía.	Pintura.	Canto.	Música.
Médicos. Ingenieros. Publicistas.	Magistrados. Clérigos. Funcionarios.	Espectáculos. Decoración. Abstracciones.	Sabios. Constructores. Extractores. Agricultores.

de órbitas más extensas corresponden las grandes modificaciones, en número necesariamente restringido.

De la mezcla de las influencias principales del tema de natividad resultan así los reflujos periódicos de fortuna o adversidad, los apogeos o las caídas, los cambios bruscamente dichosos o desgraciados que se observan en determinados destinos.

Un individuo en cuyo horóscopo los planetas más alejados del Sol aparecen débiles, tiene en potencia un destino formado de una multiplicidad de pequeños acontecimientos sobre un plano uniforme. Y a la inversa, el predominio de uno o varios planetas de gran órbita presagia grandes alegrías o enormes desgracias.

Dígase lo que se diga, es perfectamente inútil tentar la suerte, si no se está dispuesto a abandonarse a ella. Más vale trabajar para dominarla. El adepto de la ciencia oculta debe considerar el ritmo de lo bueno y de lo malo como cualquiera otro fenómeno, sin entusiasmo y apetencias hacia el uno ni repulsión o servilismo para con el otro. Puede tener la más absoluta certeza de que si sigue las directrices automodificadoras expuestas en este libro, el destino más ingrato puede ser superado; que cada paso hacia el progreso interior libera al hombre de los golpes de suerte; que por el esfuerzo de cada día, se llega a anular el dominio sobre uno de las eventualidades, afirmando además su propio poder de actuación exterior.

La ascesis integral constituye la más recomendable de las operaciones mágicas, ya que si bien es posible, por medio de otras formas del arte, obtener una ventaja que la anterioridad individual no llevaba consigo, esta ventaja ficticia, por así decirlo, implica un rescate que la compense; así como la anulación, por otro método que no sea la satisfacción previa de la inmanente justicia, de un mal anteriormente determinado, cambia en otros sufrimientos, el elemento coercitivo que aportaba.

NOTAS AL CAPITULO X

(1) Personajes que podrían ser identificados con los egipcios Anubis y Typhon.

(2) Constituye un tratado de fisiognomía que permite deducir de las líneas, las masas y las dimensiones del rostro las influencias planetarias que gobiernan el destino. Las tendencias, facultades, aptitudes y calificaciones buenas o malas pueden leerse así sobre la fisonomía y con un poco de práctica esta posibilidad de evaluación inmediata de aquellos a quienes se aplica, puede prestar grandes servicios, comenzando por el de ejercitar el espíritu de observación. Además la fisiognomía presagia los fenómenos fortuitos a los que uno habrá de enfrentarse. El práctico en esta ciencia puede verificar por sí mismo que:

RESULTAN de las mismas CAUSAS

Las particularidades de la estructura interior del cuerpo;
Las de su estructura interna;
Las características físicas o morales, y
El determinismo predestinador.

Esta ley, formulada y verificada en todas las épocas por los discípulos de la tradición hermética, se deduce implícitamente del conjunto de trabajos que han dado origen a los actuales sistemas de evaluación, según índices morfológicos, de tendencias, facultades, aptitudes del individuo, y para pronosticar las casualidades favorables o nefastas de su destino.

(3) Un boxeador, un polemista y un estratega son igualmente marcianos: el primero instintivamente, el segundo en sus emociones y el tercero cerebral.

Capítulo XI

LAS REALIZACIONES

Vamos a ver cómo las enseñanzas de la ciencia oculta, sobre todo las nociones expuestas en los diez capítulos que preceden, pueden ser utilizadas en el marco de la vida moderna, de una manera práctica, por el hombre deseoso de basar sus realizaciones sobre el conocimiento de las leyes de la Magia. La primera condición que se requiere es la de haberlas meditado y asimilado suficientemente, de conservar su síntesis presente en el espíritu. La segunda, no actuar precipitadamente, pero tampoco con miedo o dubitativamente, entender y completar su actividad como la propia naturaleza entiende y completa la suya, progresivamente, a veces lenta, pero siempre inflexiblemente. De estos dos principios fundamentales se derivan por sí mismos mundos corolarios, de los cuales sólo tomaremos en consideración aquí los más importantes.

La magia permite operar, exteriormente por sí mismo, el efecto objetivador, dominador, magnetizador de una impulsión procedente del esfuerzo volitivo. Para que este esfuerzo engendre efectos a la vez conformes a su objeto y en armonía con sus sucesivas consecuencias, debe ser concebido de una manera circunspecta y sagaz. ¿Quién con una cierta tenacidad de voluntad no desea influir sobre tal o cual eventualidad o determinar tal o cual acontecimiento? Basta con no ser débil. Son innumerables los que saben querer eficazmente, pero con torpeza y sin previas reflexiones, a lo loco. Se ponen a sí mismos en aprietos, porque su falta de precisión imaginativa, de medida o de causalismo hace objeti-

varse las contrariedades inseparables a sus exigencias irreflexivas. Esa es la razón por la cual es tan necesario un conocimiento de conjunto de las leyes ocultas para aclarar el discernimiento, como la propia ascesis: para permitir el gobierno de la voluntad, la cual deberá tener en cuenta las leyes en cuestión.

Puesto que es el efecto de un estado psíquico el que impone a las propiedades virtualizadoras exteriores la realización del verbo individual, lo natural es que sea necesario imponerse antes este estado. Cuando se desencadena la tormenta, cuando las unidades combatientes se desorganizan, el capitán del navío o el general, pierden toda aptitud de influencia si ellos mismos padecen un proceso de desorganización de sus facultades. Pueden influir útilmente sobre la suerte del barco o de la batalla si todo en sí mismos obedece al pensamiento reflexivo. De otro modo no podrían hacerse dueños de su voluntad, y no tendrían más opción que ponerse en manos de la Providencia o del Destino. Pero de estas dos potencias, la segunda no sonríe a su gusto más que a los caracteres cuya energía la ha conquistado y la otra raramente ayuda al hombre que no actúa según su norma. Se ha dicho y repetido que *la fortuna sonríe a los audaces* y que la acción voluntaria constituye la plegaria más eficaz: *Ayúdate y el cielo te ayudará.*

Sea lo que sea lo que pidiéseis a la magia contad con ello sólo en la medida en que os hayáis puesto en el estado psíquico lúcido preciso, determinado y estable en relación constante de orientación con vuestro objetivo. No hagáis de una modificación de las circunstancias o de una manifestación exterior a vosotros mismos una condición previa a la instauración del estado psíquico eficiente; eso sería contar con la causa del efecto. Actuad directamente sobre los medios de poder que hay en vosotros. Vuestra voluntad obedecida interiormente, lo será igualmente fuera.

A toda potencia se oponen resistencias y a todo fenómeno le precede su gestación. Por eso toda realización necesita una potenciación, sostenida y persistente en la intención, reiterada en el esfuerzo. El medio de este último, la disponibilidad de una importante potencialidad de energía psíquica necesita una ascesis ya descrita, por lo que ya no insistiremos sobre ella: elaboración, condensación, disposición

y acción propiamente dicha, las cuatro fases mágicas son gobernadas por esta ascesis.

Se elabora en la calma, se condensa en el reposo, se disponibiliza por las preparaciones y se proyecta por la impulsión volitiva. Aquellos que se ven agitados sin reposo por una idea, una pasión o un deseo, derrochan segundo por segundo un dinamismo cuya condensación y proyección ha magnetizado a su complementario. ¿Quién será, pues, capaz, sin entrenamiento metódico, de elevarse como conviene, a dirigir su pensamiento, a canalizar sus emociones, a contener sus pasiones y a acumular su dinamismo impulsivo? De ahora en adelante, supondremos que el lector está en plena posesión de los frutos de este entrenamiento.

Para toda aplicación de magia personal se dispondrá de un rincón en el que poder aislarse, recogerse, exteriorizarse en el silencio y el aislamiento. Una pieza espaciosa y bien iluminada, sería ideal, sobre todo en alguna casa en pleno campo, pero, a falta de esto, cualquier habitación suficientemente iluminada, rigurosamente privada con los muros en blanco y desnudos, hará el servicio. Se trata de aislarse de toda fuente exterior de impresiones, de encontrarse solo, a solas consigo mismo cuantas veces se juzgue necesarias. Un individuo muy ejercitado, absolutamente dueño de sí mismo, capaz de una atención tan concentrada en medio de la agitación como en retiro, puede dispensarse de esto, aunque sea de una gran ayuda. En todo caso nos parece imprescindible para el principiante. En caso de no disponer de un local, podrá hallar el equivalente en la soledad de las afueras. Se quedará en cualquier sitio desierto, tranquilo, tan apartado como sea posible.

Seguirá una periodicidad regular: cada día o cada dos días, por ejemplo, el experimentador se dedicará, lejos de toda presencia, a la elaboración de su plan. Para ello, comenzará por definirse a sí mismo sus móviles, sus intenciones, la naturaleza de sus deseos. Calculará las dificultades que puedan presentarse y, sobre todo, no se ocultará la inaccesibilidad inmediata de su objetivo. Tendrá cuidado de anotar las ideas que le vendrán en el curso de este primer trabajo y de resumir en cada sesión el conjunto de las consideraciones que en ella haya madurado.

En segundo lugar, el mago practicará la meditación in-

terrogativa abductora: *a*) inspiraciones relativas a la fortuna o desgracias eventuales que pudieran derivarse de su plan, para rectificar la orientación de éste, según las luces que le vengan a este propósito; *b*) inspiraciones relativas a la precisión misma del plan. De este modo llegará hasta él un flujo de nuevas ideas con las cuales, a medida que toma nota de ellas, irá dando una forma definitiva a su plan.

Si se trata de un empeño de largo alcance o que presenta una serie de obstáculos que hay que vencer, dificultades a resolver, antagonismos que alejar o asistencias por atraer, será conveniente repartir el conjunto del plan en distintas fases, a fin de disponerse a dirigir todo el esfuerzo integral sobre el primer estadio exclusivamente, hasta que esté realizado; luego el segundo, y así en adelante.

Esta serie de meditaciones, de bocetos mentales de puesta a punto, permite enfocar con la certeza del éxito los proyectos más amplios, el ideal más elevado, los resultados más lejanos de la condición actual del experimentador. Es necesario desterrar toda precipitación y toda negligencia, todo exceso de entusiasmo tanto como el tedio. Y mientras llega el momento en que uno se siente dispuesto a atacar el plan, precisado tanto en sus líneas maestras como en cada una de sus fases, deberá, en el curso de algunas sesiones, ser considerado desde su origen hasta la finalidad, de sus bases a sus diversos desarrollos, vivirlo, en una palabra, con la mayor atención.

A imitación de los practicantes de la magia ceremonial se pueden usar los signos de apoyo o *pentaclo* (estrella de cinco puntas). Estos instrumentos resumen y precisan por medio de figuras de un simbolismo preciso y sintético, las intenciones del operador. Se hallan gran número de pentaclos, usados en otro tiempo, en los rituales de magia tradicional, angélica, planetaria o hiperfísica. Pero no servirían de nada a quien no haya descifrado su sentido íntegro. Un pentaclo debe significar jeroglíficamente en primer lugar, el principio, las Leyes y propiedades ocultas en cuya conformidad el experimentador va a manifestar su verbo y, luego, el objeto especial de la realización proyectada. Cada uno habrá de buscar los pentaclos más expresivos (1) de su voluntad e improvisar los emblemas de sus obras.

Aunque sólo sea para ayudar a comprender el origen de

las figuras pentaculares, de esa extraña disposición de los dibujos, que hallamos en los rituales, vamos a dar, para quien se interese por los signos de apoyo, unas breves nociones.

Entre los hierogramas usados en magia podemos distinguir: 1.º figuras geométricas; 2.º incripciones hebreas; 3.º caracteres extraídos de diversas clases de cifrados; 4.º signos

FIGURA 17

El Pentagrama

Composición de Elifas Leví Zahad, tomada de su libro *Dogma y ritual de la Alta Mágia*

relacionados con el simbolismo astrológico o alquímico. Sólo unas palabras acerca de otros elementos gráficos más o menos misteriosos.

Las figuras geométricas precisan maravillosamente ciertas ideas o intenciones. El *punto* expresa la unidad, la fuente original, la causa inicial, la potencialidad abstracta. La *línea*, engendrada por el movimiento del punto, es el dinamismo

edificador de las formas, dinamismo bipolar, y, por ello, representado por dos segmentos de recta. El *triángulo* equilátero, análogo al ternario, cuyo papel micro y macroscópico conocemos, expresa: por su punto angular superior, la fuerza de la que emanan las virtualidades en evolución (lados adyacentes) que vienen a objetivarse sobre un soporte equilibrado (base). El *cuadrado* o la *cruz*, expresivos ambos del

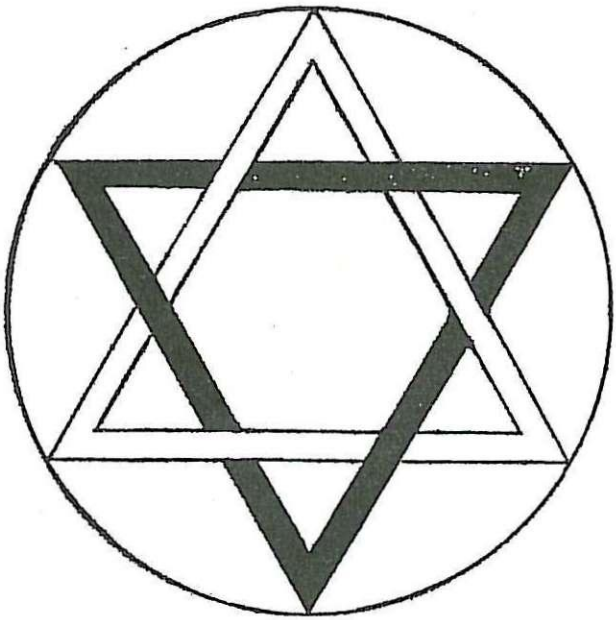

FIGURA 18

El Exagrama

número cuadro, significan la estabilidad de las reacciones consumadas en que el antagonismo del pasivo y del activo tienden al equilibrio. La *estrella de cinco puntas*, ha sido elegida como símbolo del hombre. Sintetiza, efectivamente, la unidad (entidad *ruach*) aliada a lo cuaternario. La punta superior es la voluntad deliberada que dispone del dinamismo interno (las puntas laterales) proyectado sobre el exterior, y del ve-

hículo material (puntas interiores). Arriba, el espíritu (pensamiento); abajo, la materia (instintos); en el centro, la fuerza (pasión). El *hexagrama*, formado por los dos triángulos equiláteros entrelazados, uno blanco con el vértice hacia arriba y el otro negro con su vértice hacia abajo, resume el dogma oculto en todas sus acepciones. Es evidente la analogía constitutiva del hombre y del universo; el antagonismo del bien y del mal; la identidad de todo proceso fenoménico, sobre todo la del agente de las Potencias de la luz y de las inteligencias tenebrosas. Un *cuadrado superpuesto a un triángulo equilátero* indica la reacción de la idea sobre la forma; el número siete es precisamente el de las realizaciones. *Dos cuadrados iguales*, una estrella de ocho brazos, o cualquier otra analogía con el número ocho, expresa la armonía de las formas, de las manifestaciones objetivas, de las eventualidades. Un *triángulo equilátero superpuesto* a un hexagrama, es la formal adhesión al ideal de rectitud, la conformidad a la ley inmutable de los mundos manifestados, los tres triángulos sefiróticos totalizados por nueve. El círculo, en fin, es la imagen del infinito, de la perpetuidad de los ciclos, de la Eternidad, y completa la serie de diez figuras.

Las inscripciones hebreas son de dos especies: unas están formadas por letras aisladas y las otras por palabras o frases. Deben ser interpretadas siempre en su sentido cabalístico o esotérico. Las letras, de las que más adelante se hallará ilustración, tomadas aisladamente, pueden significar:

Aleph. — La Unidad Absoluta o la entidad humana, el principio y la finalidad, los atributos ocultos del hombre.
Beth. — La oposición, el medio cósmico, el no-yo.
Ghimel. — El medio de acción, la relación, el proceso.
Daleth. — La potencia, la supremacía, la autoridad.
He. — El recipiente y el productor pasivo de las formas.
Vau. — El término medio de la unidad a la divisibilidad y recíprocamente, de las alturas y las profundidades, del Ser y de la nada.
Zain. — Las analogías y correspondencias de los mundos ocultos.
Heth. — El hiperfísico en acción.

Cesc. — La condensación, el aislamiento, la concentración, la resistencia de los entes.

Iod. — La eternidad del Ser y su principio abstracto.

Caph. — La utilización de la fuerza mágica, su papel individualizado y transitorio.

Lamed. — El movimiento extensivo y posesivo de apropiación y de consustancialidad.

FIGURA 19

Las veintidós letras del alfabeto hebraico usadas en los ideogramas mágicos

Nem. — El principio suscitador y devorador de las formas transitorias.

Nun. — El principio de las mezclas, que da lugar a la existencia individual.

Samech. — La perversión instintiva ególatra encerrada en su círculo, aislada de la impregnación espiritual, la entidad que se deja cercar.

Hain. — La materia y su conformación por el espíritu, la pasividad conmovida por la acción.

Phe. — La evocación de las potencias por el verbo.

Tsadé. — La suspensión, el obstáculo en movimiento para limitar la acción; el punto de antagonismo.

Coph. — Las armonías y las gracias de la naturaleza visible.

Resch. — El movimiento que procede de abajo.
Shin. — La subversión, su duración relativa y el astral entendido como agente suyo.
Tau. — El acuerdo mutuo de la voluntad y de las causas segundas. La armonía divina manifestada.

Las palabras aisladas o agrupadas, expresan bien el nombre divino o cualquiera de sus derivados: Iod He Vau He; Aelohim Adonai; Agla; Tetragrámaton o el de una de las inteligencias superiores, de un ángel, o bien de una fórmula expresiva de cualquier ley o proceso oculto (ver fig. 19).

Para conservar secretas sus inscripciones pentaculares, algunos iniciados han recurrido a claves cifradas del alfabeto hebreo. He aquí uno de tales sistemas criptográficos.

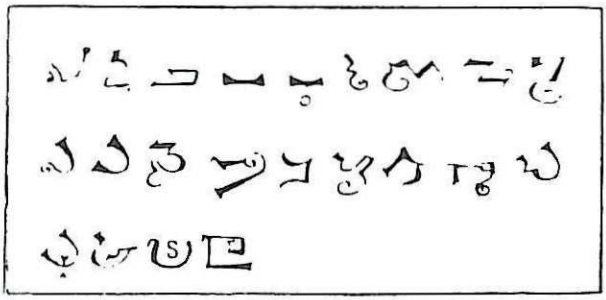

FIGURA 20

Criptografía mágica

Cada signo corresponde a una de las letras hebreas

El simbolismo astrológico bien conocido, se resume así.

Los practicantes de la magia ceremonial, tratan de utilizar la influencia de las constelaciones y de los planetas. O sea: 1.º eligen para cada operación el momento en que el cuerpo celeste bajo cuyo dominio se sitúa la obra emprendida está favorablemente situado en el Zodíaco y claramente visible. 2.º dibujan sus pentaclos entonces bien grabándolos sobre el metal correlativo al planeta eficiente, sea sobre un pergamino virgen, es decir, que no haya estado en contacto con ninguna contaminación fluídica, en tinta del color correspon-

diente a tal planeta. Según los cálculos tradicionales corresponden: *al Sol, l*as obras que tienen por objeto la vitalidad activa, pasionalidad anímica, conocimiento trascendente, influencia personal, notoriedad, dignidad, la felicidad, el poder, el amor de las mujeres, el oro, el amarillo y el carbúncu-

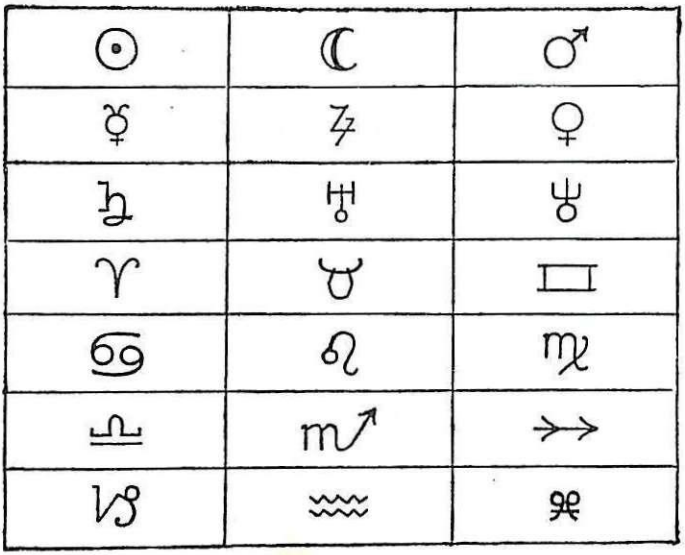

FIGURA 21

Los símbolos planetarios

lo. *A la Luna,* las obras que tengan por objeto la seguridad, la vitalidad vegetativa, la calma anímica, la inspiración, la presciencia, los viajes y la paz, la plata, el blanco y el diamante. *A Marte,* la obra que tenga por objeto la actividad, la combatividad, la ventaja sobre los obstáculos y enemigos, la dominación imperativa, la industria y cirujía, el hierro, el rojo, el rubí. *A Mercurio,* las obras cuyo carácter sea la adaptación, la habilidad, el movimiento, el comercio, el arte de la medicina, la diplomacia y cualquier búsqueda de resultados supranormales, el mercurio, multicolor y sardónice. *A Júpiter* la posición social, la familia, el bienestar, la vida

larga y fácil, las satisfacciones de ostentación, las dignidades civiles y sacerdotales, los bienes inmuebles, los grandes acontecimientos, el estaño, el azul, el zafiro. *A Venus*, la perfección física, la atracción por la armonía de las formas, el encanto, el amor de los hombres, la compostura, la decoración, acontecimientos de importancia media, el cobre, el verde, la esmeralda. *A Saturno*, la longevidad, la ciencia abstracta y profunda, la arquitectura, minas, tierras y tesoros enterrados, los conocimientos secretos, el plomo, el negro.

En cuanto al momento propiamente dicho se comprende, bien con relación a las posiciones reales de los cuerpos celestes indicados para cada año por las efemérides de Rafael o el conocimiento de los tiempos, bien sea en conformidad con los momentos en que reinan sucesivamente los espíritus de los planetas. Estos momentos, denominados «horas», comprenden en realidad:

Para cada hora de día la 12.ª parte del tiempo que transcurre entre la salida y la puesta del sol.

Para cada hora de la noche, la 1.ª parte del tiempo que transcurre entre la puesta y la salida del sol.

Estas «horas» varían necesariamente a lo largo del año. He aquí el cuadro de esta sucesión:

HORA DEL DIA	DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
1	Sol	Luna	Marte	Mercurio	Júpiter	Venus	Saturno
2	Venus	Saturno	Sol	Luna	Marte	Mercurio	Júpiter
3	Mercurio	Júpiter	Venus	Saturno	Sol	Luna	Marte
4	Luna	Marte	Mercurio	Júpiter	Venus	Saturno	Sol
5	Saturno	Sol	Luna	Marte	Mercurio	Júpiter	Venus
6	Júpiter	Venus	Saturno	Sol	Luna	Marte	Mercurio
7	Marte	Mercurio	Júpiter	Venus	Saturno	Sol	Luna
8	Sol	Luna	Marte	Mercurio	Júpiter	Venus	Saturno
9	Venus	Saturno	Sol	Luna	Marte	Mercurio	Júpiter
10	Mercurio	Júpiter	Venus	Saturno	Sol	Luna	Marte
11	Luna	Marte	Mercurio	Júpiter	Venus	Saturno	Sol
12	Saturno	Sol	Luna	Marte	Mercurio	Júpiter	Saturno

		DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
HORAS NOCHE	I	Júpiter	Venus	Sol	Saturno	Luna	Marte	Mercurio
	II	Marte	Mercurio	Venus	Júpiter	Saturno	Sol	Luna
	III	Sol	Luna	Mercurio	Marte	Júpiter	Venus	Saturno
	IV	Venus	Saturno	Luna	Sol	Marte	Mercurio	Júpiter
	V	Mercurio	Júpiter	Saturno	Venus	Sol	Luna	Marte
	VI	Luna	Marte	Júpiter	Mercurio	Venus	Saturno	Sol
	VII	Saturno	Sol	Marte	Luna	Mercurio	Júpiter	Venus
	VIII	Júpiter	Venus	Sol	Saturno	Luna	Marte	Mercurio
	IX	Marte	Mercurio	Venus	Júpiter	Saturno	Sol	Luna
	X	Sol	Luna	Mercurio	Marte	Júpiter	Venus	Saturno
	XI	Venus	Saturno	Luna	Sol	Marte	Mercurio	Júpiter
	XII	Mercurio	Júpiter	Saturno	Venus	Sol	Luna	Marte

Estas nociones, por sucintas que sean, serán muy útiles al lector y si continúa con el estudio del ocultismo, nos agradecerá haberle puesto desde ahora en antecedentes para otras exposiciones más elevadas, pero mucho menos accesibles para el principiante. Para completar e ilustrar esta breve exposición de la ciencia de los pentaclos, nos referiremos ahora a los que todos los especialistas están de acuerdo en proclamar excelentes. Primeramente el hexagrama o estrella del macrocosmos de la que ya hemos hablado. Invitamos a los que quieran utilizar los signos de apoyo en magia personal a trazar el pentagrama, el triángulo blanco con el vértice hacia arriba, sobre la cara anterior de un pergamino cuyo revés llevará: 1.º el pentagrama, en el centro y arriba, y 2.º el tridente de Paracelso en el centro y abajo.

El pentaclo especialmente relativo a la obra emprendida será compuesto por el interesado y dibujado en el centro del dorso, entre los dos precedentes (2).

El Pentagrama y el Hexagrama en manos de quien ha meditado suficientemente en ellos, y para quien es ya plenamente inteligible su expresiva síntesis, son verdaderamente eficaces. Subordinan a la voluntad del operador, identificado con la esencia psíquica cósmica, el astral y sus multitudes.

He aquí el tridente de Paracelso, que servirá entre otras cosas, de protección contra las entidades del mal.

«El tridente de Paracelso significa, dice Eliphas Levi, el ternario. Está formado por tres dientes piramidales superpuestos sobre una tau griega o latina. Sobre uno de esos dientes se ve una jod cortando una media luna por un lado, y por otro, una línea transversal, figura que recuerda jeroglíficamente el signo zodiacal de Cáncer. Sobre el diente opuesto hay un signo mixto que recuerda el de los Gemelos y el del León y cerca del León la cruz astronómica. Sobre el diente del centro está dibujada geroglíficamente la figura de la Serpiente celeste teniendo como cabeza el signo de Júpiter.

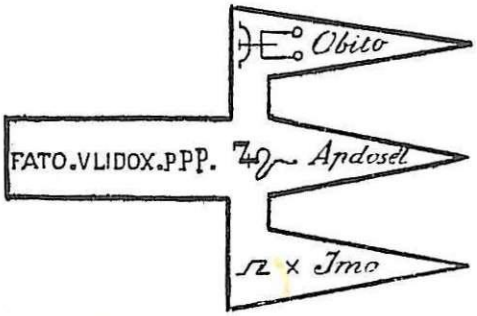

FIGURA 22

El Tridente de Paracelso

Al lado de Cáncer se lee la palabra *Obito*, aparta, retírate; y al lado del León se lee *imo*: A todo trance, persiste. En el centro y cerca de la Serpiente simbólica, está escrito AP DO SEL, palabra compuesta de una abreviación, de una voz compuesta cabalística y hebraicamente, y de una palabra completa y vulgar. AP (se lee AR) son las dos primeras letras de la palabra griega *arjé*, que significa principio; DO se lee od. Estas son las tres sustancias primeras y los nombres compuestos por la palabra *arjé* y *od* expresan lo mismo que el azufre y el mercurio para los antiguos filósofos. Sobre el mango de hierro por el que se empuña el tridente se observa tres veces la letra P, jeroglífico fálico y lingámico: y luego

las palabras VLI DOX FATO. La V de Vli se entiende como signo de lo quinario pentagramático y las tres expresiones: LI DOX FATO significan: *Libertate Doxa Fato. Libertad* absoluta; *necesidad* o *fatalidad* invencible, y en medio la *razón*, absoluto-cabalístico que hace el equilibrio universal. De este modo Paracelso representa el pasivo por Cáncer; el activo por el León, la inteligencia o la razón equilibradora por Júpiter o el hombre rey dominador de la Serpiente. Luego equilibra las fuerzas dando al pasivo la fecundación del activo figurado por el Sol, y al activo el espacio y la noche que hay que iluminar y conquistar bajo el símbolo de la Cruz. Ordena al pasivo: obedece a la impulsión del activo y ve con él por el equilibrio mismo de la resistencia. Y al activo resiste a la inmovilidad del obstáculo, persiste y avanza. Luego explica estas fuerzas adversas por el gran ternario central libertad-razón-necesidad.» (Eliphas Levi, *Dogme et Rituel de la haute magie.*)

La operación mágica propiamente dicha se llevará a cabo, periódicamente, así como la edificación metódica del plan de la realización proyectada. Cada sesión irá precedida de un período de elaboración y de condensación psíquica y seguida de un tiempo de reposo de igual duración. Por reposo hay que entender todo aquello que ayude a desviar enteramente la atención del operador de las obras en que trabaja y a reducir al mínimo su actividad mental. Luego, situado en el centro de un círculo trazado con carbón de madera por su mano derecha y con un estilete, espada, cuchillo o punzón cualquiera, especialmente comprado para la ocasión, a su alcance, podrá comenzar. Cada estadio se llevará a cabo como sigue: Primero, hacer pasar de la estabilidad al dinamismo la energía previamente condensada: movilizarla. Para ello, luego de una evocación de conjunto del plan y de un breve recuerdo del camino recorrido, se procede a la invocación de los móviles fundamentales que decidieron la acción y de los móviles particulares que hacen importante la obtención próxima de resultados nuevos, de los cuales depende la continuación del experimento. El operador se detendrá un momento, procurando darse cuenta de la situación total del proceso: objetivará todo lo que, mañana, deberá contribuir a la consumación de su voluntad, y se exaltará hasta que de los pliegues más profundos de su conciencia surja el eco de una

poderosa determinación de accionar las causalidades realizadoras...

Y en este momento es cuando los signos de apoyo intervienen útilmente. El operador, vuelto hacia el Oriente, se recogerá unos minutos considerando sus pentaclos recapitulando, concentrando, reuniendo, por así decirlo, todas sus energías.

Entonces, con la mirada audazmente dirigida ante sí, un poco más alta que la horizontal de los ojos, con la mano izquierda extendida, la derecha mostrando hacia fuera la cara anterior del pentaclo, hablará en voz alta. Invocará a las Potencias y las Esencias, solicitándoles que le asistan con sus energías; conjurará a todas las Inteligencias, a todos los Entes del mundo visible y del invisible, susceptibles, por su naturaleza, de serle útiles en sus planes, y ordenará al agente invisible, cuya naturaleza le fue expuesta en el capítulo VIII, y a los auxiliares hiperfísicos del hombre, que trabajen sin descanso por la objetivación de su obra, dictándoles, punto por punto, los resultados inmediatos que desea obtener. *Especificará siempre su deseo de salud, de seguridad y de longevidad para él y para los suyos, y su repulsa de las ayudas y causalidades que pudieran implicar cualquier contrariedad, perjuicio o accidente.*

Si el operador improvisa sobre la marcha la fórmula expresiva de su voluntad, la repetirá tres veces; si debe prepararla, la escribirá antes para leerla en el curso de la sesión, y entonces la dirá siete veces.

Hablará con voz clara, con determinación, calurosamente, manteniendo una tensión volitiva concentrada e imperiosa en sumo grado. Y acabará con una corta invocación a cualquier invisible fuente, con el fin de que la paz acompañe siempre a sus obras.

Volvemos a insistir en la necesidad de que a cada sesión siga un momento de expansión cerebral. Hay que saber situarse en un estado de relax, caracterizado por una serenidad perfecta. Las ceremonias religiosas, la audición de las obras maestras de la lírica, la música clásica, incluso los más pueriles motivos de distracción están indicados en este momento. Hay que saber aislarse pero también mezclarse en el ruido, dejarse absorber por cualquier trabajo material o ejercicio físico mesurado.

* * *

La ascesis integral, indispensable para el desarrollo del poder mágico, parecerá a muchos muy lejos de sus fuerzas o difícilmente compatible con sus ocupaciones. Pero si no pueden aumentar sus medios, podrán al menos tratar de alcanzar un máximo de buenos efectos. Cada hombre dispone de un cierto dinamismo psíquico cuyo potencial se eleva por medio de la ascesis, pero que en su estado original es ya una potencia. Veamos como puede ser utilizado. Algunas consideraciones precisarán esta posibilidad.

En un espacio de tiempo determinado, digamos unas semanas, todos nosotros emitimos una serie discontinua de pensamientos y voliciones, que, por las propiedades ocultas expuestas anteriormente, actúan sobre el astral de donde, por su efecto combinado, se derivarán tales o cuales eventualidades.

El más fugitivo pensamiento — concreto o abstracto — deja una huella duradera y contribuye a modificar los acontecimientos venideros. Toda persona, dotada de cierta memoria y de imparcialidad, podrá, al hacer recuento de sus recuerdos, observar un paralelismo entre su situación actual y el mundo de su actividad mental durante las semanas, los meses y los años precedentes. Lo que se insinúa no es que siempre haya de encontrar más analogía entre sus pasados deseos y su suerte actual. A menos que se esté constreñido por una educación psíquica especial o que se esté especialmente dotado, cada persona *experimenta* el caracoleo, el capricho, el ir y venir de sus estados de ánimo y comunica a lo invisible una serie de impulsos anárquicos que se anulan unos a otros por ser demasiado diversos y *muy frecuentemente antagónicos.* Al no crear, pues, ninguna virtualidad realmente poderosa no habría de resultar extraño que los acontecimientos que sobrevienen sean diferentes e incluso contrarios a lo que hubiese convenido que fuesen. Los impulsivos cuya conciencia deliberadora está adormecida y deja al inconsciente la iniciativa directriz, sufren las circunstancias creadas por aquellos cuyo espíritu está ocupado por una finalidad determinada.

Las ideas que circulan en el espíritu pueden provenir de

sensaciones *físicas* y emociones nacidas en el *astral*, o elaborarse por el juego de las facultades de lo *mental*. Algunas vienen de fuera, emitidas por otras mentalidades. Otras nacen bajo la incitación de influencias procedentes de nuestros pensamientos anteriores. Unas y otras determinan voliciones — impulsivas o deliberadas — cuya potencia realizadora se mide por su continuidad y su intensidad.

En tanto que se es movido imperativamente por brotes interiores y por solicitaciones de fuera, hay que considerarse como manejado por un encadenamiento fatal de leyes causales. Para resistir a este encadenamiento y convertirse en centro de creación voluntaria capaz de determinar juiciosamente total o parcialmente las eventualidades que se desean, hay que aprender a conducir el propio pensamiento.

No obstante, como ya sabemos, no sólo actúa éste exteriormente a nosotros, a distancia, en aquellos en quienes pensamos (o que tienen algo que ver con nuestro pensamiento) y crea así una atracción entre las mentalidades cuyo tono de vibración es idéntico, sino que genera también una acción sobre las causas segundas, sobre la trama de los acontecimientos. El escéptico se convencerá observando que todo se realiza como si fuese un plan exactamente proyectado; podría ser explicado, por otra parte, simplemente por los efectos del telepsiquismo humano considerado en sí mismo. Atraer hacia sí las mentalidades compatibles con los proyectos, los trabajos, los deseos y los sentimientos emitidos, ¿qué es, sino crear las circunstancias o al menos abonar el terreno en que nuestros conceptos pueden recibir su realización?

Siendo esto así, la multiplicidad de nuestros estados de ánimo es la única razón de que no realicemos ni obtengamos lo que hemos deseado. En efecto, no basta desear una cosa; además hay que abstenerse de desear o proyectar otra antagonista, y éste es sin embargo nuestro fallo principal. Querer a la vez el equilibrio fisiológico, el bienestar constante del estado de salud, e intensas apetencias sensuales; desear al mismo tiempo las luces del conocimiento y las satisfacciones pasionales; buscar simultáneamente la educación estética y una colosal riqueza; pretender la realización de una obra grandiosa y vivir un amor desenfrenado, es emitir dos corrientes de fuerza que tienden a neutralizarse.

Obsérvese que independientemente del grado de inteli-

gencia y del mayor o menor brío de las facultades, son los hombres cuyas *ideas se mantienen* más seguidamente, aquellos en quienes se observa un mayor paralelismo entre lo que quisieran y lo que tienen. Esta *perseverancia de las ideas* es más frecuente en *hombres de carácter* — por poco brillantes que sean — que entre hombres de intelectualidad muy cultivada. Éstos son capaces de conceptos más amplios, más sutiles, pero se pierden en mil detalles, mientras que el primitivo — si tiene un carácter de verdadero relieve — emite la mayor parte de sus pensamientos en direcciones convergentes; para decirlo con palabras de un humorista *no tiene suficientes ideas de recambio.*

Esta es la razón del contraste frecuentemente observado entre la mediocridad material y la superioridad moral, de un lado, y, por otro, entre la llamada complacencia del oro en ciertos espíritus rudos y groseros, pero pertinaces y recalcitrantes.

No faltan individuos condicionados de manera que ejercen una muy fuerte influencia psíquica sobre el plano virtual y para quienes el estudio de la ciencia oculta — el estudio de las leyes que manejan inconscientemente — sigue siendo absolutamente extraño. Se les puede ver realizar, por un esfuerzo sostenido, lo que desean, a pesar de todos los obstáculos. Pero como no suelen prever todo lo que pueden llevar consigo su ideación al cabo de años de trabajo para conseguir un resultado, se ven, con amargura, atropellados por circunstancias con las que no habían contado, pero que un poco de sagacidad les hubiera revelado como resultado lógico de su acción psíquica.

La mayoría de nosotros se crearía para sí un cierto grado de felicidad, sin que de ello se derivase un mal que no se busca — todo lo contrario — con sólo orientar convenientemente su actividad mental. Pero fascinados por todo fulgor de bien o de mal que brilla en el camino, víctimas de los prejuicios repetidos por la chusma acerca de lo que conviene asegurarse para ser feliz, persuadidos de que es muy difícil distinguir entre lo que hay que considerar preferible y lo que considera como tal el común de los mortales, se mueven y se desgastan y se consumen en persecución de un ideal compuesto de lugares comunes que a veces se alcanzan, pero que entonces resulta vacío e, incluso, amargo.

De todo esto se deduce la importancia de dirigir constantemente el pensamiento de forma que se determine el conjunto de las condiciones deseables para la armonía de la existencia: estado psíquico satisfactorio, progreso continuo de las facultades, circunstancias favorables a la realización de los medios materiales necesarios para conseguir la vida deseada, establecimiento de relaciones con las personas susceptibles de adaptarse a nuestras diversas aspiraciones, de favorecer nuestros asuntos, de apreciarnos como conviene, de comprendernos, de responder a nuestros sentimientos, de armonizar con nuestras tendencias sentimentales, intelectuales y morales; repulsión, o sea, imposibilidad de entrar en relación con nosotros y de obtener nuestra confianza, de aquellos que, al contrario que los precedentes, nos serían desagradables o nocivos.

Resumamos todo esto en una fórmula: *emitir conceptos convergentes.*

Emitir conceptos convergentes es comunicar al plano mental y al plano astral un haz continuo de determinantes, de agentes creadores complementarios y cuya analogía sea la apropiada para engendrar un máximo de efectos en un mínimo de tiempo.

Emitir conceptos convergentes es también evitar toda acción psíquica que conlleve elementos antagónicos entre sí, y suprimir todo despilfarro de fuerza mental.

Emitir conceptos convergentes es conducir el pensamiento de manera que los diversos objetos aislados a los que se aplicará concurran en una finalidad común.

Para ello es necesario que en nosotros *el ser de iniciativa razonada* domine al *ser impulsivo.* El primer paso en este sentido consiste en sustituir a la anarquía fantasista de los pensamientos por un esfuerzo directivo de atenciones. Para guiar a los principiantes entre los muy numerosos escollos del desarrollo psíquico, para permitir a las más débiles voluntades adquirir el vigor necesario para la maestría del automatismo, hemos publicado el volumen titulado *El poder de la Voluntad.* Esta obra supone que el dominio del lector sobre sí mismo es lo más débil posible: incluso considera los casos enfermizos en que la voluntad es casi nula. En él se hallará un ejercicio elemental que facilitará la aplicación de las enseñanzas de este volumen.

* * *

Antes de cerrar este capítulo hemos de hacer frente a una interrogante que su lectura habrá planteado sin duda alguna: ¿No es posible entonces echar mano de la ciencia oculta ante una necesidad inmediata, extraer de ella algún medio de acción utilizable ahora ya?

Sin duda alguna que sí. Consiste en la adaptación simplificada de la operación mágica integral, accesible sólo a los fieles de la ascesis cuaternaria.

Aunque nos hayamos esforzado por alejar de ella todo elemento específicamente peligroso, advertimos a sus posibles beneficiarios contra el empleo torcido o abusivo que pudieran hacer de ella y sobre todo contra sus aplicaciones sin discreción y alocadamente.

Cuando se trate de influir sobre alguien o de magnetizar una realización, el experimentador preparará:

1.º Sobre una hoja de papel una fórmula compuesta según su iniciativa en términos que recuerden claramente a su espíritu que es un centro de emisiones psíquicas; que se baña en un invisible océano etéreo, astral y mental en cuyas profundidades sus proyecciones volitivas ejercen un influjo directo; que el invisible agente que lo envuelve tiene como función principal evolucionar hacia la objetivación de las voliciones humanas.

2.º Sobre una segunda hoja de papel la descripción exacta y completa de lo que se desea obtener sin olvidar hacer constar que se desea sin perjuicio de la integridad de su salud y de sus intereses materiales; en una palabra, sin que su situación sufra perturbación alguna.

Es muy importante definir muy precisamente el objeto de sus deseos.

3.º Sobre una tercera hoja de papel, será necesario luego de haberlo combinado, trazar un *signo de apoyo*, o sea una figura que simbolice tan claramente como sea posible lo que se desea.

En el momento en que esté dispuesto, el experimentador cuya intención o cuya práctica no deberá ser conocida por nadie (comunicarlas sería ceder a una impulsión que derrocharía una gran cantidad de fuerza-deseo), se pondrá de pie

y con los ojos fijos sobre el signo de apoyo. Sin prisas, irá evocando mentalmente todas las condiciones que le han llevado a querer obtener lo que trata de virtualizar y continuará esta operación hasta que se manifieste en él el más intenso deseo.

Seguirá dirigiendo su pensamiento, y a fin de sintetizar en una rápida ideación las enseñanzas de este libro, tomará la fórmula n.º 1 y la leerá varias veces en voz alta percatándose claramente de su sentido. Luego, puesto en estado de actividad psíquica, deberá sentarse confortablemente y construir su imagen mental, contemplarla atentamente con un tranquilo esfuerzo de voluntad, y expresar: «Yo determino esto; lo llamo hacia mí y requiero a los agentes susceptibles de conseguir lo que deseo, etc., etc.» u otra afirmación apropiada. Después de unos veinte minutos, a menos de un desarrollo excepcional de la facultad de concentración y objetivación, la atención flaquea, pero si la operación ha sido rigurosamente ejecutada, el deseo persiste aún más vibrante. Para utilizarlo en su totalidad se echa mano de la fórmula n.º 2, se lee varias veces hasta grabar bien sus términos en la memoria y luego se repite en tono de orden a la vez calma e imperiosa.

El «signo de apoyo» sirve, fuera de la sesión matinal, para dos cosas. Primero para canalizar hacia la realización que se persigue la fuerza de los deseos reprimidos. Se puede copiar de nuevo este signo en una hoja de agenda, y colgarla en la pared de la alcoba, de la oficina, etc. En el momento en que uno se siente tentado por un impulso tendiente a la satisfacción de una inutilidad, dirige los ojos al signo de apoyo expresando mentalmente algo como: «Utilizaré la fuerza de este deseo para obtener el logro de lo que persigo por encima de todo».

En segundo lugar, cuando en un momento cualquiera una asociación de ideas traiga a la conciencia el objeto codiciado, se mira de nuevo al signo de apoyo afirmando: «La realización de esto está a punto de cumplirse; mi voluntad se cumplirá»; o algo análogo.

No hay que decir que es necesario repetir el proceso diariamente hasta obtener la completa satisfacción. Las personas que puedan disponer de su tiempo pueden proceder de otro modo. Después de tomar las precauciones oportunas

para no ser molestadas en diez, quince, veinte, o treinta días y de alejar de sí el mayor número posible de preocupaciones, dividirán su jornada en tres etapas: Sueño, búsqueda de impresiones sensoriales que ayuden a crear un estado de intensa vibración interna, y acción psíquica.

Cuando el sueño es tranquilo, profundo y uniforme permite acumular la fuerza nerviosa hasta un máximo de reserva. Al salir de este estado se cuenta con una suma de energía en estado estático que se puede dinamizar por diversos procedimientos. Prevenimos desde ahora a los experimentadores que a menos que sean capaces, estando sometidos a la mayor agitación interior, de conservar una perfecta calma exterior y de pensar con absoluta sangre fría, la dinamización artificial de la fuerza nerviosa conduce a impulsiones difíciles de contener. Los exuberantes locuaces, y los expansivos, aunque estén muy bien dotados desde el punto de vista de la energía, son incapaces de hacer la obra de voluntad porque están agitados por su propio ser impulsivo. Gastan sus fuerzas y quedan abatidos y sin posibilidad de esfuerzo voluntario. En éstos, el cuerpo astral domina al mental. Para servirnos de la comparación de Papus (la rienda y el cochero=mental; el caballo=astral, y el carro=*organismo*) diremos que el cochero es continuamente llevado allí donde el caballo quiere ir y es impotente para conducirlo.

El centro de los deseos, cuerpo astral, se dinamiza por un esfuerzo voluntario, por una serie de autosugestiones procedentes del mental (es lo que se ha indicado en el primer método), o bien dejando exaltarse a la imaginación o por reacción de diversas percepciones sensoriales, o también, por respiración profunda. He aquí un régimen combinado en este sentido:

1.º *Alimentación:* seca, medio cárnica, medio vegetal como base.

2.º *Respiración:* profunda y metódica según el manual Müller o cualquier otro análogo.

3.º *Percepciones olfativas:* mezcla de ámbar y almizcle.

4.º *Percepciones auditivas:* música alegre: marchas, danzas rítmicas. Música descriptiva e impresionista (Grieg, Debussy, etc.)

5.º *Percepciones táctiles:* mantener la temperatura a veinte o veinticinco grados.

FIGURA 23

La Fuerza

Clave 11 del Tarot

No es necesario decir que la alimentación prescrita (muy tóxica) sólo será temporal, durante el período de experimentación. Es prudente también compensarla de un día para otro con una dieta hídrica.

Después de la primera comida el experimentador saldrá y se ejercitará en una marcha muy rápida. Inmediatamente después buscará las excitaciones sensoriales indicadas, sobre todo la música. Luego procederá a la proyección mental ordinaria.

El aislamiento y la inercia mental hasta el momento de la experiencia propiamente dicha, ayudan considerablemente: el operador debe condensar sus fuerzas y dinamizarlas por medio del sueño y del régimen de excitaciones sensoriales. Pero todo esto será una pérdida de tiempo si no evita, absolutamente, hablar, moverse, y derrochar sus vibraciones continuamente.

En el momento en que todo lo que precede le haya puesto en estado de elevado potencial, el experimentador evocará vehementemente todos sus motivos de desear y de querer.

Construirá luego una imagen mental, como ya hemos dicho, y la proyectará con toda la intensidad vibrante de la que sea capaz. Las prescripciones anteriormente indicadas, permiten concentrarse e irradiar más ampliamente.

La 11.ª llave de Hermes indica la supremacía del pensamiento sobre la fuerza bruta que parece reinar en la tierra. El jeroglifo de esta clave es una joven, cuyo sombrero afecta la misma forma que el bufón del primer arcano, y que mantiene separadas, sin un esfuerzo muscular aparente, las mandíbulas de un león. El signo del infinito evoca aquí el inconmensurable poder de las energías psíquicas e hiperfísicas que rigen invisiblemente el mundo elemental. (Fig. 23, página 138).

NOTAS AL CAPITULO XI

(1) El pentaclo perfecto será el que exprese su objeto de manera tan clara y precisa que sea imposible modificarlo sin alterar su sentido. Para cada concepto hay una manera, y sólo una, de expresarlo gráficamente y con una adecuación rigurosa. Se explica, pues, que la búsqueda de esta representación ayude a fijar los conceptos. La heráldica es un arte absolutamente pentacular y en el

origen de las armas parlantes se hallaría la intuición del poder de los signos de apoyo.

(2) La tinta requerida para dibujar los pentaclos se compone de las sustancias siguientes:

Agalla de roble: 50
Sulfato de hierro: 25
Goma arábiga: 30
Agua: 80.

Las agallas de roble se pondrán en el agua hirviendo; se las deja allí durante veinte horas, transcurridas las cuales se añadirán los restantes ingredientes.

Capítulo XII

RESISTENCIA, OPRESIONES Y PASIVIDADES

Sería necesaria una visión impecable y excepcionalmente luminosa de las causalidades para estar seguro de haber ordenado con tanta precisión el proceso de las realizaciones que se buscan, que se objetiven exactamente según nuestros deseos. Los experimentadores pues, no deberán dejarse desconcertar por las aparentes contradicciones que se manifiesten, entre las eventualidades sucesivamente observadas en el curso de un período de acción oculta. A menudo, por no decir siempre, se impone un camino hacia el que uno se halla atraído que conduce más directamente que aquel que en un principio se había elegido, al fin esencial hacia el cual tiende la voluntad. La no conformidad de las circunstancias con las exigencias del verbo puede significar su repulsa a cualquier dificultad imprevista; puede también querer dar a entender que, por el hecho mismo de las adjuraciones mágicas, una serie causal ha sustituido a la que en un principio habíamos imaginado como el camino más corto para llegar al final. No obstante, a la larga, la persistencia se impone, y poco a poco anula las resistencias, sortea las influencias adversas, elimina los obstáculos y pronto deja entrever la meta, cuando aún parecía lejana. Una tal firmeza mantiene en jaque los intentos de reacción por medio de los cuales el antagonismo tiende a disgregar toda resuelta iniciativa.

El dominio exterior, siempre proporcional a la anarquía interior, es concedido gradualmente a cada uno en la medida en que él haya sabido dominar su psiquismo individual. No obstante, el adepto, que ante la alternativa entre soportar su no-yo, y dominarle, se decide por el cetro dispensador de

servidumbres, considerará tranquila y lúcidamente las posibles contrariedades, y las interpretará como un aviso para analizar cualquier posible insuficiencia, y como una invitación a un esfuerzo mayor.

Fijarse una orientación, una meta, una ley equivale a convertirse en centro de atracciones y dispersiones. Fijarse una orientación, una meta y una ley justas es colocarse en el camino del reino perfecto. Además de los efectos de lo que hemos venido llamando fuerza de retroceso consecuente a toda arbitrariedad o subversión, el dominio del poder oculto se resiente necesariamente de toda pasividad, ya que ésta es en definitiva un abandono. El hombre que observa las leyes fisiológicas es activo en el plano causal de la salud y de la enfermedad. El que lucha inteligentemente por la vida es activo en el plano de la seguridad y la disfruta en la medida de su rectitud de juicio; y sus disgustos o desgracias expresan siempre una falta de aquél. El hombre que transgriede las leyes éticas deja engendrarse un mal que él será el primero en sufrir. El agnóstico, en fin, aislado de la esfera de la que irradia toda luz (1) espiritual deja perpetuarse en su conciencia superior la oscuridad: especie de pasividad, la más funesta de todas, ya que entraña los peores desvaríos.

El único recurso posible contra la fatalidad en todas sus clases, es por tanto, la actividad en todos sus modos. Anteriormente ya lo habíamos mencionado con su verdadero nombre: iniciativa.

La inercia o pasividad, tiene grados, pero es fácil hallar ejemplos de inercia casi total, sin buscar demasiado. Los cabalistas la representan por medio del pentagrama con la punta hacia abajo, enmarcando un hombre en posición invertida o una cabeza de macho cabrío (Fig. 24, pág. siguiente).

La cabeza se hunde bajo el peso del cuerpo que la arrastra hacia las regiones inferiores. Este es el jeroglífico simbólico de los muchos que se enfangan en la cloaca material. Las apetencias de *Gouph* y la pasionalidad de *Nephesch* gobiernan a *Ruach* reducido a la servil condición de instrumento abastecedor.

De este modo las facultades y potencia del alma se malgastan únicamente en satisfacer las exigencias del inconsciente. La animalidad y la pasionalidad se alzan con el mando y gobiernan despóticamente por el espasmo o la euforia. Si son

vehementes y autoritarias engendran un verbo que magnetiza poderosamente y en el que se puede reconocer el agente de brillantes acontecimientos cuya duración mide la amplitud de la inevitable y catastrófica fuerza de retroceso.

Este transmuta, en sus fábricas-prisión, la sangre del pobre en reluciente metal, con el que llena sus cofres: el cas-

FIGURA 24

Pentagrama representativo de la subversión

tigo está sobre él. Este otro se juzga hábil porque burla con la ayuda de fraudulentos artificios la ley del trabajo: pronto sus facultades se negarán a colaborar en cualquier sutileza, degenerará y tras la ruina vendrá el trabajo duro y anónimo. Tal cirujano opera con precios abusivos, tras un diagnóstico tan urgente como falso: ya ha conseguido la realización en él del fantasma terrible de la enfermedad que tan frecuentemente magnetizaba. A la abortadora que se presta solícita a

perpetrar el cobarde infanticidio, pronto el vampiro asesino vendrá a llevarle su propio hijo. Los obscenos escritos de aquel escritor suscitan el libertinaje y el libertinaje vendrá a tentar, a seducir y a perder a su esposa y a su hija...

Iniciativa y dominio de sí son dos principios cuya transgresión lleva consigo, en sí misma, el castigo. Sin ellos la vida orgánica, mal ordenada o francamente desordenada, conduce al sufrimiento físico, la vida afectiva se resuelve pronto en llaga, la vida intelectual en impotencia y la vida volitiva en infamante servidumbre.

Será pues un gran día aquel en que sobrevenga el despertar de esa especie de sonambulismo en que se hallan inmersos tales dominios de la naturaleza humana y en el que tantos individuos pasan su vida. Obrar como verdadero mago es gritar a los aletargados ese *Surgite!* (¡Levantaos!) liberador.

Además de la sugestión hipnotizadora de las espontaneidades inferiores, sobre la cual acabamos de proyectar la luz iniciatica, hay otro fenómeno, también relacionado con los postulados ocultistas, que ha de encontrar aquí su lugar. La ciencia moderna ha puesto de manifiesto experimentalmente su realidad, después de que el suspicaz doctor Braid pidió prestados al ilustre Du Potet los procedimientos por los cuales se suspenden momentánea y completamente las facultades consciente del cerebro. Los aprendices de esta nueva manifestación de una ciencia secular quisieran reducir a su fase exclusivamente material el fenómeno que llamaron hipnotismo. Un ejemplo entre miles de lo que la conciencia intelectual puede verse afectada cuando se escinde de la superconsciencia, los Charcot, Dumontpallier, y sus discípulos, empecinados por su materialismo en los límites de la hipótesis positiva, se apresuraron a integrar en la más insignificante de las secciones del psiquismo todos los hechos más o menos maravillosos: la lucidez se convertía, para ellos, en alucinación pura y simple; la transfusión vital de los magnetizadores, se explicaba por la colaboración — decían — de la imaginación del paciente, y las telestesias y telepatías — que no podían obtener ni repetir — las negaron.

Ya hemos señalado en nuestro *Método científico del Magnetismo, Hipnotismo, Sugestión y Telepsique* a (1) cómo de un fenómeno a otro, los modernos investigadores contemporá-

neos fueron poco a poco comprobando que más allá de los límites asignados por Braid y los suyos a las posibilidades de influjo psicológico, se extendía un amplio campo de características misteriosas, cuyo horizonte desafía aún a la perspicacia del hombre.

Nuestros lectores conocen ya la manera en que el pensamiento deliberado o espontáneo se transmite a través del medio hiperfísico ambiente y las repercusiones que tienen lugar sobre los centros individuales de emisión psíquica que somos cada uno de nosotros.

Las tormentas tronaron durante siglos antes de que nos apercibiéramos de la inmanencia de este agente del cual el rayo sólo es una manifestación aislada.

Igualmente las comunicaciones de pensamientos con repercusiones instantáneas, hoy ya fuera de dudas gracias a algunos sagaces investigadores, no han dejado presentir, nada más que a un reducido grupo de iniciados, el fenomenismo incesante de la telepsiquia.

Aparte de las «televisiones» y «teleaudiciones» que lo testimonian la excepcional instantaneidad de repercusión, y la influencia mutua de las mentes representa el último misterio avalado con la firma de los sabios.

Las investigaciones de los psicólogos en el dominio del inconsciente, llamado por otros subconsciente o conciencia subliminal, aclaran singularmente el problema telepsíquico. Ya sabemos que todos los estados de conciencia resultan de un complejo elaborado en las profundidades insondables de ese mecanismo intelectual que, sin que lo sepamos (1), funciona dentro de nosotros mismos.

Sin duda alguna nuestro inconsciente recibe y queda impregnado del efluvio de innumerables proyecciones psíquicas, al igual que impresiona, de manera tanto más insidiosa y difícilmente controlable cuanto que es absolutamente oculta, no sólo a aquellos en quienes pensamos, sino también a otros inconscientemente relacionados con nuestros propios pensamientos.

¿Cuántos individuos viven bajo el yugo sugestivo de cualquier personalidad fuerte, más o menos interesada en crear esta esclavitud cerebral y por otra parte, muy frecuentemente alejada de un conocimiento, ni siquiera vago, de la ley de influencias psíquicas? Basta ser espontáneamente volun-

tarioso, en un grado exaltado, para imponer a otro la repercusión dominadora de los deseos, las pasiones y las ideas.

Dejamos al lector la tarea de medir por sí mismo los límites de esta posibilidad y de comprobar el peso masivo de las colectividades sobre el individuo. De ese modo se dará cuenta exacta de lo que es ese poder que se llama opinión y a la que nadie — según dicen — desafía impunemente. Lo cual no quiere decir que haya que parapetarse tras ella, sino más bien aislarse de ella por densificación psíquica, a no ser que se pretenda, valiéndose de varios auxiliares individuales, crear una cadena colectiva de la que se dispondrá a propio gusto. Esta cadena de voluntades, esta batería hiperfísica, se constituye a veces espontáneamente para provecho de aquellos que saben unir simpatías separadas o imponerse por su superioridad psíquica. Esta cadena puede también constituirse entre invisibles únicamente, pero esto es ya un gran misterio.

La ascesis del capítulo IX que proporciona la facultad de abrirse o de cerrarse a las influencias exteriores, da a quien alcanza el honor de vivir y pensar rigurosamente al abrigo de cualquier esclavitud oculta — en particular de sus formas humanas — la llave de la prisión en que todos los demás se consumen (2).

El personaje de la 12.ª clave de Hermes, recuerda al pentagrama invertido del que hemos hablado más arriba. El hombre colgado que representa esta carta del Tarot, lo está por un pie. Su cuerpo pende vertical entre el cielo y la tierra, circunscrito rectangularmente por los tres maderos del instrumento de suplicio y la línea de tierra. Sus brazos, atados a la espalda, sostienen aún, apretados contra los lados del cuerpo, dos bolsas de monedas preciosas, que se le escapan y caen una tras otra al suelo bajo la fuerza de la gravedad. Podemos ver en esta figura la imagen del hombre sujeto y atenazado por una fuerza instintiva, pasional o psíquica que le priva de la disponibilidad de sus medios de acción y le deja sin el beneficio de sus más preciosas facultades.

Tomada en un sentido inversamente análogo, la doceava carta expresará el sacrificio voluntario, la renuncia de todo progreso material, cuyos móviles, limpios de todo egoísmo, pertenecen enteramente al dominio de lo espiritual. Por más que se diga, los tiempos heroicos persisten: siempre habrá

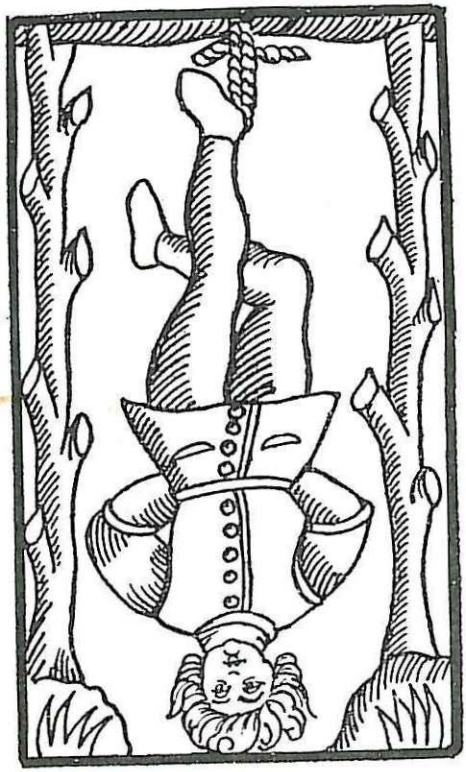

FIGURA 25

El Colgado

Clave 12 del Tarot

mártires, santos y cimas humanas desprovistos, por así decirlo, de cuanto aparentemente caracteriza todo lo humano.

Y es que el egoísmo, el amor propio, ese fermento necesario y sin el cual la inercia aniquilaría al ser desde el mismo principio, pero cuyo absolutismo es igualmente destructor, se eclipsa progresivamente si se le educa según la norma. A su fase inicial, brutal, anárquica (el primitivo) sucede el estadio en que la fusión de la inteligencia y del animismo tiende a la ordenación interior (el voluntario) y luego llega el momento en que los móviles colectivos se imponen y se extienden, relegando a los móviles individuales. Esto es en definitiva la aparición del hiperconsciente, la extensión progresiva de una afirmación trascendente del yo, la evasión hacia la definitiva serenidad.

NOTAS AL CAPITULO XII

(1) En una obra anterior decimos lo que sigue: «El misterioso subconsciente de los filósofos modernos, estudiado algunos siglos antes que ellos por los discípulos del hermetismo bajo el nombre de *cuerpo astral*, es el que guarda la musa del poeta, la inspiración del compositor, el genio del gran hombre y el talento, las facultades y los instintos de todos». (*Las Marques révélatrices du caractère et du destin*).

(2) En su delirio subversivo, esos pretendidos individualistas que son los anarquistas reivindican el derecho a vivir fuera del juego de las reglamentaciones sociales, a fin de *entregarse* sin frenos a las diversas impulsiones precisamente contenidas por la ley. En ellos el desconocimiento de lo oculto oscurece aún más la inteligencia. El verdadero individualismo comienza por la ordenación interior. ¿Cómo se puede luchar contra la colectividad organizada y ni siquiera sustraerse a su influencia, si no se saben disciplinar los medios propios de defensa y de acción?

Capítulo XIII

EL MISTERIO DE LA MUERTE

Veíamos en el capítulo primero cómo la hipótesis — ortodoxa hoy — de un organismo puramente material se ve refutada incluso en el dominio de la fisiología. Hemos visto también que la concepción cabalística de la individualidad humana ha sido común con algunas variantes aunque insignificantes, a todas las teogonías. Su más simple expresión, el terno alma, cuerpo astral, cuerpo físico, concilia las tesis en apariencia más diversas. Además aclara los puntos más oscuros de la psicología moderna.

Un vehículo denso, individualización temporal de materia física; un doble o cuerpo sideral que anima al primero, y un principio consciente que dirige el conjunto. Estos son los elementos esenciales.

¿En qué para este complejo cuando su principio tangible, gastado o roto, deja de funcionar bajo el impulso animador del doble? Únicamente los que han explorado el más allá, bien por percepción o clarividencia, bien por desdoblamiento o salida en cuerpo astral, poseen a este respecto una certeza experimental. A los demás se nos presentan una serie de hipótesis. Examinemos las del ocultismo.

Podemos resumirlas así: con la muerte física, la entidad psíquica unida al cuerpo astral se exterioriza del cádaver orgánico y, dejando allí esta vestimenta que se ha hecho inútil, prosigue su evolución en las nuevas condiciones.

Hermes proclama que lo desconocido es análogo a lo conocido. Este principio jamás ha fallado en sus manifestaciones comprobables. Lo admitimos por tanto en lo que concierne a los fenómenos que están fuera del alcance de nuestro control

experimental. *Lo que está arriba es como lo que está abajo,* se nos dice en la *Table de Emeraude.* Es ésta la afirmación de una analogía entre el nacimiento y la muerte. De la misma manera que el feto deja de desarrollarse para pasar de la vida impersonal a la vida individual, cuando llega el momento, el hombre se desencarna para nacer a la vida astral. *El momento siguiente a la muerte se distingue del anterior a ésta poco más o menos en la misma medida en que la víspera del nacimiento difiere del día siguiente de él.*

La posibilidad en el curso de la vida terrestre de exteriorizarse del cuerpo carnal, fenómeno llamado desdoblamiento o bilocación, ha podido ser determinado en personas situadas previamente en estado letárgico provocado, el más profundo de los estados hipnóticos. La ciencia oculta conocía mucho antes que los modernos investigadores, la *salida en cuerpo astral,* del que debemos ocuparnos, aunque sólo sea brevemente y para prevenir, a los que gustan de emociones, de los peligros de toda tentativa insuficientemente preparada.

Los Magos de la antigüedad, dueños por medio de la ascesis de sus vehículos físico y astral, y aptos por consiguiente para conservar la integridad de su lucidez y de sus incursiones en lo invisible, se entrenaban metódicamente para la obtención del estado posletárgico, precursor del desdoblamiento, y del desdoblamiento propiamente dicho. Los que practican la magia negra, incapaces de gobernarse, en rebelión declarada contra toda norma, han querido también disfrutar de la prerrogativa de la bilocación. Para ello han sustituido el entrenamiento de la voluntad, por la acción de tóxicos, por ingestión o inyección, que proyectan la entidad psíquica fuera de la prisión orgánica. En el capítulo XVIII veremos las posibilidades de la que pretenden usar los goecianos, liberándose de su vehículo físico, posibilidades perversas y desde más de un punto de vista criminales.

En estos últimos años se ha preconizado un método intermedio, fundado en la tendencia exteriorizante del sueño natural. Aparte de la inconsciencia a que quedan sometidos durante sus tentativas, logradas o no, los adeptos de este método, están expuestos, al igual que los brujos, a choques hiperfísicos, a emociones desorganizadoras, al asalto de las entidades vampíricas del plano astral, a la locura y a la muerte. Por supuesto, un entrenamiento, recomendado siempre

por los iniciadores en el arte del desdoblarse, durante el sueño natural, es indispensable *en la mayoría de los casos*, como condición ineludible de la obtención del fenómeno; y entonces no hay nada que temer, ya que si rehúsan someterse al esfuerzo metódico que se les propone, no obtendrán ningún resultado. Y si llevan a cabo aquel entrenamiento, su condición psíquica se fortalece lo suficiente para inmunizarlos. No obstante, si bien la mayoría de los humanos tienen *el alma inestricablemente unida al cuerpo* y difícilmente exteriorizable, otros, en cambio, más o menos médiums por naturaleza, se desdoblan con extraordinaria facilidad. Estos últimos, siempre impresionables en exceso, deberían tratar de equilibrar su salud física y de desarrollar su impasibilidad moral, antes que buscar el acceso a la región astral, acceso que, en definitiva, tenemos todos asegurado, incluso los menos entusiasmados.

Arrojar un niño a la selva, entre malezas y animales, en un ambiente y en una topografía para él desconocidos, no sería más insensato que aventurarse sin madurez psíquica, y sobre todo sin un guía experto, en ese elemento cósmico, cuyo carácter temible han podido apreciar los lectores en el capítulo VIII.

Adoptando la enseñanza de los antiguos templos, el Maestro Hector Durville, a quien lo desconocido ha debido ya desvelar todos sus secretos, recomendaba a los que quieren desdoblarse:

a) Un entrenamiento análogo a la ascesis del capítulo IX.

b) La práctica diaria del *aislamiento*. Llamaba así a un estado sólo alcanzado íntegramente a cambio de grandes esfuerzos y que engendran por sí mismo la exteriorización.

El ejercicio más propio para conseguir el *aislamiento* fue descrito por Hector Durvillè en su obra *Magnetisme Personnel*. Estas son, según nuestro criterio, las fases sucesivas:

1) Se trata antes de nada de imponer al cuerpo físico una pasividad completa. Para ello lo mejor es tumbarse cómodamente. La atención debe recorrer uno a uno todos los músculos, a fin de relajarlos, de suspender perfectamente la actividad del conjunto muscular. Se llega así a la más absoluta inmovilidad.

2) La inercia locomotriz predispone a un retardamiento de la actividad intelectual, fácil de advertir y que degenera en

sueño natural profundo en aquellos en quienes las energías psíquicas no están suficientemente condensadas. Igualmente, si no se domina esta condensación por la ascesis, la experiencia se interrumpe por sí misma.

3) El experimentador, abandonado ahora a su automatismo, observa su agitación cerebral, agitación que debe suprimir. La intención, mantenida sin tensión voluntaria de ninguna especie, dirigida a ir eliminando la elaboración de los pensamientos, constituye la clave del aislamiento. Sería insuficiente esta intención, sin preparación, y ni siquiera con unas pocas sesiones, para conseguir la suspensión completa de los pensamientos. Poco a poco, la calma sustituye a aquella agitación y aun entonces el sueño vence a los experimentadores optimistas. Pero después de algunas semanas de tentativa diaria, momentos cada día más prolongados marcan un primer progreso. Luego esta situación se prolonga y más tarde subsiste apenas turbada por alguna reacción. Al final este estado llega a hacerse uniforme. Es el *aislamiento.* En esta situación la agudeza sensorial se halla considerablemente atenuada. Los ruidos de fuera son indiferentes, así como las sensaciones visuales, olfativas o táctiles. Se encuentra en una disposición análoga a la de la persona de tal manera absorta que no escucha a quien le habla. Y comienza la exteriorización.

4) Se tiene la impresión de no estar ya integrado en los estrechos límites del cuerpo físico. Se siente uno como elevado, paralelamente a aquél, algunos centímetros. Ninguna aprehensión, sino una serenidad y un bienestar casi de nirvana.

5) Llegado a estos resultados y capaz de aislarse así en algunos minutos, se sustituirá la intención primitiva de estasis intelectual por la de exteriorizarse cada vez más, y la experiencia se proseguirá sin descanso, consagrando a ella una hora, poco más o menos, cada día. Más adelante, la evolución de las posibilidades bilocatorias tomará el curso adecuado a las predisposiciones de cada uno. De modo que algunos comenzarán a percibir el medio astral bajo el aspecto de una luz o de una sombra difusa, en donde las formas, las imágenes, las siluetas, se fundirán poco a poco; otros recorrerán sin gran esfuerzo el espacio hiperfísico y los dobles de los vivientes le serán perceptibles antes que el plano astral

en sí. De todas formas estos dos ejemplos no resumen en absoluto las infinitas posibilidades que pueden presentarse.

Sin embargo, está también el candidato al desdoblamiento inevitable de última hora: el moribundo inmerso en el coma liberador de sufrimientos patológicos. Supongámosle suficientemente iniciado en el terreno de lo oculto y, más aún, llegado a un grado suficiente avanzado de conciencia. Sabía que la vida terrestre constituye un estado transitorio, que todo cuanto poseemos, desde nuestro organismo, hasta nuestros bienes constituyen los instrumentos, los medios de evolución temporalmente apreciables, de los que debemos usar con la mira puesta en las adquisiciones psíquicas, definitivas y sin aficionarnos especialmente a ellos. Una intuición muy clara, una lucidez particular ha informado de su fin a quienes buscaron la verdad tras las ficciones y las realidades tras las apariencias. Aunque la debilidad humana haya mezclado esta idea con una cierta aprehensión, muy comprensible, cara a lo desconocido, las últimas horas son para él horas de pleno conocimiento, tranquilo y decidido. Teniendo entonces una idea suficientemente clara del fenómeno del cual él mismo va a ser sujeto y objeto, se ha preparado con la meditación... Una vez que su cerebro material ha dejado de funcionar, una especie de letargo ha eclipsado su entendimiento y al cabo de algunas horas, de algunos días, la inercia completa de sus órganos ha sido debidamente constatada por la Facultad.

Inmediatamente antes de exhalar el último suspiro, el alma del moribundo, transportada por su doble se había exteriorizado de él y el gesto vago, espasmódico, que le vieron hacer los asistentes con su mano derecha (1) al nivel del epigastro traducía su último esfuerzo para romper el *lazo fluídico* por el cual el doble sideral está ligado al cuerpo y al doble etéreo. Este es el lazo extensible que permite las bilocaciones muy lejanas.

En su nuevo estado, el desencarnado — a no ser por un excepcional conocimiento de los planes invisibles — no se da cuenta exacta de la situación. Serán necesarios, como al recién nacido que fue, un tiempo de adaptación, siempre variable, y la influencia de sus guías: padres, amigos, maestros, que le hayan precedido al más allá, o bien la ayuda de

entidades superiores atraídas por él. No obstante, el neófito, incluso el teorizador del ocultismo, se halla mucho menos desplazado que el profano.

La permanencia *post-mortem* en el astral reserva para cada hombre una suerte y unas impresiones diferentes, según el futuro que él se preparó en vida. Los menos evolucionados, aquellos cuyas necesidades y emociones inferiores constituyeron para ellos su principal preocupación, sufren un estado de turbación más o menos doloroso. Sus deseos, apetencias, preferencias y afectos materiales les agitan aún (porque es el doble el que los manifiesta a manera de automatismo inconsciente) y les incitan obstinadamente hacia un plano en lo sucesivo inaccesible, hacia aquello cuya ausencia del cuerpo físico pone fuera de su alcance a su pesar. Esto constituye para algunos una verdadera tortura. A ésta se une la acción vampírica de las larvas engendradas durante la vida terrestre y cuyas incitaciones se tomaron como propias. El alma, más equivocada que perversa, consigue poco a poco distinguir en ella el producto de un error intelectual, pasional o instintivo y oponerles la repulsa y el esfuerzo inteligente y volitivo que les aniquila. Es la última confesión cuya penitencia será íntegra. La ablación de estas larvas, convertidas en algo propio, en una suerte de falsa personalidad que se consideraba la propia, por una larga intimidad, hiere en proporción a la adhesión que se les concediera en otro tiempo. Esta cirugía hiperfísica necesita una iniciativa psíquica por cuyo cultivo y desarrollo el adepto se felicita entonces. Allí como en todas partes, existen los intrépidos y los pusilánimes, pero el solo esfuerzo eficiente se llama, puede llamarse, fuerza de alma.

La asistencia prestada al alma que se enfrenta a sus oponentes por el invisible, por el pensamiento o por la plegaria de los vivientes le llega bajo la forma de un sostenimiento de sus energías combativas y no de una ayuda cualquiera, como tiende a hacer creer el exoterismo religioso. Toda devoción que tenga por objeto la asistencia de los difuntos constituye pues un acto muy meritorio de caridad. Las ceremonias y oficios culturales ayudan considerablemente a situarse en el estado de conciencia más favorable para asistir a los desaparecidos; más aún — aunque no todo el mundo es apto — la meditación establece entre la tierra y el más allá

FIGURA 26

Clave 13 del Tarot

La Muerte

una comunicación simpática, de la que los iniciados se han servido muchas veces.

Para el adepto, cuyo desprendimiento ya depurado en la vida se prolonga hasta el astral, cuya ascesis redujo la pasionalidad, cuyo estudio y esfuerzo de asimilación desarrollaron el entendimiento, cuya rectitud le ha hecho merecedor de los recursos dispensados por la Providencia, la purificación astral es mucho más llevadera que en el caso anterior. Al principio, la acepta como una prueba necesaria; y en seguida se despoja de buen grado de todo el molesto residuo de sus defectos.

Y éste es, brevemente expuesto, el final de la etapa purgatorial. El alma vuelta a su pureza primitiva abandona su ropaje astral — que flotará desintegrándose poco a poco — del mismo modo que se había separado de su vehículo físico. Conservará de su paso por la tierra, una huella predestinadora que el ocultismo oriental localiza en un elemento especial, el cuerpo causal, y, luego, una estadía en el seno de la esfera propia a su esencia, hasta el momento en que, para completar un nuevo periplo hacia la definitiva perfección, necesitará recibir de la sustancia hiperfísica un nuevo cuerpo astral; la constitución y consolidación de este último, que deberá responder a nuevas exigencias y poseer nuevos medios, serán determinadas por la huella causal en cuestión.

Las encarnaciones o vidas, universalmente profesadas por las religiones orientales, lo son también, aunque bajo apariencias diferentes, por todas las tradiciones esótericas. Según ciertas escuelas, nosotros deberíamos reencarnarnos varias veces *sobre la tierra*, mientras que otras se cuidan mucho de especificar los lugares sucesivamente propuestos por la ley de evolución a la individualidad humana, para así ponerla en presencia de los múltiples aspectos de la realidad.

El concepto del fin último difiere también según las Escuelas. No obstante, podemos sintizarlo con la idea de reintegración del alma a la esfera espiritual. Sería la correspondencia inversamente análoga, de la emanación primitiva.

Como vemos la ciencia oculta nos proporciona a propósito del misterio más profundo una solución igualmente alejada de los dos extremos: el materialismo que elimina el entendimiento con el complejo orgánico del que sería una simple función y el dogma extendido por las religiones de Occidente

de una sola encarnación seguida, inmediatamente, luego de una fase bastante parecida al despojamiento astral, de una eternidad de sufrimiento o de beatitud decididos por la justicia divina para cada uno según sus obras.

Muy lejos de nosotros la menor intención de discutir o polemizar, convencidos como estamos de que en semejante materia, cada uno recibe espontáneamente, de manera intuitiva, las luces que su grado de transparencia psíquica deja filtrar. Nos limitaremos a señalar con cuántas reservas el clero habla de todo lo concerniente al eterno castigo (2). Hay que convenir también en que el terror del infierno reacciona de tal manera contra la materialidad de los íntimos pensamientos que aunque no existiera su invención no ha sido en absoluto inútil. Se infunde más fácilmente el miedo al sufrimiento que la Veneración a la Rectitud, o dicho de otra forma, el Amor de Dios.

Por otra parte, la Ciencia Oculta enseña que quienquiera que por adhesión radical a la perversidad renuncie a su superior destino para convertirse en la tierra, y luego en lo invisible, en un auxiliar del espíritu del mal, se hace reo de una gradual aniquilación. Tales son los malos espíritus auxiliares de los magos negros. Así, tras la muerte física, los condenados serían conducidos al seno del astral, con sus obras suscitadoras de muerte, de egoísmo, de odio y de instintividad, hacia el no ser final.

Un último problema se nos plantea, relacionado con la muerte. Algunos, tras el célebre Alan Kardec, en quien recae la responsabilidad de una moderna revelación de la antigua necromancia, creen haberlo resuelto.

Comunicar con los muertos; conversar con las personas queridas desaparecidas; aprender de los habitantes del más allá, lo que sea esa «comarca extraña de donde el viajero jamás regresa», según dicen, y obtener así una prueba experimental innegable de la supervivencia del alma...

Se concibe que estas perspectivas abiertas por el espiritismo o kardecismo, hayan tentando, tienten y sigan tentando siempre ya a cierta clase de gentes.

Ante los hechos presentados por los fieles del kardecismo, la disolución no tarda en llegar para quién sabe desprenderse de un error. Nos encontramos en presencia de fenómenos perfectamente reales — y realmente interesantes en sí mis-

mos — pero en los que la intervención de las entidades del más allá parece ser más excepcional que constante. Ahora bien, como sabemos, en el invisible, además de las almas humanas, hay otras entidades con posibilidades para utilizar la momentánea encarnación que les ofrece el trance del médium.

En nuestro *Méthode scientifique moderne de Magnétisme et Hypnotisme*, hemos hecho observar que la facilidad de exteriorización que suele acompañar a la mediumnidad explica los desplazamientos de objetos, desapariciones, golpes, o *canturreos, materializaciones, noticias* o *escritura directa;* pero hemos observado también que la escritura instantánea parecía explicarse por la actividad del inconsciente; y en una palabra, que se pueden ver simples metagnomias en las comunicaciones con espíritus cuyo aspecto o carácter tiene un origen distinto al cerebro del propio médium.

La tradición ocultista con el voto unánime de los iniciados de Oriente y de Occidente (3), consideran la doctrina espiritista como una simple herejía. Nuestros muertos — a quienes la evolución definitiva acapara y aleja de las preocupaciones propias de nuestro mundo — no podrían utilizar el intérprete medianímico. Sólo las entidades más inferiores y por ello más deseosas de contacto con nuestro plano llegarían a encarnarse algunos instantes en el organismo del médium, cuya eventual bilocación les facilita el acceso.

Larvas, elementales, espíritus que habitan las regiones densas del astral, seres humanos muy poco evolucionados, prisioneros de la esfera de atracción terrenal, hacia la que su materialidad les empuja aún, suicidas o accidentados aterrorizados ante la prueba purgatorial y que creen hallar un refugio encarnándose; ajusticiados llenos de odio, adoradores impenitentes de los instintos y la materia son las únicas entidades susceptibles de ceder a la llamada de los aficionados a las mesas redondas.

Esto no es sólo una opinión. De hecho, jamás el nivel de las comunicaciones espiritistas sobrepasa el nivel del más cultivado de los asistentes; son frecuentes las incoherencias, los absurdos, incluso las inconveniencias que se revelan; innumerables las mixtificaciones, las falsedades, las perversidades proferidas o dictadas por los «espíritus», que, además, siempre rehúsan todo control de identidad. Y, por sobre todo

ello, ni la menor revelación seria sobre el más allá ni sobre algún problema científico.

No obstante todo esto, estaríamos dispuestos a considerar la moda del espiritismo como un servicio disfrazado, un fermento de reacción contra el agnosticismo y el materialismo, un pretexto para el intento experimental: Se creía llegar a una determinada solución, luego puesta en evidencia, pero al tiempo que se eliminase lo falso, se proyectaría la luz sobre lo verdadero. Desgraciadamente, si bien la doctrina de Kardec ha engendrado importantes iniciativas, como la creación del Instituto de Metapsicología del doctor Geley, ha provocado también, entre gentes predispuestas al fanatismo de lo maravilloso, un desequilibrio lastimoso, místico e intelectual a la vez, emocional y fisiológico, acompañado de obsesiones, ideas fijas y alucinaciones. Su característica de conjunto es un delirio en que se disuelven al mismo tiempo, la moral y la razón.

Todo esto viene aún a confirmar los supuestos básicos de la ciencia oculta. No se magnetiza hacia el propio ambiente a las peores proximidades sin correr el riesgo de una contaminación psíquica e incluso de otros riesgos más inmediatamente sensibles. Y son precisamente éstas las proximidades evocadas ya que la norma de las otras no comporta un comercio habitual con los vivos. Pero pienso que predicamos en desierto. Los adeptos de la Ciencia Oculta jamás caerán en la necromancia y los espiritistas no nos leerán...

No obstante permanecer lejos de nosotros, nuestros muertos no nos olvidan, sin embargo. Y cuánto deben deplorar la impostura de las equívocas presencias que, amparadas en el kardecismo, usurpan sus nombres para llegarse hasta nosotros.

Sin duda alguna, pero de una manera generalmente insensible, oculta, de alma a alma, la madre separada de sus hijos, por ejemplo, influye en toda la medida de su receptividad sobre ellos. Su amor le permite conservar con ellos una relación constante gracias a la cual les inspira y les protege sin que ellos lo adviertan, al menos de forma inmediata.

De manera que los lazos de la simpatía o del deber no se rompen en absoluto con la muerte.

Basta abandonarse al culto interior de los que ya no existen, evocar sus cualidades morales, sus buenas obras, el as-

pecto espiritual y elevado de su personalidad para precisar la relación de su alma con la nuestra. Toda acción conforme a su memoria los evoca realmente. El deseo de mostarnos dóciles a sus inspiraciones nos abre a su pensamiento. Basta con pedirles así los consejos y las luces que nos hubiesen dado si vivieran y su respuesta se reflejará en nuestro espíritu.

Estas son las indicaciones que volvemos a encontrar en el ceremonial mágicamente utilizado para la evocación de los muertos y cuyo detalle recogemos del maestro Eliphas Levi Zahed, el Iniciador por excelencia:

«En primer lugar se deben recoger con cuidado todos los recuerdos de aquel o de aquella que se desea volver a ver, los objetos que usó y que conservan su huella, y amueblar una habitación que la persona ocupó en vida, o bien una parecida en la que se colocará su retrato, cubierto con un velo blanco y entre las flores preferidas por ella que se renovarán diariamente».

«Hay que observar luego una fecha precisa, bien el día de su santo, bien un día especialmente feliz en nuestro recuerdo o en el suyo, un día que suponemos, que su alma, por dichosa que sea en la otra vida, guardará en la memoria: este día es precisamente el que hay que elegir para la evocación, que se preparará durante catorce días.»

«En este tiempo, hay que procurar no dar a nadie las mismas pruebas de afecto que el difunto o la difunta hubiera recibido de estar con nosotros; observar una castidad rigurosa, vivir en el retiro y no hacer más que una modesta comida y una ligera colación por día. Encerrarse a solas todas las tardes con una luz débil, como una pequeña lámpara funeraria o un cirio, en la habitación consagrada al recuerdo de la persona desaparecida; con la luz detrás de sí, se descubrirá el retrato ante el cual se permanecerá una hora en silencio; luego se perfumará la estancia con un poco de incienso de calidad y se saldrá de la habitación, cuidando de no dar la espalda al retrato.»

«El día fijado para la evocación, habrá que prepararse desde la mañana como para una fiesta: no dirigir el primero la palabra a nadie en todo el día, y hacer sólo una comida compuesta de pan, vino, raíces o frutos; el mantel será blanco, y se cortará para el difunto un trozo de pan que habrá

sido servido entero. Luego se pondrán también unas gotas de vino en su vaso. Esta comida deberá hacerse en silencio, en la habitación de las evocaciones y en presencia del retrato velado. Más tarde se retirará todo lo que se haya utilizado, excepto el vaso del difunto y su parte de pan que se dejarán ante su retrato.»

»Por la tarde, a la hora de la visita habitual el adepto se retirará en silencio a la habitación y allí encenderá un fuego claro con madera de ciprés y se le incensará siete veces, pronunciando el nombre de la persona que se quiere volver a ver; seguidamente apagará la lámpara y dejará que el fuego se extinga. Ese día no se desvelará el retrato.»

»Cuando la llama se haya apagado, se verterá el incienso sobre los carbones y se invocará a Dios según las fórmulas de la religión a la que pertenecía la persona muerta, y según las ideas que la misma tenía de Dios.»

»Al hacer esta plegaria, es necesario identificarse con la persona invocada, hablar como ella hablaría, creerse de alguna forma ser ella misma; luego, tras un cuarto de hora de silencio, hablarle como si estuviese presente, con afecto y fe, rogándole que se muestre a nosotros; repetir esta plegaria mentalmente cubriéndose el rostro con las dos manos, luego llamar en alta voz tres veces a la persona amada, y esperar de rodillas, con los ojos cerrados o tapados, durante algunos minutos, hablándole mentalmente; llamarla después tres veces más con voz dulce y afectuosa y abrir lentamente los ojos» (4).

NOTAS AL CAPÍTULO XIII

(1) El gesto de atraer hacia sí la ropa del lecho.
(2) La treceava clave de Hermes, que muestra al esqueleto segador con el instrumento con el que causa la muerte de los cuerpos, temporales receptáculos de la vida, en la mano izquierda, indica el carácter negativo y subsidiario de la muerte física. Pero también significa que sólo las formas se abandonan para dejar a nuevas vidas que tomen posesión del plano terrestre de evolución.
(3) Sobre todo los teósofos de la escuela Blavatski, Leadheater, Besant, los Rosa-Cruz y los Martinistas.
(4) Eliphas Levi. *Dogma y ritual de la alta Magia.*

Capítulo XIV

METAMORFOSIS Y MEZCLAS

Nuestros comentarios de la rueda simbólica del destino han dado a entender claramente la incesante mutación de las cosas de la tierra y la posibilidad abierta a todos de cambiar su futuro. De cinco a siete años bastan para renovar la totalidad de las células del cuerpo físico. Una voluntad activa modifica, por un proceso análogo, las tendencias, aptitudes o facultades, que recibe como auxiliares, los elementos constitutivos del medio en que se desarrolla, y las polarizaciones predestinadoras determinadas por sus anteriores existencias.

Si un hombre se encuentra, de la noche a la mañana, en condiciones de existencia nuevas y rodeado de mentalidades muy diferentes a la suya, insensiblemente sus características psicológicas sufrirán la impregnación de esta nueva esfera. Pero en semejante caso la modificación sería meramente pasiva, pero no impuesta.

La imaginación reflexiona sobre las influencias que nos afectan y tiende a gobernarnos conforme a estas influencias. Sustituyamos ahora las imágenes así obtenidas por un proyecto deliberadamente concebido en la contemplación y el perfeccionamiento del que no nos dejaremos desviar, y la forma de este proyecto circunscribirá pronto una realidad.

De ahí que Henri Durville (1) ajusta todo aquello que pudiera tener cualificaciones superiores a las suyas y disociar sus defectos con miras a crearse un modelo ideal y ejercitarse gradualmente en vivirlo.

La 14.ª carta de Hermes sintetiza, entre otras enseñanzas, lo que precede. El hada de las metamorfosis trasvasa el con-

tenido de un recipiente de plata a un recipiente de oro. Provee a la esencia de una forma más perfecta, o sea de un vehículo mejor condicionado.

El inconsciente, en que se asientan los dinamismos, los medios de conocimiento o de acción que ya hemos expuesto, y los automatismos torpes, inoportunos o francamente maléficos que resultan de nuestros errores y de nuestras pasividades, permanece manejable bajo la acción solar del ego esencial a quien sirve o perjudica. A su mandato, siempre que éste persevere, fijará lo volátil y volatilizará lo fijo.

No hay que desconfiar, pues, de que en el futuro llegaremos a ser, por fin, muy distintos a como somos ahora. Pensar en cuáles podrían ser los cambios afecta ya a la realidad actual. Tener siempre en cuenta esta apreciación asegura la eliminación progresiva de los elementos del hombre viejo, y su sustitución por una sustancia completamente nueva.

Pero no olvidemos que si bien cada uno puede mejorar los elementos en calidad y en armonía, los valores que hay en él, su género y especie planetaria, le fueron impuestos por la norma de su destino, y que a él no le corresponde cambiarla. Supongamos, por ejemplo, a un hombre nacido bajo la influencia de Júpiter y del Sol, y, naturalmente, calificado por tal influencia: será pintor, sobre todo si, siguiendo la orientación de su norma, se esfuerza voluntariamente por desarrollar sus potencialidades y virtualidades. Para ello se inspirará en un maestro, en un modelo ideal, como ya hemos dicho más arriba. Otro individuo, influenciado por Venus y Mercurio, tiene las cualidades de un compositor de música, aquel otro, mercuriano-lunar, está dotado para la literatura, y el de más allá, mercuriano-marciano, lo fue para la medicina. Que cada uno adapte a sus condicionamientos los principios de ascesis inspirados por la magia y alcanzará el máximo de sabiduría (2). De ese modo los gustos, las tendencias y las veleidades se convertirán en facultades, posibilidades y resoluciones.

De ahí que el estudio de las signaturas planetarias sea una de las secciones más importantes de la ciencia oculta.

Por el tema de nacimiento (horóscopo), o sea por el plano del cielo correspondiente al día, a la hora y al lugar del nacimiento, se conocen las intensidades respectivas de cada in-

FIGURA 27

La Templanza

Clave 14 del Tarot

flujo sideral sobre el recién nacido. Las *formas* de éste están determinadas por la mezcla de las influencias planetarias que engendran sus características psicológicas. Por eso el rostro y las manos — partes sintéticas del ser humano — llevan la marca del tipo moral. Sin necesidad de repetir algo que ha sido objeto de estudio en una obra mía anterior (3), creemos conveniente indicar aquí la norma de cada uno de los tipos elementales.

El influjo solar condiciona al individuo de manera que se inclina a las grandes síntesis, a la ideación, a innovar, a organizar, a crear. Los nacidos bajo este influjo tienen algo de reyes o de genios y, de hecho, hay tantos de ellos como genios en la historia del mundo. Para calificarse así, la influencia solar debe predominar en el tema sin debilidades o disonancias de aspectos. En los grados medios del salariado se hallan arquitectos, escultores, tribunos, actores y joyeros.

A los lunares corresponde asimilar, reflexionar, imaginar, y soñar. Suelen ser mediums en más de un caso. Poetas, literatos, intelectuales de todas categorías, intuitivos y videntes, manifiestan la influencia lunar. Algunos lunares, menos dotados, muestran pura y simplemente una gran personalidad. La Luna incita a algunos a transmitir el pensamiento, pero siempre los hace bohemios. Por eso la marina le pertenece. Por regla general el lunar es soñador, disperso y bohemio.

A Marte toca combatir los antagonismos; por las ciencias exactas, las virtudes militares, el sentido estratégico — observable en todos los combativos — coquistadores, cirujanos, exploradores, policías, metalúrgicos se preparan contra una violenta resistencia. Intrépidos, valientes, agresivos, los influidos por Marte caen frecuentemente en la arbitrariedad y en la indisciplina.

Los mercurianos tienen la propiedad de relacionar, de progresar, de adaptar, de mover. Comerciantes, ingenieros, editores, libreros, oradores, periodistas, médicos, dibujantes, copistas, agentes de venta, informadores; pertenecen todos a la esfera de Mercurio. Sutiles, sagaces, ingeniosos, los mercurianos se preocupan más por el fin que por los medios.

Las características jupiterianas se traducen por la aptitud para regentar, administrar, organizar y dirigir. Suelen ser magistrados, ministros, prelados, industriales, pintores, banque-

ros, funcionarios, gerentes, y en una acepción más modesta, todos los auxiliares del orden. Se reconocen por su cualidad más común: la consideración por la autoridad más convencional y también por su apego a la seguridad material.

Con la influencia de Venus nos acercamos al tipo más delicadamente dotado para sentir y dispensar las armonías sensoriales. La decoración, la melodía, el espectáculo y el adorno son los atributos venusianos. Es fácil encontrar venusianos en todos aquellos sitios donde abunda el diletantismo. Llevan en sí mismos la alegría de vivir. Los más evolucionados son filántropos y llevan a cabo obras de caridad, pero en el fondo de la escala venusiana hallamos cortesanas y buscadores de sensaciones exóticas.

Y Saturno. Los que están bajo su influjo tienen su norma en cuaquier trabajo extractivo y constructivo de largo esfuerzo. La ciencia abstracta, la arqueología y la filosofía necesitan de saturnianos intelectuales. Las minas, la albañilería, la agricultura circunscriben la categoría manual de los saturnianos. Son circunspectos hasta la desconfianza, fríos hasta la adusted y mesurados hasta la avaricia.

Este breve resumen dará una idea de la importancia de los datos psicológicos de la ciencia oculta que permite conocer lo que es mejor, orientar su evolución y equilibrar sus tendencias *templándolas* con cualquier iniciativa inversa y complementaria. El saturniano debe, por ejemplo, esforzarse en asimilar las armonías venusianas, para reaccionar contra los excesos de su naturaleza sombría y meditativa. (De la síntsis más bella de estas dos influencias resulta la composición musical.) Igualmente los venusianos alcanzan la serenidad en contacto con la filosofía y las abstracciones correspondientes a Saturno. Un influjo solar y jupiteriano, al igual que los marcianos y lunares, se equilibran mutuamente. Falta Mercurio — el más universal, el más agitado — al que Júpiter o Saturno comunicarían la estabilidad y la profundidad que necesita siempre en cierta medida.

El arte de los complementarismos planetarios se inspira en la 14.ª clave de Hermes, evocada al principio de este capítulo en un sentido diferente. Bajo el dibujo tarótico, esta inscripción: «La Templanza», parece indicar con qué intención — el fin de la metamorfosis — mezcla los dos líquidos que trasvasa de un recipiente a otro. (Véase página 167).

NOTAS AL CAPITULO XIV

(1) Henri Durville. *Vers la sagesse.*

(2) Llevando al extremo la aplicación de los datos astrológicos se observa que las normas individuales nunca son idénticas. Cada uno tiene la suya propia, que puede ser análoga pero nunca igual a otra. Por ejemplo, tres literatos — mercurianos lunares los tres — igualmente impregnados, en modo secundario del influjo marciano (violencia) han producido una obra con el mismo carácter áspero que corresponde a esta última influencia. Nos referimos a León Bloy, Octave Mirabeau y J. K Huysmans. Pero su cuarta signatura astral —Saturno para Bloy, Jupiter para Mirabeau y Venus para Huysmans— distingue no sólo sus tendencias literarias sino también sus destinos.

(3) *Les Marques révélatrices du Caractére et du Destin*, trad. al castellano por Ed. Iberia, de Barcelona.

Capítulo XV

EL DIABLO O ARCANO DEL MAL

Lo esencial del Emanador Abosoluto es Ser. Si se admite la creación *ex nihilo* o *Emanación,* es evidente que lo universal procede de lo Divino, lo Colectivo de lo Universal y lo individual de lo Colectivo. *Demonium est Deus inversus*: el demonio, se caracteriza, filosóficamente hablando, por el no-Ser. No obstante el hecho de que esta noción se haya objetivado tradicionalmente en una personificación, hace necesarias ciertas consideraciones que nos ayudarán a concebirla.

Todo fenomenismo comporta una cadena causal fuera de la cual, el impulso inicial se opone a su propio fin. En el dominio de lo relativo, se producirá un fenómeno *diferente;* en el de lo absoluto, sólo puede darse lo *inverso,* lo opuesto.

El estadio de la Involución-Evolución caracterizado por la presencia del hombre tal como lo conocemos, se produce, como ya sabemos, por la transición vitalizadora de la vida colectiva a existencias individuales, transición cuyo agente y vehículo se identifican en el plano astral, del que en el capítulo octavo hemos tratado de dar noticia.

Cuando la individuación — normalmente transitoria — tiende a fijarse, a polarizarse hacia la afirmación material, en tanto que la intención creadora la invita a la espiritualidad, el mal aparece. En este sentido, la individualidad — el *nahasch* de los cabalistas — se revela como el fundamento del mal, y el astral, su agente, se convierte en su sostenedor y fomentador, o sea el diablo.

De ahí que el diablo, entendido así, *obstaculice* (del he-

breo *shatan*) y se *oponga* (del griego *diabolos*) al Ser y que esta negación a la Absoluta Rectitud tienda al no-Ser.

El dolor en la esfera de lo sensible, la angustia en la efectiva y la desesperanza en la intelectual, son los síntomas del caos fatal.

Exceso, arbitrariedad, inercia, error y agnosticismo, o, si se prefiere, sensualismo, egoísmo, *pasividad*, ignorancia y orgullo son las cinco ramificaciones del pentagrama negro, los cinco aspectos satánicos del hombre, las cinco presencias del demonio.

La tentación adánica englobaba este fatal quinteto al ofrecer la ciencia, que proporciona el poder, e igualarse a Dios, excluyéndolo.

De nuestros elementos constitutivos, sólo uno nos es propio: *ruach*, el alma, la personalidad verdadera que busca fusionarse con el Espíritu, *Neschamah*. Cuando la dependencia de *Gouph* y *Nefesch* reducen *ruach* al papel de mero proveedor de la animalidad y de la pasionalidad, *ruach* se degrada, a veces hasta el punto de adherirse voluntariamente a este infamante servilismo, a renunciar a la vida espiritual para sumergirse en el abismo de la vida instintiva.

Esta renuncia formal es, no obstante, excepcional. La muerte y el estado que la sucede, al enfrentar el alma con la realidad *eterna*, la despierta de su torpeza y la menor chispa de conciencia basta para encaminarla entonces hacia la expiación. Sólo *los que lo saben* podrían decir al precio de qué torturadora lucha reconquistan su autonomía. En el capítulo trece, que convendría meditar, encontrarán nuestros lectores, tras los ejemplos, lo que entendían los místicos que será el esfuerzo del alma perversa *para escapar de las manos de Satán...*

Extendemos el sentido de la palabra rectitud y subversión hasta la acepción en que una comienza después que nos alejamos de la segunda. Supongamos que la segunda reina donde la primera no opera: en eso consiste precisamente el fenómeno de la posesión demoníaca, de la que, no obstante ser multiforme, sólo las manifestaciones más singulares han preocupado a los teólogos inquisitoriales, mientras que diaria, familiarmente la tenemos a nuestro alrededor sin que podamos distinguirla.

Allí donde el sensorio domina hasta los más excesivos

FIGURA 28

El Diablo

Clave 15 del Tarot

disturbios la disposición de las facultades psíquicas, hasta el punto de que el hombre se confunda con él, hay posesión instintiva: materialismo.

Donde predominan las arbitrariedades pasionales acaparadoras del entendimiento hasta no hacer de él más que verbo de frenesí, existe posesión afectiva: egoísmo.

Cuando, no obstante las luces del entendimiento, la voluntad se abandona, subsiste la posesión de la inercia: fatalismo.

Cuando reina la ignorancia, o bien la inteligencia adormecida es blanco, sin esforzarse hacia la verdad, de los movimientos reflejos interiores y los pensamientos ajenos, se observa la posesión del error: inconsciencia.

Sobre todo, allí donde surge la ilusión de la independencia entitaria, el egocentrismo soberano, la supremacía de la fuerza sobre el derecho, la negación del orden Universal, el demonio del orgullo proyecta la sombra del no-ser: agnosticismo.

Materialismo, pasionalidad, inercia, sinrazón y agnosticismo revelan, bajo diferentes aspectos, un solo y único factor impersonal que transgriede subversivamente su norma cósmica, en favor del libre arbitrio temporalmente extensivo de su necesaria y exacta función.

La concepción del místico diablo maquineo, espíritu rival y adversario del Todopoderoso, se ha perpetuado hasta nosotros a través de las religiones nacidas de la gnosis cristiana primitiva. Es una simple blasfemia y si bien el catolicismo romano ha contemporizado con la leyenda, se ha abstenido prudentemente de hacer de ella un artículo de fe.

Las propiedades del agente astral, actuando a través de cualquier mediumnidad, explican suficientemente las posesiones efectivas, sobre las que casuistas y demonólogos han emborronado tantas páginas. En cuanto a las manifestaciones *aparentemente objetivas* de esos malos espíritus, de esos demonios perversos que infestan las bajas regiones del astral, no nos asombraríamos; la perversidad de los magos negros atraen en gran número a las entidades del mal del invisible y la exaltación de esos fanáticos, ayudada por prácticas prolemurinas, proporcionan los fluidos necesarios al conglomerado vehicular de los agentes que evocan.

Por otra parte, el mago, frenético y osado, puede extraer de su propia sustancia astral larvas con la imagen de sus pensamientos. Al ingenuo brujo rural, el Dragón Rojo le responde en persona y el famoso sabbat medieval se desarrollaba seguramente en forma hiperfísica, conjuntando los dobles, exteriorizados con la ayuda de tóxicos, de los desdichados que se consagraban a las obras del mal.

El origen del típico *Lucífugo* de los rituales goéticos tiene sin duda alguna relación con el macho cabrío egipcio de Mendes, cuya apocalíptica figura muestra la 15.ª carta del Tarot, elegida luego como síntesis jeroglífica por los templarios: «La voluntad», dice el *Gran Grimorio*, «dispone de un medio de acción vulgarmente denominado Bafomet». (Véase página 173).

Sea como sea, lo cierto es que el Diablo tarótico, el macho cabrío de Mendes y Bafonet personifican al impersonal servidor de las voluntades humanas que más de una mística depravada ha tratado de deidificar, a causa de su relativa omnipotencia.

Capítulo XVI

INFORTUNIOS Y CATASTROFES

Dos personajes — uno de ellos coronado — se han construido como refugio una sólida torre de sillería maciza; encerrada en este robusto refugio, su seguridad parece evidente. Pero de pronto las nubes se condensan y el cielo se desploma. La inquietud hace presa de los dos que se han refugiado y suben a las almenas de la torre: Una deslumbradora luminosidad ciega sus miradas, y un ruido formidable hace temblar los cimientos, una breve y poderosa embestida decapita el edificio y lanza al vacío a los infortunados compañeros.

Esa es la alegoría de la 16.ª clave de Hermes, alegoría que podríamos interpretar de otra manera. En el sentido humano, hay que ver la reacción catastrófica de todo aislamiento, en el seno de la instintividad, de la vida psíquica y espiritual. Quienes hayan entendido algo, aunque sea someramente, de la sucinta exposición que precede acerca del arcano del mal, interpretarán en el cilindro de piedra de la carta dieciséis del Tarot esa densificación del yo que *Nahasch* tiende a implantar alrededor del hombre. La consecución de esa latente sugestión se acompaña de una engañosa impresión de euforia y seguridad. La conciencia se adormece, la noción de equidad elimina toda evidencia, el sentido causal restringe su campo de visión a lo más inmediato. (Véase la página 179).

En realidad, el poseído por *Nahasch* desintegra su yo esencial a medida que deja afirmarse en él al tentador impersonal. Se confunde con su cuerpo. Se convierte en su pro-

pia vegetatividad. El no ser le atrae hasta el punto de que perdidamente busca como el bien más codiciado los estados de vértigo, de embriaguez o de inconsciencia inhibidores de la iniciativa psíquica.

En las tinieblas de la torre, el sol de la Verdad no llega a sus ojos, el aislamiento es tal que las realidades exteriores parecen no-ser y que la noción del fenomenismo ambiente se difumina y desaparece ante la inteligencia adormecida...

Sin embargo, aquí como en cualquier parte, la ley de los ritmos, de las oscilaciones, de la acción y de la reacción juega también. El antagonismo entre los agentes adversos es perpetuo. Todo sonámbulo acaba en un choque con los obstáculos, que al no percibir, no evita. La insuficiencia de la agudeza causalista supone un error y todo error determina un disgusto, una conmoción o una catástrofe.

Si ignoramos una ley física, o no queremos tenerla en cuenta, lo natural es que se imponga a nosotros en lugar de actuar según nuestra voluntad.

Para gobernar hay que conformarse al orden preexistente; es el convenio de la Libertad y de la Necesidad.

El iniciado sabe que lo físico depende de lo hiperfísico, éste de lo psíquico y lo psíquico de lo espiritual. Sabe que la voluntad (psíquico) vitalizando el astral (hiperfísico) en conformidad con las luces del Espíritu gobierna las objetivaciones (físico). Perversidad, arbitrariedad, inconsciencia o pasividad significan una no conformidad al orden generador de la fortuna, que implica necesariamente el infortunio, proporcional a la desviación sufrida.

Individualmente, el ordenamiento necesario es pensamiento-voluntad-sentimiento-sensación. Un pensamiento conscientemente deliberado inspirando una voluntad activa y utilizando y gobernando la sensibilidad y la impulsividad apetente. Invertid uno de los términos y habréis cambiado la supremacía en dependencia, la armonía en disonancia, lo normal en accidental y la paz en confusión y ofuscación.

Indudablemente, se propone un ideal a tener a la mira, sin pretender que sea constantemente realizable, al menos de hecho. ¿Quién puede considerarse íntegramente iluminado en moral, rigurosamente justo en pensamiento o en obras, o inflexiblemente dueño de su voluntad y perpetuamente vi-

FIGURA 29

La Torre fulminada

Clave 16 del Tarot

gilante? Todos conocemos insuficiencias y proporcionales coerciones circunstanciales. Pero es indispensable realizar un mínimun de rectitud, sobre todo para obrar como verdadero mago: Repudiar toda invasión despótica del dominio sensorial o del emocional; negarse a la menor adhesión a cualquier clase de anarquía intelectual o ética.

Como cualquier otra manifestación observable, el *infortunio*, la *mala suerte*, la *fatalidad* se rigen por un riguroso determinismo. Por regla general, nos hallamos ante una predominancia alternante de lo fasto y lo nefasto. Para unos son satisfacciones modestas y disgustos menores; para otros la oscilación adquiere mayor amplitud y lleva consigo golpes de suerte apreciables y luego obstáculos muy sensibles; así, hay vidas elevadas en línea recta hasta un brillante apogeo seguido de una caída vertiginosa.

Sería una locura imaginar que se puede eludir la acción de este mecanismo. La norma accesible a un esfuerzo de sutileza y voluntad es, sin embargo, regularizarlo, reducir lo que es desagradable y ampliar lo dichoso, esto siempre, claro está, en una medida que es proporcional al grado individual de ascesis.

La prudencia, por otra parte, aconseja afrontar sólo los vaivenes de un destino tan aventurado como las resistencias personales sean capaces de soportar; dicho de otra manera, a elaborar, antes de embarcarse, los medios de discernimiento y las energías combativas en relación con la envergadura de la empresa.

La penetración de los arcanos de lo oculto y la extensión que permite de las potencias interiores son una considerable ayuda. Nos permitimos pensar incluso que la lectura de estos elementos de una ciencia que 11.000 volúmenes no han agotado (1), no ha de ser por completo inútil, evidentemente, para nadie.

Sin embargo, el nauta enrolado en este viaje no deberá ni alegrarse demasiado de los días buenos, ni asombrarse o turbarse cuando sobreviene la borrasca. El momento favorable representa la coronación de horas de armoniosa iniciativa; el vaivén adverso fue provocado por cualquier defecto del entendimiento o de la voluntad. Proseguir la acción durante el período de gozo, aunque parezca que se nos pide relajamiento, y reaccionar sin desmayo contra los efectos

y las causas de adversidad, es la directriz que lleva a consecuciones infalibles.

Una ley de justicia distributiva regula las encarnaciones. Aquí no se establece la cuestión del modo de anterioridad, terrestre o extraterrestre. Lo que conviene enfrentar es el papel de la Absoluta Justicia en la relación del yo con el no-yo representado por lo que se denomina los azares del nacimiento. Algunas escuelas han restringido el sentido de esta relación hasta el punto de que, según ellos, habría que ver un criminal en el pasado de un asesinado; un mutilador en el pasado de un inválido, el más compasivo filántropo de una vida precedente en los muy ricos de hoy; en el hombre que llora un abandono habría que ver un don Juan de antaño; en la mujer traicionada, una antigua infiel; y, en fin, el avaro o el egoístamente malgastador de una fortuna habría revivido en este pobre amado de Cristo...

Ante esta teoría evidentemente exagerada, el clan de los antirreencarnacionistas dejó su actitud de ignorar todo lo que se refería a la reencarnación para concentrar su esfuerzo en denigrar una metafísica hecha de rigor más que de caridad, a pesar de lo cual seguimos sin conocer los métodos que ellos utilizan para concililar la Absoluta Justicia del Dios infinitamente Bueno y Misericordioso con la arbitrariedad aparente de los nacimientos muy distintamente provistos de santidad, facultades, relaciones y dinero.

En definitiva, el último término de la Evolución humana según la doctrina hernética (de la que las religiones son no más que adaptaciones más o menos deformadas) consiste en ese estado de total adhesión a la realidad espiritual y de completa renuncia de las ilusiones materiales; y como la serie de nuestros estadios evolutivos tiende al definitivo destino, explicado más arriba, debemos encontrarnos, al principio de cada nueva existencia — de la actual, por ejemplo — en las condiciones concretas, susceptibles de permitirnos alcanzar el más inmediato, el más urgente progreso del que nuestras anterioridades nos dejaron a la vez capaces y necesitados.

Probablemente el mendigo de hoy fue un célebre millonario, a quien su opulenta situación le ocultaba la realidad de las cosas humanas y le alejaba de todo esfuerzo de agudeza causal. Hoy es mucho más realista con respecto a los

asuntos de aquí abajo y mediante su situación de obligado ascetismo ha adquirido la facultad de reducir al mínimo la esclavitud del deseo fisiológico. Reencarnado ahora bajo la égida favorable de Saturno le es fácil abrirse paso hasta las ciencias abstractas y hacia la serenidad de alma sólo al alcance de los espíritus reflexivos. En cuanto a la mujer abandonada — ¿quién sabe? — quizá fue un modelo de ternura, y por ello, de una fidelidad demasiado exclusiva de amor temporal. Enfrentada ahora con el aspecto transitorio de los complementarismos sentimentales, avanza, también ella, por la senda del desprendimiento. Y con respecto al hombre traicionado, ¿por qué no habría podido ser antaño más devoto de Anteros que del propio Eros? Insensible hasta ahora a las armonías del corazón, convenía que las conociera y privarlo luego de ellas, para que naciera en él la misma compunción que sufren los que lloran un fracaso basado, quizá, en una ilusión pero, por ello, no menos lamentable. Quien no haya padecido tal sufrimiento difícilmente podría compartirlo; y toda insensibilidad limita la extensión del conocimiento. El lisiado lo más probable es que tampoco haya hecho daño a nadie, pero quizá en otro tiempo vivió en la convicción de que es justo que el hijo expíe los excesos o las imprudencias del padre, y él no pueda enorgullecerse de una ascendencia precisamente saludable. Y en lo que toca al asesinado, nada prueba, no sólo que haya matado, sino ni siquiera que haya incurrido en el más leve pecado. De lo contrario, la norma de su presente destino no le hubiera evitado, con una muerte brutal pero rápida, una horrible enfermedad, fértil en torturas físicas y morales, por ejemplo, o cualquiera de esas lentas agonías cuyos gritos no pueden acallar ni los más estupefacientes narcóticos.

Conviene sacar en consecuencia de esta digresión, para la vida actual, que los favores de la suerte lejos de ser siempre recompensa de cualquier mérito adquirido, suelen tener como causa cualquier otro determinismo; y que, inversamente, los seres nacidos bajo los peores auspicios, no son necesariamente sujetos de ninguna expiación. La resultante de las iniciativas individuales, posteriores al nacimiento, no deja huella alguna, según nuestra opinión, en las exterioridades condicionantes sino que se nota en los medios de asimilación, de discernimiento y de realizaciones que nutren

al nativo. Por muy rico, robusto, bello y espiritual que haya nacido, si le faltan el sentido común o buen juicio, la actividad y el dominio de sí mismo, el embate de las mil voracidades al acecho del todopoderoso metal, convertirán la opulencia en desnudez, la exuberancia vital en enfermedades, la amabilidad en violencia. De la misma manera el hijo de padres indigentes, si posee un grado apreciable de superioridad cerebral y volitiva no tendrá que esperar más allá de treinta años para ver resueltas todas las dificultades de su existencia.

Se recomienda la mayor circunspección en lo que toca a las ventajas concedidas benévolamente por la suerte, sobre todo en los primeros años de la existencia. Todo aquello cuyo determinismo no se tiene en sí mismo, puede evaporarse de la noche a la mañana. Los favores temporales, las insinuaciones, los estímulos permitidos en nuestro favor antes de que seamos capaces de crear su equivalente por propia iniciativa, responden a una necesidad evolutiva; esforcémonos por adquirir una ventaja juiciosa y por oponer nuestros méritos adecuados a las condiciones espontáneas de existencia que parecían exceder a aquéllos. Este es el único modo seguro de perpetuar, y hasta de mejorar incluso, estos últimos.

Ya conocemos el poder de atracción que posee el deseo sostenido y exaltado. De cualquier modo, desear violentamente es forzar la mano del destino y exponerse, en razón de la ley universal del equilibrio, a pagar muy cara la obtención indebidamente exigida. A pesar de ciertas teorías colectoras de sufragios electorales, el hombre no tiene derecho a nada que no sea una posibilidad de obrar según su norma. Sin embargo, las colectividades nacionales, están regidas aún hoy de tal manera que ciertas clases pretenden sustraerse a todo deber de equidad. Sobreviene entonces la catástrofe en represión de lo indebido y de su uso más o menos prolongado y se habla de injusta desgracia, cuando se trata de la más clara manifestación de la Justicia.

Otra clase de fuerza de retroceso proviene del mismo apasionamiento del deseo. No se ha sabido o no se ha querido ver que su cumplimiento llevaba consigo epifenómenos negativos. ¡Cuántas víctimas se quejan de la suerte cuando deberían quejarse más bien de sí mismas!

Pero hay cuatro estados, entre los que provocan la realización de lo nefasto, que hay que destacar porque son la suma y el compendio de todos los demás: El fatalismo pasivo que espera de la casualidad lo que no pueden objetivar las cualificaciones. Los sentimientos destructores y desorganizadores tales como el odio, las rencillas, la insensibilidad egoísta, la animosidad, la parcialidad, y en menor grado la aprehensión, el miedo y la duda generalizada respecto a sí mismo; en tercer lugar la restricción de las satisfacciones que se buscan a lo vegetativo. Por último la oscuración espiritual: amoralidad, agnosticismo y apercepción del orden universal.

Hay desgracias que tienen su origen ciertamente en la voluntad sistematizada o incluso espontánea de los malintencionados, de los ruines y de los envidiosos. Calcular impacientemente el disfrute de una herencia, contribuye a cavar inconscientemente una tumba prematura y, como veremos en el capítulo dieciocho, las malas intenciones pueden accionar suficientemente las potencias para golpear duramente a aquellos a quienes van dirigidas tales intenciones en sus facultades, su salud, sus afectos o sus bienes. No obstante, ello no quiere decir que estemos a la merced de los malhechores hiperfísicos: Nuestra aura o nimbo sideral individual, nuestra atmósfera invisible, constituye una coraza infranqueable a la acción de las gentes menos evolucionadas que nosotros; esta cuádruple ordenación, de la que ya hablamos en el capítulo noveno, rodea al adepto de una verdadera muralla sólo permeable para las buenas influencias. Más simplemente, la bondad y la benevolencia protegen en gran medida pero no siempre son suficientes ya que, a menos que estemos exentos de toda debilidad, favorecen los estados de depresiones emocionales, y por consiguiente de desarreglo astral, en el curso de los cuales las más fuertes personalidades pueden ser víctimas de la perversidad. Pero estas últimas víctimas por su condición moral, conservan la posibilidad de obtener un recurso omnipotente solicitando devotamente la intervención de la Providencia.

Capítulo XVII

TALISMANES E INFLUENCIAS PLANETARIAS

En la decimoséptima clave de Hermes figura una mujer que devuelve a la economía colectiva los fluidos que recibe de los siete cuerpos siderales situados en torno a un octavo que irradia su luz, representativo de la fuente común de los dinamismos cósmicos. De los planetas, pues, intérpretes de las Potencias animadoras, nos llegan los *imponderables* con los que hay que contar.

Entre otras adaptaciones astrológicas veremos una de las más sugestivas que la magia sabe hacer. Ante todo expongamos la razón de estas figuras y pentaclos a los que va unido un poder oculto.

Bergson dice en sustancia que para precisar íntegramente un pensamiento hay que formularlo. Ya sabemos cómo la simbología esotérica condensa emblemáticamente toda noción. En magia, las intenciones o voluntad del operador, los principios, las leyes y los fenómenos conforme a los cuales estas intenciones pueden realizarse, se resumen en jeroglifos denominados pentaclos. Con ellos se completan los rituales y su lectura superficial hace pensar que basta con reproducirlos para desencadenar los efectos que se habían previsto al trazarlos. En realidad, la utilidad de las figuras pentaculares tradicionales es la de abastecer al adepto de las más perfectas síntesis gráficas por las que haya podido esquematizar tal arcano, determinada relación causal o tal potencia invisible. La perfección consiste aquí en un grafismo tan rigurosamente conciso y expresivo que no pueda sufrir la menor modificación sin quedar incompleto o sobrecargado. El hexagrama y el pentagrama cumplen esta doble

condición: no se podría sustituir por otras imágenes cuando se trata de representar las nociones que expresan. Pero precisamente como el pentaclo tiene por finalidad resumir un concepto — metafísico o volitivo —, expresar, precisar, significar o notificar un pensamiento y una voluntad, éstos deben hallarse ya en el operador, ya que difícilmente éste podría apoyarse en la representación gráfica sin su correspondiente representación mental. Se sigue de ello que es necesario comprender los pentaclos antes de utilizarlos, bien descifrándolos cuando en los rituales se echa mano de ellos, bien componiéndolos con los elementos más convenientes.

Las figuras pentaculares o talismánicas tradicionales tienen la ventaja de unir al experimentador a la cadena de todos los maestros, de todos los adeptos que le han precedido. Muchas de estas figuras actúan sobre el astral y sus agentes tanto más eficazmente cuantas más veces hayan manifestado la influencia oculta de la voluntad humana. Además su inigualable precisión simbólica sustenta incomparablemente las disposiciones psíquicas del mago.

El arte talismánico se inspira en estos datos. Su complejidad necesitaría muchos volúmenes para conseguir una exposición más o menos completa. En este libro elemental nos limitaremos a satisfacer a aquellos que deseen tratar de confeccionar uno o más talismanes astrológicos o sea talismanes abductores de las influencias planetarias. Estos últimos están basados en la ley de las correspondencias de la que ya hemos hablado en diversas ocasiones del papele de cada influjo planetario en el fenomenismo cósmico, sobre todo en lo que se refiere a las cosas terrenales. Fundamentalmente existen siete talismanes planetarios destinados a obtener algún resultado dependiente del dominio propio de cada planeta. No obstante se pueden concebir otros en número indefinido, para toda realización de naturaleza mixta, basándose en las reglas generales que se darán y en las de la astrología. Así pues, cada uno debería establecer, según las resultantes de su propio horóscopo, un talismán dirigido a intensificar las influencias favorables significadas por el tema natal, o neutralizar las negativas, a equilibrar los excesos y a suplir las insuficiencias.

Veamos los siete talismanes fundamentales.

El talismán solar tiene por objeto favorecer toda eleva-

FIGURA 30

Las Estrellas

Clave 17 del Tarot

ción espiritual, intelectual y material, el triunfo en la búsqueda del poder, de la popularidad y de la gloria, las obras estéticas, el esplendor y el brillo magnético de la personalidad, el acceso y el favor de las altas esferas sociales. Regulariza la función cardíaca, preserva del incendio y de los adversarios envidiosos. El mejor momento para confeccionar este talismán es un domingo, a la hora del Sol; esto siempre que se esté situado en el signo del León, exento de aflicciones (1) y en buen aspecto (2). Puede elegirse más simplemente un domingo en que la Luna ocupa los diez primeros grados del León, pero entonces hay que prestar atención a los aspectos que afectan a este último.

El material que se requiere es una placa redonda de oro puro, un buril nuevo pintado de amarillo de oro, un calentador nuevo de tierra vidriada, y unos gramos de perfume compuesto de sándalo rojo, azafrán, madera de áloe, bálsamo, semillas de laurel, clavo de especia, mirra, incienso, almizcle y ámbar gris. Para quemar este perfume hay que disponer como combustible ramas secas, de uno o varios de los vegetales siguientes: angélica, bálsamo, trigo, canela, cardamomo, celidonia mayor, col, crisantemo, ciclamen, genciana, clavero, heliótropo, laurel, espliego, loto, mejorana, murajes, naranjo, cebada, palma, primavera, ranúnculo, centinodia, romero, salvia o tomillo. Es necesario también una túnica de mangas cerradas en el puño, confeccionada de lino amarillo de oro y un saquito del mismo tejido. Si se desea, podrán disponerse, para engarzar en la placa de oro o para ponerlos con esta última en el saquito una vez que se haya preparado el talismán, algunos de los minerales solares: ámbar, crisolito, carbunclo, jacinto y topacio. Todos estos objetos deberán ser nuevos, adquiridos especialmente para el talismán en las horas solares.

En el momento oportuno, el operador tras purificar el lugar en el que quiera confeccionar su talismán con una abundante fumata de incienso, de mirra y de estoraque, se desnudará para vestir la ropa ritual y dispondrá sobre la mesa, cubiertos por una tela amarilla de oro, los ingredientes enumerados arriba. Los expondrá uno tras otro al humo del incienso y de los perfumes, diciendo, no sólo con su boca sino con toda su voluntad: «En nombre de Adonai, Eloim, Agla y Tetragrámmaton, por la virtud de las correspondencias

que unifican el Pentagrama, el Septenario y el Hexagrama, conjuro a estos objetos con la magnetización de las Fuerzas, de las Influencias y de las Inteligencias de la naturaleza a que concurran en la objetivación de mis deseos.» Se procederá entonces a gravar con el buril sobre la primera cara del disco de oro un primer círculo paralelo al contorno de la placa y a seis milímetros de distancia; entre el círculo y el borde, los nombres de Vau, Rafael, Nasiel, Miguel, Dardiel y Huratapel; en el interior del gran círculo un pentagrama circunscribiendo el símbolo del Sol; en la otra cara el nombre de Och y el número 6 encerrado en un hexagrama.

Una vez gravado el talismán, se encenderá el calentador y sobre las astillas en combustión se irán arrojando las briznas del perfume indicado, una por una. La plaquita de oro se expondrá al humo odorífero, sucesivamente la primera y la segunda caras, el saquito y la gema respetando la fórmula empleada para la consagración previa de los objetos, pero añadiendo los nombres grabados en el talismán (3). Luego de ponerlo en el saquito con la gema (que se puede engastar) se llevará colgado al pecho por medio de un cordón de seda amarilla.

Para acabar la operación hay que quemar absolutamente o bien enterrar profundamente todos los objetos e ingredientes adquiridos para la preparación del talismán.

Las indicaciones rituales que preceden son comunes a los siete talismanes planetarios. No hará falta, pues, repetirlos en cada caso. Daremos solamente las indicaciones relativas a las correspondencias de tiempo, metal, color, perfume, vegetales y minerales, así como los nombres usados según se trate de la Luna, Marte, Mercurio, Venus, Júpiter o Saturno.

El talismán de la Luna favorece la receptividad intelectual, el sistema nervioso gran simpático, los viajes por tierra y por mar, la intuición, la inspiración, la seguridad material, la paz, la conciliación, la dulzura.

Momento: Lunes a la hora de la Luna, cuando ésta esté en el signo de Cáncer sin aflicciones y, si es posible, bien encarada; o bien, cuando la Luna esté en el Cáncer o en los diez primeros grados de Virgo. Evitar por encima de todo las conjunciones con Saturno.

Metal: plata.

Buril: laqueado de blanco.

Perfumes: áloe, semillas de adormidera blanca, estoraque, benjuí y alcanfor pulverizado.

Vegetales para quemar: berenjena, alcanfor, cohombro, amapola, calabaza, lechuga, melón, nenúfar, sandía, verdolaga, rapónchigo, naba, caña, sándalo blanco, tamarisco y tilo.

Túnica: de seda blanca bordada de plata.

Gemas: berilio, diamante, cristal, ópalo y nácar.

Número: nueve.

Nombres: Hold, Elim, Malchab y Arsisim, Hed, Bernah, Schehakrm, Gabriel, Micael y Samael.

Figuras: en la primera cara un cuarto creciente en un pentagrama inscrito en un círculo rodeado de los nombres usados que deben ser trazados a 9 milímetros del borde; en la segunda cara, un hexagrama en cuyo centro se pondrá la letra hebrea tau (1) y el nombre de Phyl.

El talismán de Marte preserva de los accidentes violentos por hierro y fuego, de las fiebres, de morir desangrado, inflamaciones, úlceras. Favorece las obras de combatividad, de dominación imperativa, las industrias siderúrgicas, la cirugía, la represión del mal. Puede emplearse también para combatir todas las insuficiencias fisiológicas, astenia, anemia, etc.

Momento: Martes a la hora de Marte, situado éste en Aries, sin aflicciones, sobre todo de Saturno, y en buen aspecto con uno o varios cuerpos celestes. La presencia de la Luna en los diez primeros grados de Aries o de Sagitario es igualmente conveniente.

Metal: hierro.

Buril: pintado de rojo.

Perfumes: brezo, enforbia, cornejo, sal amoniacal, raíz de eléboro, polvo de hierro magnético, azufre y raíz de genciana.

Vegetales para quemar: ajenjo, acanto, apio, agárico, ajo, artemisa, alcachofa, yaro, espárrago, bardana, albahaca, belladona, brezo, coloquinta, cuerno de buey, cornezuelo, enfrasia, nuez moscada, ortiga, ruibarbo, verónica, viña.

Túnica: de tela ruda y rojo.

Gemas: rubíes, sanguina, hematita, jaspe, granate.

Número: cinco.

Figuras: En la primera cara, una espada con un penta-

grama rodeado, a cinco milímetros del borde, por un círculo y los nombres usados; al reverso un hexagrama en cada una de las puntas del cual se pondrá una de las letras del nombre de Fhaleg, con el signo de Marte en el centro.

El talismán de Mercurio tiene relación con las obras de imaginación, de adaptación, de sutileza. Favorece el estudio de la palabra. Ingenieros, médicos, comerciantes, mecánicos y conductores de vehículos dependen de Mercurio. El talismán actúa útilmente sobre el sistema nervioso central y sobre todas las enfermedades funcionales cuya base etiológica sea nerviosa.

Momento: miércoles a la hora de Mercurio, cuando esté situado en los Gemelos o Virgo sin aflicciones y si es posible bien encarado; o bien, cuando la Luna ocupe los mismos signos en buena disposición con Mercurio. Evitar la conjunción de Júpiter.

Metal: aleación de plata, estaño y mercurio.

Buril: pintado de listas rojas, blancas, amarillas, azules, verdes y negras.

Perfume: incienso, cinco en rama, polvo de ágata.

Vegetales para quemar: acacia, anís, camomila, endivia, geranio, margarita, mercurial, milhojas, nogal, té, valeriana, zarzaparrilla, achicoria, col de Milán, saúco.

Túnica: hecha de seis piezas de diferentes colores, como el buril.

Gemas: sardonice, cornalina, ágata, calcedonia.

Número: ocho.

Nombres: Asboga, Duis, Doni, Tiriel, Micael, Rafael, Michel, Serafiel.

Figuras: el caduceo incluido en el pentagrama y éste encerrado a su vez en un círculo de ocho milímetros del borde de la placa y de los nombres usados; en la otra cara, una hexagrama en cuyas puntas se escribirán las letras del nombre Ophiel, con el signo de Mercurio en el centro.

El talismán de Júpiter es ante todo recomendado para la elevación social. El Sol da el oro y la notoriedad, pero Júpiter influye sobre aquellos que ocupan las situaciones más opulentas y los cargos más estables. Se relacionan también con el influjo jupiterino las satisfacciones de familia, las dignidades cívicas, las propiedades inmuebles, la obtención de sentencias jurídicas justas y la abnegación de los servidores.

Momento: un jueves a la hora de Júpiter, es decir, cuando éste ocupe el signo de Sagitario o de Piscis sin aflicciones y si es posible bien encarado; también puede elegirse el momento en que la Luna ocupe Sagitario, Piscis y Libra, en buena situación con respecto a Saturno y Júpiter. Evitar la conjunción de Júpiter y de Mercurio.

Metal: estaño.

Buril: pintado de azul.

Perfume: madera de áloe, estoraque, benjuí.

Vegetales para quemar: agrimonio, áloe, amaranto, asnallo, remolacha, borraja, buglosa, cedro, centáurea, cerezo, haya blanca, col roja, membrillero, cólquico, serval, agracejo, miguera blanca, fresa, fresno, germandrina, lino, morera, olmo, álamo, peonía, platanero, ciruelo, sésamo y violeta.

Túnica: de paño opulento, grueso y azul.

Gemas: zafiro, amatista, turquesa, jaspe, diamantes con reflejos en verde o en azul.

Número: cuatro.

Nombres: Abba, Zaquiel, Johiel, Asachiel.

Figuras: al anverso, una corona con cuatro florones, en el centro de un pentagrama circunscrito por un círculo a cuatro milímetros del borde. Entre éste y el círculo irán inscritos los nombres utilizados; al reverso, una cabeza de águila en un hexagrama con las letras del nombre de Bethor en las puntas, y el signo de Júpiter en el centro.

El talismán de Venus se emplea para todo lo que concierne a la seducción, al amor y su consecución por influencia simpática. Favorece la fecundidad y protege la descendencia. Combate las enfermedades radicadas en el aparato bucal, en el sistema vascular y en los órganos genitales.

Momento: Viernes a la hora de Venus, cuando éste se halle en el signo de Taurus, o en el de Libra, sin aflicciones y si es posible con aspecto favorable de Saturno; también cuando la Luna ocupe los signos antedichos y bien encarada con Saturno. Evitar las conjunciones con Mercurio.

Metal: cobre.

Buril: pintado de verde.

Perfume: almizcle, ámbar gris, rosas rojas.

Vegetales para quemar: almendro, bisagra, cañafístula, celidonia mayor, limonero, cilantro, berro, espinaca, alhelí, muérdago, lirio, jacintos, siempreviva, violetas, lis, malva,

melisa, miosota, murto, margarita, pensamiento, vinca, llantén, manzano, reseda, rosa, satirión, serpol, tusilago y verbena.

Gemas: esmeralda, coral, zafiro con reflejos rojos.

Túnica: seda verde.

Número: siete.

Nombres: Ahed, Anael, Hagiel, Beneserafín, Rachiel, Sachiel.

Figuras: la letra hebrea ghimel, encerrada en un pentagrama incluido a su vez en un círculo a siete milímetros del borde; a su alrededor se escribirán los nombres usados en la consagración; al reverso, el hexagrama con las letras de Hagith en las puntas y el signo de Venus en el centro.

El talismán de Saturno favorece las obras de alta erudición y de abstracción. Materialmente está indicado para los productos de las minas, industrias de la piedra, o para la agricultura. Protege de los secuestros, de las conspiraciones y de las emboscadas. Combate las enfermedades de la armadura ósea y en general todos los padecimientos crónicos.

Momento: un sábado a la hora de Saturno, cuando éste esté situado en Capricornio o Acuario, sin aflicciones y si es posible bien encarado con Marte; o bien, cuando la Luna ocupe los signos citados, y en buena situación con respecto a Saturno y Marte.

Metal: plomo.

Buril: pintado de negro.

Perfume: semillas de adormidera negra, de beleño negro, raíces de mandrágora, polvo de hierro magnético, polvo de mirra.

Vegetales para el fuego: acómito, agnocasto, asfodelo, cactus, cicuta, coca, comino, ciprés, datura, eléboro, euforbia, higuera negra, helecho macho, liquen, mandráfora, musgo, parietaria, pulmonaira, ruda, saponaria, sauce, saxífraga, escrofularia, serpentaria, tabaco.

Túnica: paño común, rudo y negro.

Gemas: obsidiana, ónice, azabache, diamante y coral negro.

Número: tres.

Nombres: Hod, Cassiel, Agiel.

Figuras: una guadaña en un pentagrama incluido en un círculo a tres milímetros del borde el cual estará rodeado de los nombres usados; al reverso, un hexagrama con las

seis primeras letras del nombre de Arataon en las puntas y la que sobra en el centro con el signo de Saturno.

Para completar las indicaciones que preceden hemos incluido una síntesis de astrología que permite confeccionar con aproximación suficiente e interpretarlo en sus principales acepciones, un horóscopo para cada momento y lugar dados. La horoscopia lleva consigo diversos elementos y operaciones. Vemos primero los elementos:

1.º El lugar, la fecha y la hora lo más exacta posibles.

2.º El Zodíaco, o sea el plano de la elíptica en el que circulan los cuerpos celestes. Este plano, dividido en doce grupos de constelaciones se representa por un círculo repartido en doce sectores. Los símbolos zodiacales, Aries, Taurus, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpión, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis designan cada uno en un sector del Zodíaco y la influencia propia de cada sector.

3.º Los siete planetas, Sol, Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno, aportan cada uno a la economía terrestre, y más especialmente a cada individualidad, una serie de potencialidades que repercuten en las predisposiciones y predestinaciones.

4.º Las casas celestes, engendradas por la proyección del Zodíaco sobre el plano del Ecuador. Cada una de ellas localiza un grupo de resultantes de las influencias planetarias.

Las influencias zodiacales se subdividen en principio, como sigue:

Signos de fuego: (Aries, Leo, Sagitario)
» de tierra: (Taurus, Virgo, Capricornio)
» de aire: (Géminis, Libra, Acuario)
» de agua: (Cáncer, Escorpión, Piscis)

Estos signos corresponden a los cuatro temperamentos: bilioso, sanguíneo, nervioso y linfático:

También, se distingue entre:

Signos cardinales: Aries, Cáncer, Libra y Capricornio.
Signos fijos: Taurus, Leo, Escorpión, Acuario.
Signos móviles: Géminis, Virgo, Sagitario y Piscis.
Los primeros significan la iniciativa y las realizaciones.
Los segundos significan la estabilidad y la fijeza.
Los últimos las impotencias y disgregaciones.
Sus influencias propias son las siguientes:

Aries:	De la naturaleza de Marte. Impulsión, energía, iniciativa, actividad.
Taurus:	De la naturaleza de Venus. Evolución lenta pero poderosa, pasividad, realismo.
Géminis:	De la naturaleza de Mercurio. Inducción, oscilación, impregnación, indeterminación; carácter analítico.
Cáncer:	De la naturaleza de la Luna. Expansión, radiación, vitalización; carácter psíquico.
Virgo:	De la naturaleza de Mercurio. Equilibrio, mesura, norma; carácter voluntarioso.
Libra:	De la naturaleza de Venus. Armonía, fusión equilibradora, afinidades; de carácter sinóptico.
Escorpión:	De la naturaleza de Marte. Inflexibilidad, resistencia, continuidad; de carácter voluntarioso.
Sagitario:	De la naturaleza de Júpiter. Afirmación, pragmatismo, realismo; de carácter metódico.
Capricornio:	De la naturaleza de Saturno. Restricción, retroceso, inercia; de carácter negativo o privativo.
Acuario:	De la naturaleza de Saturno. Estasis, condensación, potenciación; de carácter interiorizante.
Piscis:	De la naturaleza de Júpiter. Anterioridad, descargo, disponibilidades; de carácter exteriorizante.

Las influencias propias a cada uno de los siete planetas pueden resumirse así:

	PREDISPOSICIONES	PREDESTINACIONES
MERCURIO	Adaptabilidad en todos los dominios: ingenio material, sentido psicológico y diplomático, aptitud para captar las relaciones y utilizar los conceptos. Por su propia facilidad de adaptación tiende a extender siempre el campo de su actividad y a dispersar su atención en todos sentidos. Gobierna el sistema nervioso con alternancia de agitación y represión. Con la Luna, Mercurio constituye un importante factor de Intelección.	Hay que basarse en su posición y sus relaciones planetarias o zodiacales para conjeturar los recursos del nativo para proveerse en todas las cosas, sus oportunidades de éxito en materia de ciencias aplicadas (industria, medicina, etcétera.), en comercio, en otro sentido, su aptitud para servir de *alter ego*. Es necesario un mínimo de impregnación mercuriana para saber sacar partido de los valores que se poseen; el exceso contrario conduce a sacar partido... sin valor intrínseco.

	PREDISPOSICIONES	PREDESTINACIONES
JÚPITER	Caracteriza las facultades que dan la aptitud para las gestiones sociales, administrativas o particulares. Orden método y conformidad a las reglas; el sentido de la jerarquía y jurídico, dependen de Júpiter. Su influjo regulariza la homogeneidad fisiológica y tiende a las plétoras congestivas. Anímicamente este planeta proporciona amplitud de sentimientos, y puntos de vista, y consecuentemente de ambiciones posesivas. El sentido de los colores sobre todo, pertenece al dominio de Júpiter.	Es el responsable de la fortuna, de los apoyos eminentes o mediocres, de las satisfacciones o disgustos familiares. La posición social en el sentido de importancia material depende de Júpiter. Se le relaciona con los bienes Inmuebles (los muebles corresponden a Mercurio). Los astrólogos de la antigüedad llamaban a Júpiter el gran bienechor.

	PREDISPOSICIONES	PREDESTINACIONES
VENUS	Agudeza sensorial sobre la que descansan las armonías perceptibles, sobre todo la música. El sentido del atractivo sensorial que se deriva de ello, califica para todo aquello que contribuye a hacer agradable la existencia como el espectáculo, en particular el arte lírico. Sitúa al nativo en entera dependencia de los gustos y tendencias de este dominio si no está equilibrado por una influencia moderadora. Rige la vasculación y el sistema esplácnico con tendencia al abuso de la sensación. Fuente anímica de la ternura.	La posición y los aspectos de Venus diagnostican el favor o desfavor del tacto, en lo que respecta al amor, la descendencia, las alegrías, facilidades, atractivos sensoriales de la existencia. Venus es el pequeño benefactor de la antigua astrología.

	PREDISPOSICIONES	PREDESTINACIONES
SOL	Significa el desarrollo de la actividad y el grado de potencia sintética del entendimiento, las más elevadas aptitudes. Acerca al tipo perfecto, al modelo ideal que sirve de término de comparación. Señala por tanto la agudeza de los sentidos críticos, del discernimiento y, por extensión, del sentido de la forma. Condiciona el ardor anímico. Rige la combustión fisiológica y sus efectos en el hígado, el corazón y los ojos. Tendencia febril.	Marca el grado posible de elevación, de significación personal, el alcance del destino. Proporciona el medio en el que habrá de desenvolverse al nativo. Indica el grado de influencia espontánea sobre los hombres, las oportunidades de adquirir renombre, supremacía o gloria. Bien situado y en buen aspecto el Sol presagia un gran destino. Defectuosamente, dispensa un cierto brillo personal. Si su situación es mala, el resultado es la oscuridad. Si es francamente negativa, neutraliza la tendencia y retira la aptitud.

	PREDISPOSICIONES	PREDESTINACIONES
LA LUNA	Determina la capacidad absorbente; tanto de aptitud fisiológica para aprovechar los recursos como la capacidad de la receptividad intelectual. Predispone pues a una ideología pasiva y engendra las tendencias contemplativas, la búsqueda de estimulaciones sensoriales, emocionales e intelectuales. Señala la capacidad mnemónica. Rige las secreciones y funciones acuosas, con tendencia a la dilatación de los continentes orgánicos: estómago, vesícula, y al exceso de linfa y humedad.	Augura la freouencia de la vida interior, doméstica, personal y el trato con personalidades y situaciones susceptibles de influir en el conceptualismo. Indica también movimiento, viajes, cambio de domicilio, de ocupación, etc. ...y las fluctuaciones de toda especie. Marca el carácter de las relaciones con el pueblo y por tanto las oportunidades de popularidad que no hay que confundir con la gloria. Más comúnmente se busca en la posición lunar una indicación relativa a la dulzura, a la paz de la existencia.

	PREDISPOSICIONES	PREDESTINACIONES
MARTE	Determina el dinamismo motor, la energía física y volitiva. Dispensa un sentido muy particular de la economía energética, un genio del ataque y de la réplica, sentido estratégico en una palabra, que hace a las personas nacidas bajo su influencia, extraordinariamente aptas para la lucha, y la acción *contra*. Califica la voluntad. Predispone necesariamente a una poderosa impulsividad, a la más excesiva pasionalidad, a la violencia. Preside todas las fases fisiológicas que elaboran la fuerza vital, con tendencia a las inflamaciones.	Atrae obstáculos de todas clases: materiales, humanos, colectivos, etc..., adversarios, enemigos. Los accidentes, que son en definitiva tropiezos, oportunidades hostiles, están determinados por la posición de Marte en el tema. Esto explica que se haya llamado a Marte planeta maléfico. Pero son sus relaciones con los restantes cuerpos celestes y el Zodíaco las que fijan sus buenos o malos efectos.

	PREDISPOSICIONES	PREDESTINACIONES
SATURNO	Determina la abstracción, la vida interior, el sentido filosófico, el sistematismo en todas sus formas. Las matemáticas y la técnica musical dependen de Saturno. Hace aptos a los que condiciona con su influjo para todo intento extractivo de largo alcance. Anímicamente su influencia condensa y retiene la expansividad, engendra el causalismo, la perspicacia y la previsión. Fisiológicamente rige las elaboraciones lentas, el tejido óseo, con tendencia a las paralizaciones e hipoactividades.	Modera y prolonga si está bien situado; pero si está en posición desfavorable, aniquila jugando entonces un papel esterilizante y fatal, de donde el nombre de gran maléfico. En él se halla la razón de las mayores desgracias de la existencia, del ostracismo, de las detenciones, así como de las relaciones con los ancianos, los sabios y los religiosos.

Un planeta actúa superlativamente en su exaltación, normalmente en su casa, insuficientemente en su lugar de exilio y negativamente en su lugar de caída. Para apreciar todo esto se recurrirá al cuadro de las dignidades y debilidades que sigue: En cuanto al *curso retrógrado*, que es otro género de debilidad, la efemérides lo indica por un pequeño signo parecido a una R mayúscula.

PLANETAS	CASA DIURNA	CASA NOCTURNA	EXALTACIÓN	LUGARES DE EXILIO		LUGARES CAÍDA	Extranjerías
Saturno	Capricornio	Acuario	Libra	Cáncer	Leo	Aries	
Júpiter	Sagitario	Piscis	Cáncer	Géminis	Virgo	Capricornio	
Marte	Aries	Escorpión	Capricornio	Libra	Taurus	Cáncer	
Sol	Leo	———	Aries	Acuario	———	Libra	Los demás
Venus	Libra	Taurus	Piscis	Aries	Escorpión	Virgo	
Mercurio	Virgo	Géminis	Virgo	Piscis	Sagitario	Piscis	
Luna	Cáncer	———	Taurus	Capricornio	———	Escorpión	

La fusión de las influencias planetarias, la reacción del influjo de un planeta sobre el de otro se efectúa de diferente modo según el ángulo de encuentro de los influjos. De ahí la teoría de los aspectos. El aspecto de dos cuerpos celestes se determina según la abertura del ángulo que separa sus respectivas posiciones.

Se distinguen:

La *Conjunción* o posición idéntica, a 7° aprox.
La *Oposición* o ángulo de 180° a 7° aprox.
El *Trino* o ángulo de 120° a 5° aprox.
El *Sextil* o ángulo de 60° a 2° aprox.
El *Cuadrado* o ángulo de 90° a 3° aprox.

Se distinguen también otros aspectos secundarios que pueden despreciarse en un horóscopo de conjunto.

La conjunción de los maléficos Saturno y Marte es esencialmente nefasta; la de cada uno de ellos con el Sol, la Luna, Mercurio, Júpiter y Venus, afecta y modifica el influjo de estos últimos. La conjunción de los benéficos Júpiter y Venus es esencialmente afortunada. En cuanto a las conjunciones de los cinco restantes hay que considerarlos como combinadoras de influjos y juzgarlas, 1.°, según los otros aspectos

recibidos por cada uno de los planetas en conjunción; 2.º, por su dignidad o debilidad.

La oposición y el cuadrado son disonantes.

El trino y el sextil son armónicos.

Las doce casas horoscópicas determinan cada una un destino y localizan un orden de presagios.

En la primera se interpretará lo que concierne a la propia personalidad del consultante: constitución, cualidades, etcétera.

En la segunda los presagios en relación con las adquisiciones financieras.

En la tercera, los familiares, amistades, etc.

En la cuarta, los padres (padre y madre) y lo que a ellos ataña.

En la quinta, lo que toca al amor, la generación, las satisfacciones sensoriales, etc.

En la sexta, las ayudas, servidores, colaboradores; las defecciones fisiológicas o enfermedades del cuerpo, considerado como un auxiliar más.

En la séptima, el matrimonio, las asociaciones, los asuntos en litigio.

En la octava, las enfermedades graves y la muerte.

En la novena, la elevación moral del consultante y sus más preciadas aptitudes.

En la décima, la suerte y las grandes realizaciones.

En la onceava, los amigos útiles, las personas adictas, las buenas oportunidades aprovechadas por la buena voluntad de otros.

En la doceava, las enemistades, las desgracias y los contratiempos.

Las operaciones necesarias para confeccionar un horóscopo están hoy enormemente simplificadas gracias a documentos que evitan todo cálculo como no sea una adición o una sustracción. Estos documentos son:

El cuadro de las casas astrológicas de Dalton o el de Raphael.

La efemérides del año de nacimiento.

Contando con su ayuda se procederá como sigue. Supongamos, por ejemplo, un nacimiento el 17 de diciembre de 1893 en X... (Bulgaria), a mediodía, siendo la latitud de X...

440, la efemérides indica, en principio, las posiciones planetarias, que son:

Sol	Luna	Marte	Mercurio	Júpiter	Venus	Saturno
25º 50'	8º 45'	20º10'	4º 47'	22º 50'	12º 41'	23º 17'
Sagitario	Aries	Escorpión	Sagitario	Retrogrado Taurus	Acuario	Libra

Si la hora era anterior a mediodía hay que hacer retroceder la situación de cada planeta el camino que le quedaba por recorrer entre la hora del tema y el mediodía; inversamente, para las horas de después de mediodía, se añadirán los grados y minutos indicados por la efemérides al recorrido efectuado tras el mediodía por cada cuerpo celeste.

Aproximadamente el Sol avanza cada día 59'; Mercurio 1º49'; Venus 1º15'; La Luna 13º58'; Marte 46'; Júpiter 5'; Saturno 4'. Se trata pues de una simple regla de tres para calcular sus recorridos en horas y minutos.

La efemérides indica además la hora sideral para el mediodía; para el 17 de diciembre de 1893: 17 h. 41' 21". A esta hora sideral hay que restar o sumar el tiempo que separa el momento en que se está preparando el horóscopo del mediodía, según que este momento sea anterior o posterior al mediodía. En nuestro ejemplo no hay que modificar nada: 17 h. 45' 21". En la *Tabla de las Casas* corresponden a la hora sideral, los puntos zodiacales en que comienzan cada una de las casas del tema. Así para el caso en cuestión:

Casa	10	27º	Sagitario
Casa	11	17º 5'	Capricornio
Casa	12	12º 27'	Acuario
Casa	I	23º 52'	Aries
Casa	II	7º 9'	Taurus
Casa	III	6º	Géminis

Los ápices o cúspides de las casas IV, V, VI, VII, VIII y IX están siempre a 180º, respectivamente de los ápices de las casas X, XI, XII, I, II y III. Si se tiene en cuenta que en el Zodíaco las líneas se oponen así:

Aries	Libra
Taurus	Escorpión
Géminis	Sagitario

Cáncer	. . . . .	Capricornio
Leo	. . . . .	Acuario
Virgo	. . . . .	Piscis

Se halla:

La cúspide de la	Casa	IV	a 27°	de Géminis
»	»	V	a 17° 5'	de Cáncer
»	»	VI	a 12° 27'	de Leo
»	»	VII	a 23° 52'	de Libra
»	»	VIII	a 7° 9'	de Escorpión
»	»	IX	a 6°	de Sagitario

Entonces, obtenemos las figuras siguientes.

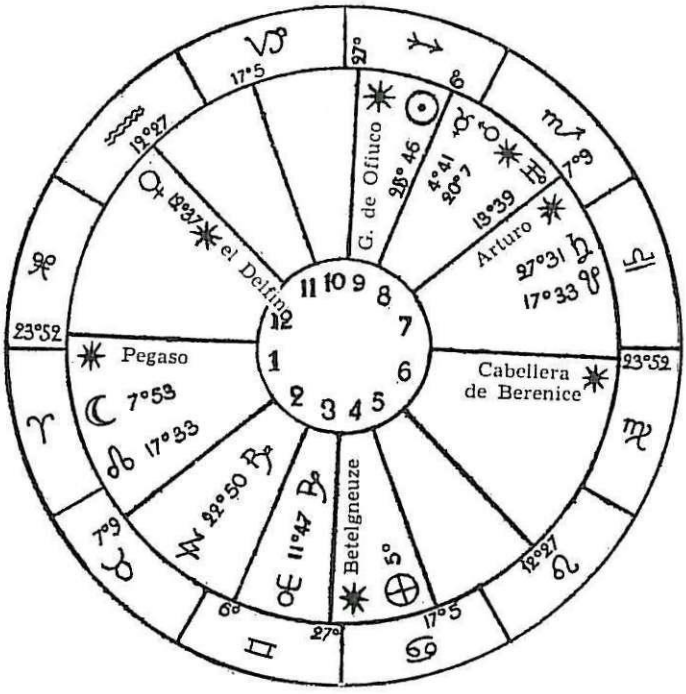

FIGURA 31

Mapa del Cielo, «Horóscopo»

o cuando menos los elementos esenciales, suficientes para una interpretación de conjunto. La cúspide de la casa I se llama *Ascendente;* la de la casa X, *Centro del Cielo.* Estos son dos puntos importantes. Hay que tener siempre en

☉ ♐	23°22 S	Fuego. Com	9ª Cad.		☌♄□AS<♀<♅PMC
☾ ♈	2°50 N	Fuego. Card	1ª Card.	Estado de extrañeza	△☿<♆
♂ ♏	17°17 S	Agua. Fijo	8ª Suc.	Alegría	☍♆△AS P♆
☿ ♐	19°14 S	Fuego. Com.	8ª Suc.	Exilio	☍☿△☾
♆ ♉	17°31 N	Tierra. Fijo	2ª Suc.		☌AS<☾☍♂P♂
♀ ♒	18°48 S	Aire. Fijo	12ª Cad.	E. de ex.	△☿□♅<☉
♄ ♎	6°49 S	Aire. Card.	7ª Card.	Exaltación	☌☉
♅ ♊	20°41 N	Aire. Com.	3ª Cad.		☍☿△♀
♅ ♏	15°33 S	Agua. Fijo	8ª Suc.		□♀<☉
MC ♐	23°19 S				□AS
AS ♌	20°43				△♂□☉☌♆

FIGURA 32

Cuadro de los elementos astrológicos deducidos del Horóscopo precedente

cuenta sus aspectos con los diferentes cuerpos celestes. En el tema que precede:

El Ascendente recibe el trino de Marte, el cuadrado del Sol y el Sextil de Júpiter.

El Centro del Cielo está en cuadratura con el ascendente, y Saturno en aspecto sextil con el Sol.

Júpiter sextil con el ascendente, está en posición con Marte.

Mercurio en trino con la Luna.

Marte, opuesto a Júpiter, está en trino con el ascendente (4).

La interpretación, menos dificultosa de lo que parecía en un principio, se inspira en las directrices generales siguientes. Para la salud, la vitalidad y la constitución física, hay que examinar la posición y los aspectos mutuos o heterogéneos del Sol y de la Luna, así como el punto ascendente y la Casa I. La energía espontánea se deduce del estado de Marte. La Inteligencia en el sentido de discernimiento innato procede del Sol; en el sentido de predisposiciones intelectuales, de Mercurio y la Luna. Las facultades especiales son indicadas por los signos zodiacales y las casas que ocupan Mercurio y la Luna así como los aspectos que reciben. Los gustos y tendencias corresponden a los planetas predominantes, es decir los más fuertemente calificados positiva o negativamente. En cuanto a las facultades, tendencias y aptitudes, el planeta cuyo carácter es el mismo que el del signo zodiacal del ascendente tiene una influencia considerable, a menos que no sea débil. Júpiter y las 10.ª casa significan la posición o elevación social. Venus y la 5.ª casa, la vida sentimental y los atractivos, alegrías y facilidades. El Sol y Marte representan al marido o al padre en un horóscopo femenino; la Luna

Las casas	XII, XI y X	significan	la	1.ª	parte	de	la	vida
»	» IX, VIII y VII	»	»	2.ª	»	»	»	
»	» VI, V y IV	»	»	3.ª	»	»	»	
»	» III, II y I	»	»	4.ª	»	»	»	

y Venus, la mujer o la madre en un horóscopo masculino. Para el éxito personal se considera el estado del Sol. La cuestión financiera depende de Júpiter, en lo que concierne a los recursos extraños a la iniciativa del nativo; de Mercurio para los beneficios industriales; de Venus para las ganancias fortuitas o producto de favores individuales. La seguridad se presagia según la Luna. De Saturno se deducirán conclusiones relacionadas con la mala suerte y la hostilidad de las cosas. De Marte, las enemistades declaradas, y los obstáculos que exigen la lucha. Además, según el aspecto de cada casa, su signo zodiacal, el planeta que reina sobre él por analogía de carácter, el lugar de este planeta en el tema, sus digni-

dades o debilidades, se consigue, incluso en un horóscopo de conjunto, un campo de estudio, extensísimo y de múltiples precisiones.

Acabaremos esta introducción a la astrología con dos indicaciones relativas a los ciclos de influencias.

La parte más sustanciosa de un horóscopo es la que indica cuál de las cuatro partes de la existencia ha de ser la más influida. Así:

Las casas	XII,	XI y	X	significan	la	1.ª	parte	de la vida
»	IX,	VIII y	IV	»		2.ª	»	»
»	VI,	V y	IV	»		3.ª	»	»
»	III,	II y	I	»		4.ª	»	»

Por otra parte la Luna gobierna la infancia hasta los cuatro años inclusive; Marte la sustituye de los 5 a los 9 años inclusive; Venus gobierna de los 10 a los 17; el Sol de los 18 a los 37; Marte de los 38 a los 52; Júpiter de los 52 a los 64; y Saturno de los 64 hasta el fin de la vida.

NOTAS AL CAPÍTULO XVII

(1) O sea de cuadraturas, oposiciones y semicuadraturas con los otros planetas y de conjunción con Saturno.

(2) O sea, en conjunción de trinos y sextiles con todos los demás, excepto Saturno.

(3) Ejemplo: Adonai, Eloim, Algla Tetragrammaton, Vau, Och, Rafael, Nachiel, Miguel, Dardiel y Huratapel.

(4) Así se determinan las disonancias y se les puede oponer el correctivo talismánico que convenga. Sabemos que los planetas aflictivos son el Sol, Júpiter y Marte. Sobre todo Júpiter se halla negativamente significado: retrógrado, peregrino y marcado por Marte, es el dueño del ascendente del centro del cielo (respectivamente situados en Sagitario y Piscis, ambos de naturaleza jupiteriana). Una de las mejores soluciones consistiría en oponer, 1.º un talismán de Júpiter, el de los 20º y 25º de Piscis, o sea situado a la vez en conjunción con el ascendente del horóscopo y en su casa, y 2.º un talismán de Marte en buen aspecto con Júpiter. También se podrían reunir estas dos series de condiciones en el mismo momento.

Capítulo XVIII

LA MAGIA NEGRA

El creciente lunar del decimoctavo arcano de Hermes dispensa a la fauna errática de las noches el negativo de aquella luz cuya incidencia directa ciega la nictalopía animal. Reflector lunar de la antorcha iniciática, los misticismos aberrantes o perversos convierten en oscuridad la esplendente claridad y del dogma radiante de los Magos, extraen la sombra maldita de las perpetraciones ocultas...

Al iniciado, abierto por la ascesis al triple conocimiento, mundo invisible, entrenado a conciencia en el manejo del Servidor de las Potencias, se opone el oscuro eignozante practicante de ritos que desprecian el orden.

¿Acaso el servidor de la inconsciencia podría realizar verdaderos prodigios barbotando las incoherencias de su grimorio? ¿Es que basta

«Invocar a la enorme bestia»,
«la bestia con cuello de toro»

para disponer de un poder tan formidable, cuando las sutiles intelecciones de los sabios encuentran rebeldes a sus palabras los auxilios que han evocado?

¿Cómo es posible que este grotesco hechicero pueda sembrar la destrucción a voluntad cuando el moderno practicante de la psicología sólo experimenta con grandes dificultades?

Esto requiere una explicación que algunos lectores habrán entrevisto ya y que se halla íntegra en esta frase del maestro Eliphas Levi Zahed:

«Para realizar milagros, hay que situarse fuera de los límites comunes de la humanidad; hay que estar o bien abstraído

por la sabiduría, o exaltado por la locura; por encima o por debajo de las pasiones, en el éxtasis o en el frenesí».

El mago negro, incapaz de acceder a la sabiduría y ni siquiera de vislumbrarla, utiliza sus predisposiciones a la exaltación frenética. El psicólogo moderno se queda en el centro. El mago y el brujo, realizan los extremos.

Tanto si es expresión de un pensamiento luminosamente deliberado y proyectado con las altas tensiones de una energía metódicamente condensada, como si es el fruto de impulsiones enceguecidas por un fanatismo paroxísmico, la voluntad se impone indiferente al impersonal servidor de las potencias, porque en uno y otro caso se vale de un absoluto: la certeza objetiva o la fe ciega. Así el sencillo pastor que cree en el diablo y a la vez en la fuerza de sus padrenuestros, halla una efectiva respuesta a sus plegarias.

Lo que atrae la atención inicial del aspirante a brujo, es un poderoso interés por todo lo maravilloso, lo que explica, por otra parte, las percepciones de la mediumnidad espontánea. En la noche espera ávido el eco de los pasos de sus antecesores. Pacta en la soledad con las tinieblas y ejerce en silencio su vaga percepción autoalucinatoria. Siente que se distancia poco a poco de su alrededor, demasiado dependiente de lo tangible, porque lo hiperfísico se le muestra cada vez más cercano a sus intuiciones. Y para colmo atrae inconscientemente hacia sí al iniciador que ha de revelarle sus maravillosos poderes y le hará beneficiario un día de sus fórmulas secretas.

O bien cualquier buhonero le venderá enquiridiones con extrañas figuras, el Dragón Rojo, el Honorio y los escritos de Agaliarept (1).

En una palabra, se hará un maestro en el arte de invocar a los espíritus, de evocar a los muertos, de doblegar las fuerzas rebeldes y de desafiar a aparecer a Lucifer, el emperador de los infiernos (2).

Sin repetir al detalle el espantoso repertorio goético y sobre todo sin aventurarnos en peligrosos comentarios, hagamos un inventario sucinto de las posibilidades del maleficio. En primer lugar, los sortilegios.

Nuestros lectores saben ya lo que ignoran la mayoría de los habituales del grimorio y de las conjuraciones: la existencia del plano astral, o sea, de un agente directamente ma-

nejable por el querer humano; cuando éste sea positivo, reflexivo y pasional *deseo*. Por medio de este agente, todos podemos llegar hasta cualquiera otra individualidad. Veremos como hasta los reinos vegetal y animal sufren la reacción de los movimientos volitivos que se imprimen al astral.

La materia — nuestros físicos lo afirman — nunca es totalmente inerte. El átomo vive, evoluciona. En la piedra, el metal, la espiga una vida particular anima la sustancia. El mineral tiene su doble etéreo, al igual que el hombre. Tiene incluso un rudimento de cuerpo astral. El vegetal muestra una vida algo más evolucionada. En cuanto al animal, su cuerpo astral, ya muy evolucionado, explica el misterioso instinto por el cual percibe con sorprendente seguridad cosas que a nosotros nos escapan absolutamente. La autoridad del domador sobre el león, la animosidad del perro policía hacia el malhechor, su proverbial sagacidad (3), el lúgubre aullido con el que expresa su aflicción, a su manera, ante un cadáver; el hilo invisible que conduce a la paloma mensajera, todo esto y miles de pruebas igualmente sugestivas, sólo se explican por *el cuerpo astral del animal.*

El brujo, al seguir las indicaciones de su ritual, condensa sus energías psíquicas y con ellas acciona el agente en el que se mueven todos los seres y las cosas vivientes, de forma que perturba más o menos poderosamente su vitalismo.

Así, puede esterilizar la tierra, debilitar a los animales y dañar de mil modos a las personas.

Evidentemente no comprende de una manera clara el mecanismo de los fenómenos que produce y su ignorancia por extraño que parezca, constituye su primer medio de acción. Es preciso, en efecto, que su imaginación engendre las más espantosas quimeras, se exalte en evocar legiones de diablos terroríficos, espíritus encadenados por su verbo, infinidad de agentes ocultos, hasta llegar a esa especie de delirio emocional sin el cual este espíritu primario no alcanzaría a pensar con la ilación y determinación necesarias.

Los extraños preparativos, minuciosos, difíciles e incluso peligrosos prescritos por el *Dragón Rojo* y otros tratados goéticos sustituyen, para este hombre incapaz de disciplina mental razonada, a la emisión de conceptos convergentes, la concentración voluntaria del pensamiento y su precisión y continuidad.

Creando hábilmente en una persona una perturbación emocional, el brujo introducirá en su subconsciente una idea fija, una amenaza que, al golpear la imaginación de su víctima, creará en él conmociones proporcionales a su debilidad de carácter.

Absorbiendo tóxicos que determinarán en él un desdoblamiento polarizado por una intención odiosa formal, el brujo, en cuerpo astral, asediará, atormentará e incluso herirá a su enemigo o le visitará bajo la forma de un extraño ser (4). Y exteriorizando su motricidad, podrá prolongar las visitas por el tiempo que quiera, y producir así desdoblado, ruidos, desplazamientos de objetos, etc.

Procurándose diversas sustancias impregnadas de los fluidos de una persona (sangre, cabello, ropa) podrá condensar esta emanación eteroastral de dicha persona en un *bulto* (figura de cera de los embrujados). Luego, tras haberse exaltado convenientemente la pinchará, mutilará y quemará, exactamente como si lo hiciera al sujeto que quiere embrujar. Estos procedimientos actúan por vía astral y pueden llegar a ocasionar perturbaciones más o menos duraderas.

Cuando la constatación, repetidamente renovada, de la eficacia de sus operaciones ha dado al brujo una fe ciega en sí mismo, cuando su reputación se ha establecido y se le teme, le bastará la mayoría de las veces con una amenaza inconcreta, una mirada expresiva o algunos gestos para provocar un terror tal en el alma de cualquier persona que ésta puede quedar seriamente afectada. Como el miedo engendra por sí mismo efectos ocultos perniciosos, el hechizado al que le haya sido comunicada por este medio la impulsión mórbida, continuará atrayéndose inconscientemente las influencias susceptibles de alterar su salud, de magnetizar hacia sí los seres maléficos y de engendrar la infortuna más tenaz.

Invocando larvas y elementales a los que comunicará una impulsión y propiedades en relación con su odio, el brujo la proyectará contra su enemigo. Estos entes actuarán, transportados por su elemento — el astral — para destruir al hechizado.

Teniendo en cuenta las correspondencias planetarias, el brujo, ayudado de los metales, minerales y vegetales aptos para impregnarse del influjo de cada cuerpo celeste, llega

FIGURA 33

La Luna

Clave 18 del Tarot

hasta confeccionar verdaderos talismanes maléficos. En lugar de valerse de los aspectos armónicos, recurre, como es natural, a las disonancias (5).

Condensando en determinados focos de desorganización material una potente acumulación astral generadora de larvas maléficas, el brujo sitúa esta «carga» en las proximidades de las cosechas y de las granjas perturbando así el crecimiento y la salud de vegetales y animales.

Esas son las obras principales de la magia negra: todo lo que sea dañar es el objetivo más importante de sus prácticas. Hay otras igualmente reprensibles, concebidas para atentar a la norma natural. Por ejemplo los hechizos de *anudamiento de agujetas* (que consiste en ocasionar la impotencia o la esterilidad a aquellos que se odia); los *hechizos de amor* y los filtros que incitan a la lujuria. Los grimorios están llenos de fórmulas de este género sobre los que no habremos de insistir más.

La medida en la que estamos expuestos a la influencia de estos procedimientos empíricos depende de tres diferentes condiciones. En primer lugar el equilibrio de la salud, seguido del dominio sobre sí mismo y por último el grado de inteligencia. Podríamos resumir todo en una fórmula corta y expresiva: la energía física y moral.

El aura — la invisible atmósfera etérea, astral y mental — de cada uno de nosotros forma una muralla defensiva tanto más infranqueable cuanto más activas sean sus vibraciones. No hay maleficio capaz de alcanzar una voluntad firme y dirigida por una ideación sutil y elevada.

Pero la magia no cuenta sus practicantes sólo entre los disminuidos intelectualmente. La audacia y la inteligencia han sido frecuentemente sometidas y han acabado por ser corrompidas por glosas malditas. Disfrutar de un poder sobrehumano, satisfacer los deseos, abatir a los enemigos por alta que sea su posición, saciar sus apetitos más desordenados y sus más desorbitadas pasiones, en una palabra, es la vertiginosa perspectiva que ha hechizado en todos los tiempos — casi siempre, hay que decirlo, a causa de un ciego fanatismo religioso — a espíritus dotados de una indudable grandeza.

Éstos no perderían el tiempo con despreciables diablerías; lo que buscaban era el trato directo con Satán y la

conclusión del pacto tradicional especie de contrato por el cual el oficiante aceptaba el fuego eterno a cambio del poder infernal.

De donde esa especie de iniciación satánica, generalizada, al parecer, en la época medieval y cuya introducción consistía en la perpetración de los peores sacrilegios, el ritual en blasfemias y crueles fechorías, el oficio en una parodia invertida de la misa y la asamblea en reuniones nocturnas (6).

El *Dragón Rojo* recoge algunas fórmulas de evocación infernal cuya observancia debía hacer perder la cabeza a quienes no la hubieran perdido de antemano: Aislarse durante treinta días; tomar, en el curso de este retiro, una reducida alimentación, acompañada por bebidas estupefacientes; preparar, luego de haberla cortado antes del alba con un cuchillo nuevo consagrado a los malos espíritus de Marte y marcado con sus atributos, una barita ahorquillada que debía estar provista de puntas magnéticas; degollar una víctima — un cabrito —; proveerse de una piedra hematita, de una túnica negra hilada por una prostituta o una abortadora, de una placa de plomo con los geroglíficos de Saturno grabados en ella, de dos antorchas hechas de sebo humano, candelabros negros en forma de semicírculo; de vegetales y perfumes, elegidos entre los más dañinos en la flora de Marte y Saturno; componer con ellos una pasta mezclándolos con sangre de animales igualmente saturnianos; recoger cuatro clavos que hayan servido para clavar a un ajusticiado por asesinato en ese año, los cuernos y los testículos de un toro, la cabeza de un gato con rabia, alimentado en ese estado con carne humana durante trece horas, el cráneo y los fémures de un parricida menor y en fin, un murciélago muerto por inmersión en un balde de sangre fresca.

A esta fase preparatoria sucedía la evocación propiamente dicha y ya pueden imaginarse las disposiciones alucinatorias del oficiante.

No es imposible que semejante tenacidad con la ayuda de sustancias e invocaciones prolemurianas, atraiga una legión de entidades astrales y que una de ellas se objetive, sea larva o elemental, con la imagen del horrible demonio convencional. Y las propiedades de la varita de los descubridores de manantiales y yacimientos metálicos, son demasiado conocidas hoy para que se explique cómo, conducido o no por Lu-

cifer, el evocador armado de su *vara ahorquillada*, podía a veces descubrir un tesoro (7).

En cuanto a las invocaciones seguidas de pacto, el concurso de los elementales bastaría para asegurar en cierta medida el perjuicio a su signatario, porque los espíritus prestan, jamás regalan: la lectura de nuestro capítulo dieciséis lo ha dejado suficientemente claro. Obtener de ellos algo es cederles un derecho que ejercerán un día u otro y éste es el sentido del adagio que dice que todos los brujos acaban estrangulados por el diablo.

NOTAS AL CAPITULO XVIII

(1) El *Dragón rojo, el Gran Grimorio*, el *Grimorio de Honorio II;* el *Enquiridión del Papa León;* el *Tesoro del Viejo de las Pirámides;* así como los escritos de Agaliarept, que se decían publicados en Menfis. Y tantos otros formularios supersticiosos que circulan en abundancia por los pueblos.

(2) El *Dragón Rojo* revela la constitución gubernamental del Infierno. Lucifer, Sarganatas, Agaliarept, Fleuretty, Nebiros, Satanachia, y Belcebú asumen en él las más elevadas funciones.

(3) «Se le ha visto, en medio de una multitud asombrada, reconocer, señalar y denunciar al asesino de su dueño.»

(4) La leyenda le presenta recorriendo los caminos, los bosques y los campos en forma de un animal apocalíptico: el hombre-lobo.

(5) Las operaciones de magia negra se realizan en luna menguante: sugestiva analogía con la figura de la decimoctava carta del tarot en la que los cuernos de la Luna se vuelven hacia la izquierda.

(6) El legendario sabbat. Se llegaba a esto por el efecto de las drogas alucinantes, que facilitan la exteriorización del doble mientras el cuerpo quedaba inmerso en un profundo sopor.

(7) El *Dragón Rojo* prescribe la invocación cuando se trata de encontrar un tesoro; Lucífugo entonces debe conducir al asistente al lugar donde el tesoro se halla enterrado.

Capítulo XIX

LA MEDICINA OCULTA

Cuando no se observan las leyes del equilibrio fisiológico, bien porque se ignoran, bien porque deliberadamente se desprecian, este equilibrio, mantenido un cierto tiempo por autorreacción orgánica, se rompe más o menos bruscamente y su ruptura se manifiesta por perturbaciones funcionales o lesiones que se designan con el nombre genérico de enfermedades. Uno o varios de los elementos constitutivos de *gouph*, el cuerpo físico, dejan de cumplir íntegramente su función, y como todo en el complejo humano es solidario, la vitalidad del conjunto disminuye paulatinamente cuando un solo órgano se halla afectado. De ello se sigue que los males del cuerpo repercuten inevitablemente en el alma debilitando o desorganizando su instrumento carnal de manifestación. Toda medicación que cuida el cuerpo pero olvida el alma es insuficiente pues si bien el mal viene de abajo y afecta el alma por repercusión no tiene un lugar determinado donde se le pueda atacar. Por otra parte, la causa inicial de todos los estados patológicos es frecuentemente inseparable de vicios cuyo cese hace necesaria la aportación de luz sin la cual la generatriz inicial de la enfermedad se perpetuaría, por acertada que sea la lucha contra los síntomas.

De hecho, la salud, o la recuperación de la salud supone una normalización mínima de los cuatro centros individuales:

—La norma espiritual, inversa del estado de subversión moral.

—La norma intelectual, fuera de la cual el error o la ignorancia fomentan el desorden.

—La norma volitiva, indispensable para gobernarse según las dos primeras.

—Y la norma vital, que resulta del suficiente vigor de *nefesch*, el doble sideral, y de la integridad constitutiva de *gouph*, así como de la conformidad del *modus vivendi* a las exigencias biológicas. Las dos primeras faltan congénita y hereditariamente a algunos debido a anterioridades determinantes de una incarnación defectuosa. El efecto de semejante anterioridad no podría anularse sin una modificación evolutiva, o sea, sin una reeducación espiritual, intelectual y volitiva.

Estas son las bases de la medicina oculta en síntesis que, cuida de la moralidad (*neschamah*), el discernimiento (*ruach*), la vitalidad (*nefesch*) y los engranajes de su vehículo tangible (*gouph*).

La decimonona clave de Hermes nos muestra dos jóvenes que, cogidos de las manos, se exponen en una terraza a la vitalizadora y luminosa irradiación de un sol inmenso. Benignidad del corazón, claridad de entendimiento, acción de la vida universal y retorno al puro ambiente natural se prescriben jeroglíficamente y componen el gran magisterio curativo, la verdadera triaca.

Cuando se apresta a hacer una curación, el taumaturgo, lo que quiere por encima de todo es instaurar la serenidad. Para ello, buscando ante todo atenuar las manifestaciones dolorosas, tratando de que renazcan la fe y la esperanza, se prepara a suscitar en el alma del enfermo altas tensiones: inquietud por el futuro espiritual, veneración, caridad, indulgencia que justifica los peores agravios. Purifica así el aura psíquica del paciente y aparta de él los agentes perturbadores que hubieron podido introducirse para integrar su pensamiento agnóstico, egoísta y rencoroso o simplemente material.

Instruir al enfermo, galvanizar en él el sentido de las realidades invisibles, atraer hacia él por medio de invocaciones, las influencias providentes, unirle a una poderosa cadena de psiquismo benéfico por conjuración — o sea por adhesión formal a la congregación de los que la componen — es la *finalidad mística* de la medicina oculta.

La taumaturgia, en fin, actúa especialmente sobre el principio animador, o sea el *cuerpo astral* o doble sideral y su

FIGURA 34

El Sol

Clave 19 del Tarot

modelación directamente activa sobre los tejidos, el *doble etéreo*. Para ello recurre a la transfusión vital y a las influencias planetarias.

La *transfusión vital* o magnetoterapia utiliza la propiedad irradiante del doble sideral que permite al hombre sano sostener la potencia de reacción de un organismo atónico.

La *medicina planetaria* se funda en el origen patológico de las predisposiciones patógenas. Nuestros lectores, que están ya informados con las sólidas nociones de astrología expuestas en este libro, comprenderán sin dificultad que los excesos, las insuficiencias y las disonancias significadas en un horóscopo de natividad indican las hiperestenias, las astenias y las irregularidades funcionales a que está predispuesto el nativo. Como se sabe, el Sol condiciona el tono vital de conjunto, la cohesión celular; la Luna rige el cerebelo, el gran simpático, el automatismo visceral y la asimilación; Marte refuerza el sistema muscular, preside en la capacidad de movimiento y en las combustiones internas; Mercurio regula la inervación central y periférica; Júpiter influye en la función respiratoria, la hematopoyesis y la vasculación; Venus determina la actividad glandular y sensorial; Saturno, en fin, gobierna la osificación, las conformaciones celulares y las funciones de eliminación. Sin embargo, la insuficiencia de uno de los siete planetas, su debilidad en el tema natal, entraña una debilidad, una *atonía* de los órganos y funciones que le corresponden. Su predominio significaría un exceso, una actividad anormal de los mismos órganos y funciones. El encuentro de su influencia con la de otro planeta (conjunción, cuadratura, oposición) indicaría un conflicto accidental o crónico de las dos secuencias funcionales en relación con los dos cuerpos celestes considerados. La medicina astral remedia por el uso de las correspondencias planetarias en los tres reinos, los desequilibrios de nacimiento. Llena las insuficiencias por el uso de los *semejantes*, equilibra los excesos por los *contrarios*, y concilia las disonancias por las *mezclas*. Será de gran provecho consultar la obra de Paracelso para una ampliación del tema. Allí se encontrará la fórmula de numerosas especificaciones, todas magistralmente expuestas y resueltas.

En algunos centros de iniciación de la antigüedad se recurría exclusivamente a la abstinencia, a la acción interna y ex-

FIGURA 35

La resurrección de los muertos

Clave 20 del Tarot

terna del agua, a los ritos propiciatorios y al sueño, lo cual estaba completamente de acuerdo con el principio sintético del hermetismo. Preparado por la abstinencia y las abluciones, el enfermo entraba en el templo y allí se recogía y solicitaba de las Potencias Ocultas el *sueño medicinal* — redescubierto luego por el doctor Braid — que no sólo favorecía considerablemente las reacciones autoterápicas, sino que además en muchas ocasiones se acompaña de una lucidez reveladora de los cuidados y agentes específicos de la enfermedad.

Basándose en las directrices del esoterismo se podrían curar gran número de enfermos considerados como incurables. Por otra parte, sin intervención del hombre, sin sueño especial, basta con situarse en estado de elevación espiritual y de receptividad psíquica por la meditación, auxiliada si no por el ayuno total, al menos por una rigurosa sobriedad, para atraerse las inspiraciones, las luces e influencias susceptibles de contribuir a la curación.

Cuando llega la llamada del Altísimo, los muertos de la veinteava clave de Hermes salen de la tumba. Estos muertos simbólicos son legión entre nosotros, pero por desgracia su densificación material, frecuentemente más invulnerable que las losas del sepulcro, les mantiene amurallados, inertes, inconscientes de las posibilidades ocultas. (Véase la página anterior).

Capítulo XX

LOS FENÓMENOS OCULTOS ANTE LA CIENCIA CONTEMPORÁNEA

Las concepciones de la Ciencia moderna coinciden en gran parte con las de la Antigüedad. Desde hace unos setenta años aparece ante los observadores un mundo de fenómenos asombrosos que recuerda con fuerza los prodigios legendarios de la magia y suscita en las gentes un nuevo interés por el ocultismo que también ha repercutido en la élite del pensamiento contemporáneo.

Entre los hechos que han sido rigurosamente comprobados, pueden distinguirse cinco categorías:

1. *Exteriorización de la sensibilidad.*
2. *Exteriorización de la motricidad.*
3. *Metagnomía o percepción de objetos y seres que están fuera del alcance de los sentidos físicos; a) en el espacio; b) en el tiempo.*
4. *Telepsiquismo espontáneo y provocado.*
5. *Desdoblamiento* (bilocación): *a) espontánea; b) provocada por la acción de narcóticos; c) por la acción del magnetismo,* y *d) voluntaria.*

Expondermos al lector algunos de estos fenómenos, como conclusión de este libro.

1. *Exteriorización de la sensibilidad.* — Quienes hayan leído nuestro *Méthode scientifique moderne de Magnétisme, Hypnotisme y Suggestion,* conocen ya este fenómeno. Los trabajos del coronel de Rochas d'Aiglum, administrador que fue del politécnico francés, han llamado poderosamente la atención de los investigadores sobre tal fenómeno: «Cuando

se magnetiza a una persona, la sensibilidad desaparece de la superficie de su piel; esto se conocía ya de antiguo. Pero lo que se ignoraba es que esta sensibilidad se exterioriza; se forma, tras el *estado de relación* (1), como una envoltura sensible alrededor del cuerpo, separada de la piel por algunos centímetros. Si el magnetizador o cualquier otra persona pellizca, pincha o quema la piel del sujeto magnetizado, nada siente éste, pero si las mismas operaciones se realizan sobre la coraza sensible, el magnetizado recibe las sensaciones correspondientes. Más aún; se ha comprobado que a medida que se profundiza la hipnosis, se van formando envolturas sensibles análogas, aproximadamente equidistantes, cuya sensibilidad decrece proporcionalmente a su alejamiento del cuerpo.» (DE ROCHAS, *L'Exteriorisation de la Sensibilité, París*).

Por una serie de experiencias cuyos detalles se hallarán en las obras de M. de Rochas, éste acierta a establecer, que el elemento invisible sede de la sensibilidad exteriorizada de los sujetos irradiaba a su alrededor en ondas concéntricas que podían condensarse en parte en contacto con sustancias como el agua, la cera y varios otros cuerpos. Un vaso de agua o un muñeco de cera, cargados con la sensibilidad de un sujeto dormido permanece en relación con éste, quien a muchos metros de distancia percibe todos los contactos a los que se somete a las sustancias impregnadas con sus radiaciones.

La emulsión química de una placa fotográfica registra perfectamente la sensibilidad. M. de Rochas hizo por primera vez este experimento, hace ahora setenta y seis años, en presencia de una comisión de periodistas y sabios; el periódico *La Justice*, del 2 de agosto de 1892, recoge la noticia de la demostración en estos términos:

«Ayer, en presencia de dos médicos, miembros de la Académie des Sciences, y de un conocido matemático, M. de Rochas intentó fijar la sensibilidad de un individuo en una placa fotográfica.

Una primera placa, puesta previamente en contacto con el sujeto no dormido, y que se reveló inmediatamente, no presentaba relación alguna sensible con él.

La segunda fotografía, sacada de una placa que había sido puesta en contacto con el sujeto dormido y ligeramente exteriorizado, dio una prueba apenas sensible por relación.

Pero la tercera, que antes de ser colocada en la cámara fotográfica, había sido cargada fuertemente de la sensibilidad exteriorizada del sujeto dormido, dio una fotografía que presentaba las más curiosas características.

Siempre que el operador tocaba la imagen en papel del dormido, éste acusaba la sensación. Luego, el operador tomó unas pinzas, y con ellas arañó dos veces la superficie de la placa en el lugar donde aparecía representada la mano del durmiente.

En este momento, el sujeto, ya despierto, se desmayó, contraído por el dolor. Cuando de nuevo fue despertado, se pudieron comprobar en su mano dos marcas rojas, en la piel, que correspondían exactamente a los arañazos de la placa fotográfica.»

Hoy se sabe que si la sustancia cargada con la sensibilidad de un sujeto es moldeada con la forma externa de este sujeto, se establece una estrecha correlación entre cada punto de la figura y su correspondiente en el sujeto.

Se ha observado igualmente que la repercusión de los contactos a los que se somete a la figura impregnada, puede tener lugar a varios kilómetros de distancia con notable precisión.

El doctor Joire, presidente de la Sociedad mundial de estudios psicológicos, ha sido, con De Rochas, uno de los primeros investigadores en materia de exteriorización de la sensibilidad. En su obra *Neuro-Hypnologie*, publicada en 1892, ha recogido también el fenómeno.

«Si se apunta un estilete metálico, sostenido entre los dedos a la manera de un lápiz, a la altura de los ojos del sujeto, éste percibe exactamente en el punto hacia el que apunta el estilete una sensación de cosquilleo y de pesantez muy acusada. Cuando se ha obtenido esta primera sensación, manteniendo durante algunos segundos el instrumento inmóvil a una pequeña distancia de la superficie cutánea, se le puede, sosteniéndolo siempre a la misma distancia y llevándolo lentamente en diversas direcciones, presentar sucesivamente desde otros puntos o incluso a otras partes del cuerpo. El sujeto, entonces, a quien tras la primera sensación se habrán tapado los ojos, estará en condiciones de seguir exactamente el trayecto íntegro recorrido por el estilete, y,

en todo instante, precisar con exactitud el punto frente a él donde se haya detenido el instrumento.»

En una obra posterior (1909) sobre los *Phénomènes psichiques y supernormaux*, el doctor Joire indica haber verificado personalmente las experiencias de Rochas. He aquí su relato de dos de esas experiencias efectuadas en dos sujetos en estado sonambúlico:

»En primer lugar, he podido comprobar su absoluta insensibilidad, pinchando con fuerza su piel en diversas zonas del cuerpo, con un alfiler: sufre una anestesia total en todas partes. Luego he puesto en sus manos un vaso de agua, mientras una persona, situada trás él, le aplicaba herméticamente las manos sobre los ojos. Pincho entonces con el alfiler la superficie del agua contenida en el vaso y, al instante, según la expresión de su rostro y en un movimiento involuntario, el sujeto muestra haber experimentado un vivo dolor. Le pregunto qué le ocurre, y responde: «Me ha pinchado usted en la mano izquierda...»

»Con el vaso en mis manos, y sin que haya contacto alguno entre éste y el sujeto, siente la misma sensación.

»Pincho y pellizco una y otra vez el agua alternativamente y el sujeto no se equivoca ni una sola vez. Cuando pincho el agua con el alfiler, dice: «Me está pinchando»; cuando pellizco el agua con mis dedos, responde: «Ahora me pellizca».

Los que se interesan por las ciencias psíquicas hallarán los más completos informes sobre exteriorización de la sensibilidad, en las obras ya citadas de De Rochas y el doctor Joire, y en la más actual, del erudito G. de Dubor, *Les Mystères de l'Hypnose.* Nuestro método científico moderno, *Magnetismo, Hipnotismo y Sugestión,* se ciñe especialmente a los procedimientos de experimentación.

2. *Exteriorización de la Motricidad.* — Algunas personas — indudablemente condicionadas psíquicamente de manera anormal — han presentado ante el sabio el asombroso fenómeno de la exteriorización de la motricidad; la élite científica de Europa y América es testigo de la realidad de esta extraña manifestación. Para no hablar más que de los principales testimonios franceses que lo han verificado, citaremos al profesor Richet, del Instituto de Francia; al doctor Dariex y al doctor Maxwell, magistrado de Burdeos; al coronel De

Rochas; al conde de Grammont, licenciado en ciencias; M. Sabatier, profesor en la Facultad de Montpellier; al barón de Watteville, licenciado en ciencias y en derecho; a Victorien Sardou, a Adophe Brisson y, en fin, al ilustre astrónomo Camille Flammarion.

Estos son algunos de los hechos que estos señores han visto producirse ante sus ojos, *a plena luz*, por la médium Eusapia Paladino, sometida, a petición suya, a un control tan riguroso como pudieran exigir y ejecutar los propios representantes de la ciencia positiva:

Desplazamiento de objetos situados fuera del alcance de la médium y de los asistentes;

Elevación de mesas (de 5 a 8 kg. de peso), y suspensión de éstas en el aire sin soporte alguno;

Audición de ruidos producidos en una superficie elegida por los controladores del experimento, según ritmos indicados por ellos;

En una caja llena de tierra arcillosa, puesta lejos de su alcance, imprimir el médium sus manos y su fisonomía. Luego se sacaron copias, utilizando como molde la arcilla en que el médium había dejado sus huellas.

No bastaría un enorme volumen para detallar fenómeno por fenómeno todas las manifestaciones de la exteriorización motriz. El coronel De Rochas, en su obra sobre el tema, detalla y precisa cada una de las sesiones a las que ha asistido en toda su vida. De este trabajo extraeremos sólo el relato de una experiencia tan simple como significativa:

«Están presentes los señores De Rochas, Sabatier, doctor Dariex, De Grammont, y de Watteville. El señor De Grammont pregunta a Eusapia si se siente capaz, en su estado normal y a plena luz, de actuar con la sola imposición de las manos, sobre un pesacartas con platillo y báscula que lleva en su maletín. Eusapia responde que no lo sabe, pero que puede intentarlo. Los miembros de la comisión expresan su deseo de que se realice inmediatamente semejante experiencia, ya que así su control sería fácil en extremo; su carácter de improvisación no permitiría la preparación previa de un posible artificio, su éxito haría desaparecer todas posibles dudas. El señor De Grammont corre a buscar el instrumento, que ha situado sobre la mesa a 60 cm. de la lámpara. Eusapia hace al principio varios intentos infructuosos para mover el

aparato con una sola mano situada a algunos centímetros sobre el platillo. Uniendo entonces los dedos de cada una de sus manos, las coloca una a derecha y la otra a la izquierda del platillo y concentra su voluntad en ese punto. La extremidad de los dedos de cada mano está a 3 ó 4 centímetros de distancia de los bordes del platillo y sin hacer *ningún contacto* con éste. Eusapia esboza con las manos algunos débiles movimientos de arriba abajo. Al principio el platillo permanece inmóvil; en seguida, y vacilando oscila arriba y abajo, sincronizado con el movimiento de las manos. Al fin, Eusapia deja caer las manos y el platillo baja hasta el fondo.» (De Rochas, *La Exteriorización de la motricidad*). Esta experiencia *se repitió varias veces con el mismo resultado.* Los controladores, para variar la experiencia, pidieron a Eusapia actuar sobre el pesacartas, no en sentido vertical sino en el horizontal. Poniendo sus dedos unidos a algunos centímetros del aparato, el médium consigue arrastrarlo sobre la mesa, hasta que, llevado hasta el mismo borde de aquélla, cae sobre el piso.

Siguiendo nuestro criterio, no hablaremos en esta visión de conjunto de los fenómenos hiperfísicos más extraordinarios, sino que nos limitamos, por el contrario, a citar sólo los menos espectaculares, pero más indiscutibles y universalmente admitidos.

3. *Metagnomía.* — Este neologismo fue introducido por Boirac, rector de la academia de Dijon, para designar los fenómenos de percepción de seres o de cosas situadas fuera del alcance de los sentidos físicos del percipiente.

Por lo que toca a la visión a través del espacio, hemos elegido de intento cuatro hechos que tuvieron lugar en condiciones muy diferentes y que han sido extraídos de tres autores: Bierre de Boismont, el doctor Joire y Camille Flammarion, cuya autoridad está fuera de toda duda.

Para apreciar la visión en el tiempo, o sea, la percepción de hechos futuros y pasados, hemos elegido tres ejemplos más. Uno certificado por el profesor A. A. Liébeault, otro tomado de Flammarion y el tercero del doctor Dariex, quien durante muchos años fue director de los *Annales des Sciences psichiques.*

Si nuestra opinión tuviera en este caso algún valor, po-

dríamos relatar más de treinta observaciones, análogas a las que siguen, y verificadas en nuestra propia práctica. Pero preferimos presentar el testimonio de eminentes personalidades, conocidas, y que pertenecen al mundo científico oficial.

a) *Metagnomía en el espacio. Hecho n.º* 1. — El doctor Jules Cloquet había efectuado, en 1829, la ablación de un seno a una mujer dormida hipnóticamente y que en el curso de la operación no manifestó signo alguno de dolor (Comunicación a la Academia de Medicina, inserta en los *Archives générales de Medicine*, número de mayo de 1829). Ahora bien, la paciente tenía una hija, que fue dormida también para obtener de ella indicaciones sobre el estado de su madre, que sólo el sonambulismo lúcido podía dar.

Puesta en estado sonambúlico por el doctor Chapelain y preguntada por el doctor Cloquet, ella respondió como sigue:

«Desde hace algunos días, mi madre está muy debilitada: vive sólo por la hipnosis que la sostiene; pero le falta la vida. *Expirará mañana por la mañana a primera hora, sin agonía, sin sufrimientos.* El pulmón derecho está encogido, plegado sobre sí mismo, y rodeado de una mambrana como de goma. El pulmón derecho no respira; está muerto: mi madre vive sólo por el izquierdo. Hay un poco de agua alrededor del corazón (pericardia). El estómago y los intestinos están sanos, el hígado está blanco y con decoloraciones en la superficie.»

La enferma murió a la hora predicha. Las indicaciones que la sonámbula había dado, fueron consideradas absolutamente exactas en la autopsia. (Según Bierre de Boismont: *Les Hallucinations*).

Hecho n.º 2. — (Comunicado a Flammarion por dos de sus corresponsales.)

«En 1867, en Odensa (Dinamarca), veíamos muy frecuentemente a un amigo común, Carl Hansen, célebre hipnotizador. También casi diariamente, a un letrado, el señor Balle, luego abogado en Copenhague, sobre quien Hansen ejercía gran influencia hipnótica, y una tarde el señor Balle solicitó ser sometido a un sueño hipnótico profundo suficientemente para convertirse en clarividente. Por aquella época, nuestra

madre vivía en Roeskilde en Seelfand. Pedimos a Hansen que enviara a Balle a visitarla. Era ya bastante entrada la noche y luego de una ligera vacilación, el señor Balle hizo el viaje en algunos minutos. Encontró a nuestra madre en la cama, afectada de una leve dolencia que debía desaparecer en poco tiempo. Nosotros no creímos que lo que decia Balle fuese verdad y entonces Hansen le pidió que leyese en la parte superior de la puerta el número de la casa y el nombre de la calle. Balle dijo que estaba muy oscuro y que era difícil leerlo, pero al insistir Hansen, leyó: "Skomagerstraede". Pensamos que se equivocaba, ya que nuestra madre vivía en otra calle. Al cabo de algunos días, recibimos una carta de ella en la que nos comunicaba que hallándose delicada, había tenido que mudarse de dirección. Su nueva dirección era un número de la calle Skomagerstraede.» (Flammarion: *Lo desconocido y los problemas psíquicos*).

Metagnomía en el tiempo. Hecho n.º 1. — «En enero de 1886, dice el doctor Liebeault, vino el señor de Ch... a consultarme, a las cuatro de la tarde, por un estado de nerviosismo poco grave. El señor de Ch... estaba preocupado por el resultado de un asunto pendiente y sus posibles consecuencias. En 1879, hallándose en París, vio en una puerta una placa que decía: "Mme. Lenormand, necromántica". Espoleado por una curiosidad irreflexiva, entró.

»Mme. Lenormand, leyendo en la palma de una de sus manos le dijo: "Perderá usted a su padre, *de aquí en un año, exactamente.* Será usted soldado (tenía entonces diecinueve años) pero no por mucho tiempo. Se casará muy joven, tendrá dos hijos y *morirá a los veintiséis años*".

»Esta asombrosa profecía que él contó a alguno de sus amigos y familiares, no fue tomada al principio muy en serio. Pero, al morir su padre el 27 de diciembre de 1880, después de una corta enfermedad y *exactamente* un año después de su entrevista con la necromántica, su incredulidad empieza a derrumbarse. Y cuando se fue al ejército (sólo durante siete meses), se casó poco después, tuvo dos hijos y faltaba poco para que cumpliese veintiséis años, el miedo le atenazó definitivamente y se convenció de que realmente le quedaban pocos días de vida. Fue entonces cuando vino a preguntarme si no sería posible conjurar el hechizo, ya que si los cuatro

primeros acontecimientos se habían cumplido según la profecía, pensaba, el quinto se cumpliría también fatalmente.

»Intenté aquel día y los siguientes, llevar al señor de Ch... al estado hipnótico profundo con el fin de borrar la peligrosa obsesión, gravada en su ánimo de su muerte próxima, muerte, que, según el, se produciría el próximo 4 de febrero, día de su nacimiento, aunque Mme. no había precisado nada a este respecto. No conseguí producirle el más ligero sueño. Entretanto, como era indispensable liberarle urgentemente de su obsesión, porque se han visto casos en que una tal previsión se cumplía por simple sugestión, cambié de método proponiéndole visitar a uno de mis sonámbulos, un anciano, apodado *El Profeta* porque anunció la época exacta de su curación de los reumatismos articulares que padecía, con cuatro años de anticipación e incluso la fecha de curación de su hija.

»El señor de Ch... aceptó mi propuesta inmediatamente, y se mostró decidido a llevar a cabo en seguida la entrevista. Puesto en relación con el sonámbulo, sus primeras palabras fueron: «¿Cuándo moriré?» El durmiente experimentado, sospechando la angustia del muchacho, respondió: Morirá... morirá a los cuarenta y un años». El efecto de estas palabras fue maravilloso. Inmediatamente, el consultante volvió a mostrarse alegre, expansivo y lleno de esperanza, y cuando el cuatro de febrero, el día tan temido, pasó sin más novedades, se creyó salvado.

No volví a pensar en ello hasta que, a principios de octubre, recibí una tarjeta de participación en la que se me comunicaba que mi desgraciado cliente había sucumbido en su veintisiete año de vida, o sea *a la edad de veintiséis años*, como había predicho Mme. Lenormand.» (Dr. Liebeault: *Terapéutica sugestiva*) (2).

Hecho n.º 2. — Un eclesiástico, cuyo nombre se leerá más adelante, comunicó a Camille Flammarion lo que sigue:

«Estaba pensionado en Niort; tenía por entonces quince o dieciséis años, y una noche tuve un extraño sueño. Me parecía estar en Saint-Maixent, pueblo que conocía sólo de nombre, con mi rector, en una pequeña plaza, cerca de un pozo frente al cual había una farmacia, cuando vi venir hacia nosotros a una dama de la localidad, que yo conocía por ha-

berla visto una vez en Niort, en la casa donde yo estaba. Esta señora, abordándonos, se puso, sin más, a hablarnos de cosas tan extrañas que, a la mañana siguiente, pensé contárselo al director de la institución. Algunos días después, viéndose éste precisado a ir a Saint-Maixent, me pidió que le acompañase. Nada más llegar nos hallamos en la plaza que yo había visto en mi sueño, y de pronto advertimos a la señora en cuestión que se dirigía hacia nosotros; en seguida tuvo con mi director la misma conversación que yo le había contado días antes y *palabra por palabra.*» (Carta de M. Groussard, cura de Sainte-Radegonde-Charente Inférieure-a Camille Flammarion; tomada de su obra: *Lo desconocido y los problemas psíquicos.*)

Hecho n.º 3. — El caso que sigue, parece sólo extraordinario por dos o tres circunstancias que lo condicionan, pero es mucho menos frecuente de lo que se supone. Ha sido tomado de los *Annales des Sciences Psychiques*, certificado por testigos oculares y confirmado al doctor Dariex, por la principal interesada:

Lady A... comprueba la desaparición de una importante suma que había dejado en una bolsa de viaje encerrada en un armario. No habiendo obtenido ningún resultado en la investigación de la policía, la demandante se decide a consultar, por consejo de una amiga, a una clarividente de la que le han hablado.

Mme. E..., la clarividente, leemos en la relación *in extenso* del hecho que figura en los *Annales del Sciences Psychiques* (año 1896), acerca una taza de marro de café y ruega a la señorita C... (que acompañaba a Lady A...) que sople allí tres veces, después de lo cual, vierte el marro en otro recipiente, abocando el primero sobre el segundo, a fin de que su contenido fuese trasvasado en parte al nuevo recipiente no reteniendo en su fondo más que algunas partículas más sólidas del polvo de café, que debía, dejando irse su parte líquida, formar extraños dibujos en los que la pitonisa parecía leer.

Durante esta preparación oculta, era necesario tenernos ocupadas. Mme. E... había sacado sus cartas y comenzaba:

—¡Ah!, se trata de un robo, un robo cometido por una persona de la casa y no por alguien entrado subrepticiamente.

Aquello prometía... Reconocimos que aquel avance era

verdadero... En cuanto al ladrón, aún no lo habíamos encontrado, por desgracia.

—¡Atención!, dijo, ahora veremos los detalles en el marro, que ya debe haberse asentado.

Entonces, como si hubiese asistido a la escena, nos describe pieza por pieza la topografía del apartamento de Lady A...

La vidente indica que el dinero robado había estado en un bolso, que describe, y que dicho bolso estaba en un armario inglés, que también describe, y añade que el malhechor, para no forzar la cerradura del bolso, había separado sus tapas con un instrumento y así había quitado los billetes de banco. En cuanto al ladrón, la vidente predice que no será apresado y que, como fin del camino que ha elegido, dos años más tarde, recibirá la pena capital.

Dos años después, Lady A... fue convocada al tribunal de la Seine; habían encontrado al autor del robo del que ella había sido víctima; era uno de sus criados, que se había despedido poco después de su fechoría y que acababa de ser arrestado por asesinato: se trataba de Marchando, el asesino de la señora Cornet. Sufrió, como se sabe, la pena capital.»

Hay que destacar que la vidente consultada por Lady A... realizaba las tres principales posibilidades metagnómicas: la percepción de una escena pasada, la visión de objetos situados a distancia y la previsión de un acontecimiento que afectaba a un tercero a quien no conocía.

Es muy difícil encontrarse con sujetos que posean la facultad metagnómica en tal grado. Lo que más frecuentemente se observa es la visión a distancia de hechos actuales. En nuestro *Método científico moderno de Magnetismo, Hipnosis y Sugestión* hemos indicado las directivas que han de seguirse para obtener la lucidez sonambúlica o la clarividencia.

4. *Telepsiquismo.* — La observación corriente muestra que con frecuencia el pensamiento de una persona se refleja por algún efecto en la conciencia de otra persona, objeto de aquel pensamiento. Llamamos a este fenómeno *telepatía espontánea.* Como se sabe, si la intención deliberada interviene, sobre todo si tiene como base una voluntad fuerte, un deseo intenso, las incitaciones mentales expresadas se transmiten a la individualidad a la que van dirigidas y con mayor

o menor rapidez se imponen a ella. Se trata entonces de *telepatía voluntaria.*

La obra *Les Hallucinations thélepatiques* de los señores Gurney, Nyers y Podmore, contiene entre otros, el siguiente ejemplo de telepatía espontánea:

«El 10 de octubre de 1881, escribe el doctor Olivier, médico en Huelgoat (Finistère) fui avisado para atender a un enfermo en el campo, a tres leguas de mi casa. Era ya noche cerrada y el cielo estaba oscuro, muy oscuro. Tomé por un camino desierto, casi totalmente dominado por los árboles cuyas ramas tocaban al suelo. Era una noche tan negra que no podía conducir a mi caballo, así que le dejé que se guiase por su instinto. Serían cerca de las nueve: el sendero en el que me encontraba en ese momento estaba sembrado de grandes piedras y presentaba una pendiente muy rápida. El caballo iba al paso, muy lentamente. De pronto, los pies del animal flaquearon y cayó de golpe, de cabeza al suelo. Naturalmente fui arrojado por las orejas. Di con la espalda en el suelo y me fracturé una clavícula.

»En ese momento, mi esposa, que se estaba desnudando y se preparaba para acostarse, tuvo el presentimiento íntimo de que yo acababa de tener un accidente: Un estremecimiento nervioso le recorrió todo el cuerpo. Rompe a llorar y llama a la criada: «Ven en seguida, tengo miedo, ha ocurrido una desgracia, mi marido ha muerto o se halla herido.» La criada se quedó con ella hasta mi vuelta. Quería enviar a alguien a buscarme pero no sabía adónde había ido. Llegué a mi casa a la una de la madrugada. Llamé a la doméstica para que me alumbrase y me ayudase a desatar mi caballo. «Estoy herido, dije, y no puedo mover la espalda.»

»El presentimiento de mi esposa se había confirmado. Esto, señor, son los hechos, tal y como ocurrieron y me alegro de poder comunicárselos así».

En un libro anterior, hemos expuesto en detalle en qué condiciones han verificado, los representantes de la ciencia oficial que se han ocupado del hipnotismo, la posibilidad de la *sugestión mental,* o sea de la telepatía voluntaria ejercida sobre una persona en estado hipnótico, o en el de vigilia. Ochorowica, de la Universidad de Lemberg, el doctor Liébeault, el profesor Richet, así como los señores Gilbert y Janet, entre otros, consiguieron en diversas ocasiones hacer

ejecutar a distintas personas una serie de órdenes transmitidas mentalmente. En su obra *Avenir des Sciences psychiques*, Boirac, director de la Academia, de Dijon, cuenta cómo durmió muchas veces a distancia, a un lector del pensamiento, llamado Dockman.

En cuanto a la telepatía voluntaria ejercida sobre una persona normal, ya hemos tratado de ella en la obra citada, indicando sus leyes y procedimientos exactos. Una vez que se llega a hacer contacto mental con un *sujeto* — es decir con un individuo sometido a frecuentes hipnotizaciones —, y éste percibe el contacto y ejecuta lo que se le ordena sin resistencia, las prescripciones pueden llegar también a las mentalidades normales, y las impregna lentamente, siempre que el experimentador esté suficientemente entrenado y sostenga más o menos sus sugestiones: por ejemplo una hora cada día durante algunas semanas.

5. *Desdoblamiento.* — El desdoblamiento participa de las características de la exteriorización de la sensibilidad y de la exteriorización matriz así como de otros elementos particularmente sugestivos: en tanto que el cuerpo material del desdoblado reposa, inerte, vivo sólo por la vida vegetativa, puede ser visto y oído a una distancia considerable de su ser corporal, puede ver y oír lo que tiene delante e incluso, actuar de manera que prueba que su yo, pensante e inteligente, acompaña a ese doble de su personalidad exteriorizada.

La historia recoge infinidad de desdoblamientos. He aquí uno de los más célebres.

San Francisco Javier, en noviembre de 1571, se dirigía de Japón hacia China, cuando a los siete días de viaje el navío que le llevaba fue acometido por una violenta tempestad. Temiendo que las olas se llevasen la chalupa, el piloto ordenó que cinco hombres la amarrasen al barco. Mientras trabajaban en este menester, llegó la noche y los marineros, sorprendidos por una ola, desaparecieron en el mar con la chalupa. Desde que el temporal hubo comenzado, el santo se había puesto a orar, y mientras tanto la tempestad redoblaba su furor. Los de abordo se dieron cuenta de que sus compañeros de la chalupa no estaban y los creyeron perdidos.

Cuando el peligro pasó, Javier les recomienda que tengan valor, porque los encontrarán antes de tres días. Al día si-

guiente, hizo mirar desde lo alto del mástil, pero nada vieron. El santo entonces vuelve a ponerse en oración, pasando así la mayor parte de aquel día. Sube de nuevo al puente lleno de confianza y anuncia que la chalupa se ha salvado. Pero como a la mañana siguiente nada ven, deciden, viéndose aún en peligro, darles por perdidos y continuar sin ellos el viaje. Javier, entonces, trata de infundirles confianza y les jura por la muerte de Cristo que encontrarán la chalupa, con sólo esperar un poco. Luego, de nuevo en su camarote, vuelve a la oración con redoblado fervor.

Al cabo de tres largos días de espera, al fin, se ve aparecer la chalupa y los cinco marineros que se creían perdidos se reúnen con el barco. Cuando los hombres de la chalupa subieron hasta el puente del barco y el piloto intentó alejarlos de allí, ellos gritaron que *antes era necesario que dejase salir a Javier que había estado con ellos.* En vano se trató de convencerles de que él no había faltado de a bordo. Afirmaron una y otra vez *que estuvo con ellos durante la tempestad, dándoles ánimos, y que él había sido quien había llevado la embarcación hasta el barco* (3).

a) Desdoblamiento espontáneo. Hecho n.º 1. — El caso típico de este género — y el más frecuente — consiste en la aparición del doble de una persona en el mismo instante de su muerte. Transcribo de la obra citada de Flammarion, el siguiente hecho, absolutamente característico: «El 4 de febrero de 1888, el señor Montégout, subdirector de la penitenciaría de Saint-Laurent du Maroni, se marcha por la mañana a su visita de inspección en dicho establecimiento. Cuando vuelve, a la hora de desayunar, su esposa le dice: «La Mothe Pradelle (uno de sus amigos) ha muerto.»

Sorprendido al principio por esta brusca noticia su mujer le asegura que es cierto contándole que se había despertado durante la noche y que al abrir los ojos, había visto ante ella a La Mothe Pradelle, quien estrechándole la mano, le dijo: «Acabo de morir; adiós». Seis u ocho semanas después llegó a las manos del señor Montégout un número de la *Indépendance de Bergerac,* en el que se anunciaba la muerte del diputado por la Dordogne, M. de la Mothe Pradelle, en la noche del 3 al 4 de febrero de 1888.

Hecho n.º 2. — (Observado por M. R. Mouat, 60, Huntington street, Barnsbury, Londres.)

»El jueves 5 de septiembre de 1875, hacia las 10'45 de la mañana, al llegar a mi oficina, vi a mi empleado charlando con el portero, y tras él, de pie, al reverendo M. H. Me dirigí hacia él con la intención de preguntarle cómo era que había llegado tan temprano (trabajaba en mi oficina, pero nunca llegaba antes de medio día) cuando mi empleado requirió mi atención para preguntarme a propósito de un despacho que había llegado después de marcharme, unos minutos antes. Duró la conversación unos minutos y mientras tanto el portero me dio una carta en la que se explicaba que había enviado el despacho. Mientras tanto, M. R. había bajado de su oficina y escuchaba lo que se decía. Abrí la carta y comuniqué su contenido mirando fijamente a la cara de M. H. Me sorprendió su expresión melancólica y noté que no llevaba corbata. En este momento M. R. y el portero abandonaron la estancia. Dije entonces a M. H.: «Pero ¿qué tiene usted? Parece cansado». No dijo nada y siguió mirándome fijamente. Cogí un pliego de papel que había en la mesa, junto a la carta y lo leí de punta a cabo; mientras tanto M. H. permanecía frente a mí al otro lado de la mesa. Dejé de nuevo los papeles sobre la mesa y mi empleado entró de nuevo para decirme: «Aquí hay una carta de M. H., señor». Nada más pronunciar ese nombre, M. H. desapareció. Quedé anonadado, durante un momento, lo que extrañó a mi empleado quien (como supuse en seguida) no había visto a M. H. y que negó que hubiese venido a la oficina aquella mañana. La carta de M. H. me prevenía de que no sintiéndose muy bien, no vendría esta mañana rogándome que le enviase su correspondencia. La carta había sido escrita la víspera. Al día siguiente, viernes, hacia el mediodía, entró en la oficina y cuando le pregunté dónde se encontraba el día anterior a las 10'45, me contestó que al acabar de desayunar, se quedó con su mujer, y no abandonó la casa en todo el día. No me atreví a preguntarle entonces a M. R. pero el lunes siguiente, sin poder aguantar más la duda, le pregunté si recordaba haber pasado el jueves anterior por mi oficina: «Desde luego, dijo, discutía usted con su empleado el contenido de un despacho que acababa de llegar y al que usted dio solución inmediata.» Le pregunté si recordaba quién estaba presente. «El

empleado, el portero, usted y H.» Inquirí de nuevo y dijo: H. estaba de pie ante usted, cerca de la mesa. Le hablé pero no contestó, cogió un libro y se puso a leer. No insistí porque ya al principio me había extrañado verle tan temprano en la oficina y además su expresión melancólica, tan distinta de su expresión habitual, me dejó un poco perplejo; no obstante, pensé que quizá estaba molesto por la discusión que estaba teniendo lugar. Estaba en la misma posición cuando salí con el portero». Dije entonces a M. R. que M. H. estaba en aquel momento a 14 millas de la oficina y le molestó que yo pusiera en duda lo que él afirmaba haber visto e insistió para que llamase al portero y le preguntase. Ni el portero ni el empleado habían visto nada.» (Gurney, Anyers y Podmore: *Las alucinaciones telepáticas*).

Hay que destacar en el caso precedente que son dos las personas a las que el doble de M. H. fue perceptible. Creemos que en los casos en que una tercera persona ve una forma fantasmática — si la visión coincide con un acontecimiento correlativo — se está en presencia de una bilocación. Cuando hay, por parte del principiante, no alución visual, sino impresión intuitiva, hay que sospechar una simple acción telepsíquica, una comunicación de un estado de ánimo.

Hecho n.º 3. — (Comunicado a Camille Flammarion).

«Una dama conocida mía, equilibrada, seria y sensata, me ha asegurado bajo juramento, la veracidad de lo que sigue:

Orpheline se había prometido a un extranjero, M. S., a quien ama mucho. Pero él no pudo obtener el consentimiento de la familia para este matrimonio. Esperaron mucho tiempo, pero ella, por prudencia o por despecho, acabó casándose con un hombre de edad que también había solicitado su mano.

Ella quiso ser fiel, y no volvió a ver su prometido, que se volvió a su país. Sin embargo, seguía pensando en él.

Algunos años después, al entrar en su habitación, creyó verle muerto, tendido en el suelo y ensangrentado. A pesar de saber al acercarse que sólo era una ilusión, gritó.

Al instante, todo desapareció y su marido, que acudió al oír su grito, no vio nada. Ella supuso que M. S. debió haber

sido víctima de un accidente, pero no pudo informarse por desconocer su domicilio.

Días después, se presentó ante ella un mensajero de M. S., quien le comunicó que su amigo, cansado de vivir, se había suicidado. Al comparar la fecha de la aparición con la de la muerte, tuvo la certeza de la coincidencia.» (Flammarion, *op. cid.*)

Hecho n.º 4. — (La misma fuente que el anterior).

«Una dama estaba en una cena de gala, dada por un personaje cuando, en mitad de la cena, la dama emite un gran grito y con los ojos fijos ante sí, exclama: «hijo, mi hijo» y se desmaya. Llevada a otra sala, y vuelta en sí, cuenta, sollozando, que de repente el comedor, con sus luces e invitados, había desaparecido para mostrarle el mar enfurecido y su hijo entre las olas, que tendía sus brazos hacia ella. Días más tarde, recibió la noticia de la muerte de su hijo, oficial de la marina, que navegaba en el mar de las Indias y que había sido arrebatado por una ola el mismo día de la visión.» (Flammarion, *op. cit.*)

Hecho n.º 5. — (La misma fuente).

«Una de mis amigas, esposa de un capitán, ha experimentado dos veces la impresión clara de ver a un ser humano. Una vez, llamó por su nombre a su sobrino en un paseo, muy extrañada de encontrárselo por allí; otro día, su criada, a la que había dejado en Toulouse, durante un viaje, abrió la puerta de su habitación, y ella le preguntó, muy extrañada, qué es lo que estaba haciendo allí. Las dos apariciones coincidieron con la hora de la muerte de los dos, jóvenes ambos.» (Flammarion *op. cit.*)

b) Desdoblamiento provocado por absorción de determinadas sustancias. — Para cada género de causas susceptibles de provocar el desdoblamiento, existen numerosos documentos. Con el fin de dar a este fenómeno una idea particularmente clara, he elegido los ejemplos entre los más sugestivos. Pero no crea el lector que se trata de manifestaciones aisladas y muy raras; podrían llenarse gruesos volúmenes con relatos de esta clase. El haxix, el opio y los alcaloides derivados son la base de todos los productos que

utilizan los investigadores empíricos del desdoblamiento. En el relato que sigue, extraído de *Les Phénomènes psychiques et superhormaux* del doctor Joire (1), se trata de un hechicero africano, observado por un misionero. Este practicante de la magia negra, utiliza, como se verá, un producto que absorbe por vía dérmica, friccionándose con él cuidadosamente toda la superficie cutánea.

Hecho n.º 1. — Un individuo llamado Ugema Uzago, jefe de la tribu de los Jabikou y célebre hechicero, detenta un extraordinario poder sobre los indígenas, ya que cura las enfermedades que padecen, les revela la manera de hacer fortuna y de conocer a sus enemigos, lo que, según el pensamiento de estas gentes, significa que podrán deshacerse de ellos.

Este Ugema es amigo del misionero. Pero un día le dice que el *Maestro, que todo lo puede,* había invitado a todos sus discípulas a encontrarse, a la noche siguiente, en la meseta de los Tembí. El misionero hace observar a Ugema que ese lugar está a cuatro días de marcha y que difícilmente estarán allí a aquella hora. El hechicero invita entonces al religioso a asistir al día siguiente por la noche, a los misteriosos preparativos en virtud de los cuales, según él será transportado al lugar indicado a la hora fijada. Al día siguiente, los dos hombres se reunieron en la cabaña del hechicero y el misionero, antes de observar el silencio requerido mientras llevaba a cabo los ritos que había venido a presenciar, ruega al brujo que cuando llegue a la meseta de los Yembim diga a un negociante negro, llamado Esada, afincado en la meseta que el brujo debía visitar, que se pase por aquí en seguida a traerle una caja de cartuchos que necesita.

—Haré tu encargo — respondió Ugema —. Esaba recibirá tu mensaje esta misma noche.

«Ante tal seguridad, escribe el misionero, mi asombro aumentó y empecé a impacientarme por ver el fin de esa historia. ¿Cómo podría llegar Ugema a la fiesta? ¡Cuatro días de marcha en unos minutos! Pero yo tenía, por medio de Esaba, un medio fácil de control: desde la misión se necesitaban tres jornadas de marcha para llegar hasta Esaba.»

Acabados diversos ritos, el brujo toma un frasco, vierte en sus manos un líquido rojizo, de olor fuertemente aliáceo

y se fricciona con él todo el cuerpo. Luego tendido en el suelo, cae en un sueño durante el cual el misionero observa la rigidez cataléptica del cuerpo, su insensibilidad cutánea y la revulsión de los globos oculares.

A la mañana siguiente, el hechicero se despierta y comunica a su amigo que ha hecho su encargo a Esaba.

—Sin embargo, le dice el padre, tú has permanecido toda la noche tendido aquí.

—No; *yo* no estaba en la cama; *sólo mi cuerpo estaba allí*, pero ¿qué es mi cuerpo? *Yo no estaba aquí; yo* estaba en la meseta de los Yembi.

La realidad del desdoblamiento de Ugema fue confirmada al misionero con la llegada de Esaba que le traía los cartuchos encargados por el doble de Ugema.

—¿Y cuándo te avisó Ugema? — le preguntó el religioso.

—Hacia las nueve de la noche, hace tres días — respondió Esaba.

A esa misma hora había caído Ugema en sueño cataléptico.

Hecho n.º 2. — M. Roger de C. ha contado en *Occult Rewiew* cómo habiendo sido anestesiado con cloroformo, para una operación quirúrgica, le pareció de pronto hallarse ante la ventana de un amplio salón.

«El sol brillaba y el cielo era azul sobre los árboles y los pájaros que cantaban. La escena me resultaba familiar pero no lograba reconocerla. Me acerqué a la ventana y me alcé sobre las puntas de los pies. La brisa era tan dulce, el sol tan cálido que me aproximé más a la ventana. Mis pies dejaron de tocar el suelo y la mitad de mi cuerpo fuera de la ventana y traté de sujetarme para no caer, pero sólo encontré el vacío. Pero no caía; sorprendido comprobé que flotaba en el aire. Al lado opuesto de la ventana había varias figuras que se movían alrededor de algo que se hallaba tendido sobre la mesa. Nadie parecía advertir mi presencia. Había varios hombres y dos mujeres mirando atentamente a la mesa. Un hombre que tenía la mano roja de sangre, dejó el bisturí que había estado utilizando. Comprendí que se trataba de una operación.

—¿Cómo está el pulso? — preguntó el cirujano.

—Muy débil.

—Hay que darse prisa; rápido, una compresa.

La enfermera le tiende lo que ha pedido. El brazo del cirujano pasa a través de mí para cogerla.

—Suficiente éter, doctor; estoy preparado; una venda.

Esto iba para la enfermera quien entrega una venda enrollada a través de mí sin causarme la menor molestia. La figura cubierta por una tela me parecía singularmente familiar. El rostro, cubierto en parte por una toalla y un inhalador, estaba irreconocible. Tenía la impresión de que yo había experimentado un tratamiento análogo. Trataba de aproximarme a la ventana, pero no pude.

—¡Rápido! —dijo el cirujano, desgarrando la venda y haciendo un nudo. El ayudante retira la toalla y el inhalador. Me vi forzado a mirar el rostro descubierto. Me parecía reconocerle pero no podía precisar dónde lo había visto. Esta idea se convirtió en firme convicción. El cuerpo volvía en sí; sus párpados se movían y una expresión de dolor recorrió su cara. Me atenazó un irresistible deseo de tomar posesión de aquel cuerpo.

Entonces ocurrió algo extraño: era como si el cuerpo estuviese estrechamente ligado a mí, como si se convirtiese en una parte de mí mismo. De pronto me desvanecí, dejaba de existir, la figura y la sala se hicieron confusas y todo desapareció de mis ojos. Cuando me desperté, estaba en la cama y sufría atroces dolores de la operación a que había sido sometido.» (*Occult Rewiew*, citado por Dudville en *Le Fantôme des vivants*).

Cierto número de operados experimentan, durante la anestesia, impresiones originadas por un desdoblamiento total o parcial. Por otra parte, entre los toxicómanos hay una gran proporción de sujetos que son buenos hipnóticos. No se ha podido, hasta ahora, establecer que la especie de trance producida por el opio, la morfina o el éter y las alucinaciones fascinantes que acompañan a este estado sean correlativas de un desdoblamiento. Lo cierto es que el uso de estas sustancias favorece la aptitud para ser hipnotizado, lo cual nos parece una indicación en sentido afirmativo. Además, hemos podido constatar (1) personalmente un caso de desdoblamiento espontáneo en un hombre vigoroso y sobrio que había tomado 2 centigramos de haxix.

c) *Desdoblamiento bajo la acción del magnetismo.* — El

«doble» o «fantasma» de un sujeto dormido por magnetismo, se separa de su cuerpo físico si, llegado a la fase más profunda de la hipnosis, se continúa magnetizándole. Este es el relato de una experiencia de este género:

«En presencia del conde de V. y del señor Housat (2), dormí a la señora S. B., uno de mis mejores sujetos. Fue entrenada durante varios años y ha sido utilizada por diversos eminentes experimentadores, como el doctor Encausse, el señor Lancelin, el profesor Durville, etc. Tras haber observado la fase de exteriorización de la sensibilidad sigo cargando al sujeto, que se exterioriza rápidamente. El objetivo de la experiencia era obtener una acción del doble sobre un cuerpo material. Estamos en mi gabinete de trabajo. A requerimiento mío, el doble de la señora S. B. franquea la puerta que da a una pequeña sala de espera. Inmediatamente, se deja oír un ruido y el doble vuelve a situarse a 1'50 metros alrededor del sujeto dormido. Mis controladores y yo pudimos comprobar que en el salón una pequeña mesa Luis XV, de madera de haya, de cuatro kilos y medio de peso, había sido volcada por la acción del doble».

El desdoblamiento, bajo la acción del magnetismo, ha sido estudiado especialmente por el profesor Hector Durville, en presencia de una comisión de asistentes encargada del control. Su obra *Le Fantôme des vivants* es una extensa información de sus experimentos sobre el doble humano.

d) *Desdoblamiento voluntario.* — Algunas personas naturalmente dotadas, se desdoblan por un simple esfuerzo de voluntad. Para situarse en las mismas condiciones que estos privilegiados y llegar a la bilocación voluntaria, es necesario un entrenamiento particular. Las obras buenas sobre la magia y algunos rituales de hechicería dan noticia de los procedimientos. He aquí un caso de desdoblamiento voluntario observado en una practicante de la magia negra. Lo he resumido según el relato que se hace en *Les Hants Phénomènes de la Magie*, de Gougenot des Mousseaux:

Hecho n.º 1. — «Una cierta Juliana Cox, mal recibida por la criada de una casa a la que suele ir a mendigar, vuelve de nuevo a ella y, por la noche, se desdobla y se presenta ante la criada a la que atormenta y quien afirma que la vieja a la que acaba de regañar, vuelve de nuevo y en seguida ante

ella. Los hechos se reprodujeron muchas noches seguidas. La sirvienta, exasperada, golpea con un cuchillo el lugar que ocupa el fantasma de la bruja, y ésta, alcanzada por repercusión, es incapaz de explicar el origen de la herida, que se adapta perfectamente a la recibida por su doble.»

Y ahora un ejemplo tomado de la vida corriente y comunicado a los señores Myers y Podmore que lo han publicado en *Les hallucinations télépathiques*:

Hecho n.º 2. — «Sucedió, dice la señora Russel, esposa del señor Russel, inspector de Instrucción pública en Bombay, que hacía dos años que no había podido ir a visitar a mi familia como acostumbraba. Me decidí a partir. Mi familia no conocía mi intención; estaba alejada de mis familiares desde la primavera y no había tenido tiempo de avisarles por carta. No quería enviar un telegrama por temor a asustar a mi madre. Me vino a la cabeza la idea de desear con todas mis fuerzas aparecerme a una de mis hermanas y avisarle de mi llegada. Pensaba en ellas con la mayor intensidad posible durante algunos minutos solamente, deseaba con todas mis fuerzas ser vista por alguna de ellas (me imaginaba en una visión que me transportaba ante alguna de ellas). No creo que llegase a concentrarme durante más de diez minutos.

Llegué a la casa el martes siguiente. Una de mis hermanas estaba de espaldas a la puerta, y cuando oyó que ésta se abría se volvió, viéndome; quedó como petrificada mirándome, y empalideciendo dejó caer lo que tenía en la mano. Para tranquilizarla, le dije: «Soy yo; ¿por qué te has asustado?» Entonces me respondió: «Creí verte como Stinchen (otra de mis hermanas) te vio el sábado.»

Entonces me contó que el sábado por la tarde hacia las seis, mi hermana me había visto claramente entrar por una puerta en la habitación donde ella se encontraba, abrir luego la habitación donde se hallaba mi madre y cerrar la puerta tras mí. Corrió hacia lo que creía que era yo, llamándome por mi nombre y quedó absolutamente estupefacta cuando no me vio con mi madre. Ésta no podía comprender la agitación de mi hermana. Me buscó por todas partes, pero naturalmente no me encontró. Mi madre aquello lo interpretó, con gran susto, como un aviso de que yo podía haber muerto».

Por extraños que parezcan, todos estos casos, recogidos un poco al azar entre mil, se han repetido muchas veces. Creemos haber aportado a su interpretación las bases que permitirían apreciarlos, precisar su determinismo e incluso provocarlo.

NOTAS AL CAPITULO XX

(1) Uno de los estados de hipnosis.

(2) No se trata aquí, ciertamente, de una predicción basada en las formas y líneas de la mano; la quiromancia, hoy «desocultada», es una ciencia de observación que permite interesantes observaciones, pero, por bien que se la utilice, por sí misma no podría dar las precisas indicaciones que arriba se señalan. Todos los psicólogos saben que la mayor parte de los quirománticos que hacen predicciones con un día de antelación, son videntes que no podrían justificar sus predicciones refiriéndolas a las líneas de las manos del consultante.

(3) P. Bouhours. *Vida de San Francisco Javier.*

CONCLUSIÓN

La penúltima página del libro de las famosas 22 claves de Hermes ofrece a las meditaciones del neófito un singular personaje, segun podemos ver en la página siguiente. Con su paso vacilante este loco, representado con su típica esclavina prendida de cascabeles, como los consabidos bufones de las antiguas Cortes aúlicas, sigue un camino incierto, seguido de cerca por los dientes de una especie de cachorro de león o de otra fiera más o menos fácil de identificar que se ensaña y le empuja hacia la amenazadora proximidad de un ábismo abierto a sus pies. Así, de parecida forma, camina el hombre cuyos ojos está aún cerrados a las luces del causalismo oculto; tal es el hombre que se deja guiar únicamente por sus instintos; así son muchos hombres; diríamos que la mayoría. (Véase la página 246).

Pero entre la locura que se agita en las tinieblas un reducido grupo se orienta a tientas hacia el alba presentida oscuramente y escudriña la Noche con ansiosa mirada, buscando en ella, como navegantes perdidos y desorientados en medio del huracán, el rayo de luz del faro salvador.

La Eterna Providencia, no tarda nunca en responder a esta angustiosa espera, y una de las formas de respuesta se manifiesta, a través de los siglos, en los escritos herméticos, revelados sin cesar por adaptadores sucesivos cuya continuidad permanece, según podemos advertir si nos ponemos a ello, sin lagunas. (Véase la página 247).

Estos escritos proclaman qué Armoniosas Relaciones unen al Mundo Incognoscible de la Emanación y de las Esencias, con el Universo y el Hombre, ambos nacidos de aquél; mues-

FIGURA 36

El Demente

Clave 21 del Tarot

FIGURA 37

El Mundo

Clave 22 del Tarot

tran la interdependencia y sutil influjo del Hombre y del Universo; desvelan los procesos cuya verificación confiere la certeza experimental, la definitiva y afortunada Orientación.

Ojalá este libro figure útilmente entre los eslabones de la Cadena Iniciática...

ÍNDICE

Dedicatoria 5

Capítulo Primero: La constitución oculta del hombre . 7
Capítulo II: Lo oculto universal. 25
Capítulo III: La relación invisible 35
Capítulo IV: La relación microcósmica 45
Capítulo V: La receptividad 55
Capítulo VI: Magnetizaciones, reacciones y atracciones 67
Capítulo VII: Las influencias providenciales . . . 79
Capítulo VIII: El mediador de las potencias . . . 87
Capítulo IX: La ascesis mágica 97
Capítulo X: La rueda simbólica del destino. . . . 105
Capítulo XI: Las realizaciones 117
Capítulo XII: Resistencia, opresiones y pasividades . 143
Capítulo XIII: El misterio de la muerte 151
Capítulo XIV: Metamorfosis y mezclas 165
Capítulo XV: El diablo o arcano del mal 171
Capítulo XVI: Infortunios y catástrofes 177
Capítulo XVII: Talismanes e influencias planetarias . 185
Capítulo XVIII: La magia negra 207
Capítulo XIX: La medicina oculta 215
Capítulo XX: Los fenómenos ocultos ante la ciencia contemporánea 221

Conclusión 245